



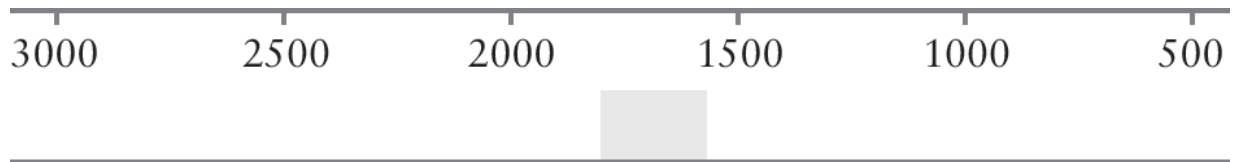
MARC VAN DE MIEROOP

HISTORIA
del PRÓXIMO ORIENTE
ANTIGUO

CA. 3000-323 A.E.C.

EDITORIAL TROTTA

EL CRECIMIENTO DE LOS ESTADOS TERRITORIALES A COMIENZOS DEL SEGUNDO MILENIO

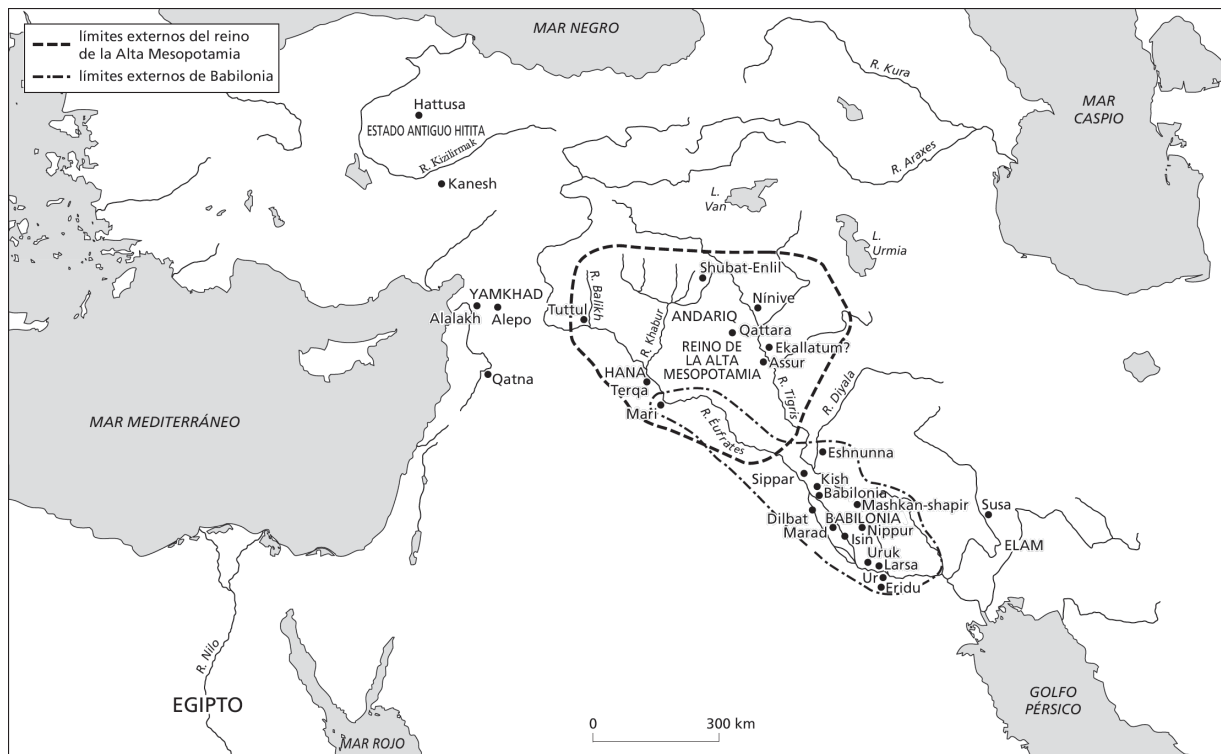


- 1807** Shamshi-Adad se apodera de Asur
- ca. 1795** Yasmah-Addu ocupa el trono de Mari
- 1792** Hammurabi hereda el trono de Babilonia
- 1775** Muerte de Shamshi-Adad
- ca. 1740** Samsuiluna pierde el control sobre el sur de Babilonia
- ca. 1650** Creación del Antiguo Estado Hitita
- 1595** El rey hitita Mursili saquea Babilonia

Dentro del torbellino de dinastías en competición que caracterizaron la primera mitad del segundo milenio, destaca un pequeño número de gobernantes altamente cualificados. Durante breves períodos de tiempo, estos hombres pudieron extender su control político a una amplia zona geográfica, creando estados territoriales efímeros. Estos estados no eran radicalmente diferentes en naturaleza de otros de la época, solo que tenían más éxito en competir con sus vecinos. Eran el resultado de los éxitos militares de un individuo y se desintegraron poco después de la muerte de sus fundadores. Primero, Shamshi-Adad unificó la Mesopotamia septentrional, luego Hammurabi Babilonia, y más tarde Hattusili I Anatolia central ([mapa 6.1](#)). A pesar de la naturaleza efímera de sus estados, los

cambios que estos hombres iniciaron sentaron las bases para el sistema de estados territoriales en siglos posteriores.

Dado que estos acontecimientos se solaparon con los acontecimientos tratados en el capítulo anterior, las fuentes históricas disponibles son en gran medida las mismas. En Babilonia y la Alta Mesopotamia, los registros más explícitos no derivan de las capitales, sino de otras ciudades conquistadas y controladas por los gobernantes territoriales. Por el contrario, en el caso del antiguo estado hitita, casi toda nuestra información proviene de la capital, Hattusa, pero los textos están fechados siglos más tarde y solo se pueden considerar copias de los anales reales originales. Por lo tanto, su información tiene que ser verificada cuidadosamente con fuentes contemporáneas a los sucesos que describen.



Mapa 6.1. Estados territoriales de comienzos del segundo milenio.

6.1. SHAMSHI-ADAD Y EL REINO DE LA ALTA MESOPOTAMIA

El comienzo de la historia del rey Shamshi-Adad es vago para nosotros. Ni siquiera podemos establecer cuándo y dónde ascendió por primera vez a un

trono mesopotámico en particular. Lo más probable es que alrededor de 1830 heredara el gobierno de su padre, Ila-kabkabu, en Ekallatum, una ciudad aún sin ubicar, pero ciertamente en las cercanías de Asur. Allí gobernó durante unos diez años, hasta que tuvo que huir a Babilonia cuando Naram-Sin de Eshnunna conquistó Ekallatum. Siete años más tarde, Shamshi-Adad aprovechó la muerte de Naram-Sin para volver del exilio y tres años más tarde conquistó Asur. Allí integró a sus antepasados en la lista de gobernantes de la ciudad y se dice que fue rey durante treinta y tres años (para una lista de los primeros gobernantes asirios, véase la Sección 18 de las Listas de Reyes al final del libro). Esto nos permite fechar su acceso al trono de Asur en 1807.

En ese momento era solo un jugador menor en la región. Sin embargo, pronto extendió su influencia hacia el oeste, hacia el norte de Siria, donde se enfrentó con Yahdun-Lim de Mari. Shamshi-Adad tomó el control del valle del norte del Khabur y de los reinos anexionados, como la tierra de Apum, cuya capital, Shehna, se convirtió en su propio trono real, cambiando su nombre por el de Shubat-Enlil. El poderoso reino de Mari al sur se convirtió en presa fácil cuando Yahdun-Lim fue asesinado, y probablemente en 1792 Shamshi-Adad conquistó su capital. Ahora gobernaba un área desde Asur en el Tigris al este hasta Tuttul en el Balikh al oeste. Toda la región al norte de Babilonia fue incorporada a su estado, que aquí llamaremos «reino de la Alta Mesopotamia» ([figura 6.1](#)).

Shamshi-Adad era muy tolerante con las prácticas existentes en los diversos estados que había unido. En Asur asumió el título real habitual allí, «gobernador del dios Asur», y en Nínive restauró el templo de Ishtar, del que se decía que había sido construido por Manishtushu cinco siglos antes. Ciertas ciudades, como Qattara, conservaron a sus antiguos gobernantes, ahora convertidos en sus vasallos. Los procedimientos administrativos locales sobrevivieron, aunque los funcionarios utilizaron sellos que indicaban que estaban al servicio de Shamshi-Adad. Tal vez su administración impuso un cambio crucial: la datación de los documentos con el sistema de epónimos de Asur para indicar los años ([recuadro 6.1](#)). Bajo el dominio de Shamshi-Adad se utilizó en lugares tan variados como

Mari, Tuttul, Shubat-Enlil y Terqa. Este sistema «asirio» de datación se convirtió así en una práctica oficial del reino de la Alta Mesopotamia.



Figura 6.1. Estela fragmentaria, probablemente de Shamshi-Adad. La estela fragmentaria está inscrita en ambos lados y contiene una inscripción que registra la victoria sobre la ciudad de Qabara, también conmemorada en la estela de Dadusha ([figura 5.2](#)). Es probable que Shamshi-Adad comisionara el monumento y que él sea el hombre que aparece golpeando a un enemigo con su hacha. Louvre, París, AO2776. Diorita, altura 49 cm; anchura 55 cm. Créditos: akg images/Album/Prisma.

Teniendo que controlar este gran reino, Shamshi-Adad, que residía en Shubat-Enlil, situó a sus dos hijos en lugares estratégicos. El mayor, Ishme-Dagan, ascendió al trono en Ekallatum, el hogar ancestral, mientras el menor, Yasmah-Addu, se instaló en Mari. Así pues, se prestó atención directa a las fronteras sudoriental y sudoccidental. Al este, el reino de la Alta Mesopotamia limitaba con Eshnunna y sus estados en las estribaciones

de los Zagros, al oeste con Yamkhad y la estepa siria controlada por grupos seminómadas. A los dos hijos, a su vez, se les asignó la supervisión de varios distritos mediante gobernadores que los representaban: Ishme-Dagan se ocupaba de los que estaban entre el Tigris y los Zagros, Yasmah-Addu de los que estaban a lo largo de los ríos Éufrates, Balikh inferior y Khabur. Shamshi-Adad gobernaba directamente la región de Shubat-Enlil, mientras los gobernadores militares estaban a cargo de las ciudades del sur. Ishme-Dagan claramente tenía más autoridad que su hermano pequeño y a menudo reprendía a Yasmah-Addu por sus acciones. Sin embargo, el padre mantuvo la máxima autoridad, enviando numerosas cartas a sus hijos. Las de Mari acusaban a Yasmah-Addu de ser un vago y débil. Declaró repetidamente:

Recuadro 6.1. EL SISTEMA DE DATACIÓN POR EPÓNIMOS

A diferencia de Babilonia, donde los años se identificaban con nombres basados en sucesos importantes de los años anteriores, en el norte de Mesopotamia existía un sistema de datación según el cual cada año se nombraba por un individuo. El término acadio utilizado para referirse a tal individuo era *limmu*, que significa algo así como rotación, y que traducimos con la palabra griega que indica un cargo rotativo, ‘epónimo’. El sistema de datación probablemente se originó en la ciudad de Asur y siguió siendo el sistema oficial en Asiria hasta el final del Imperio asirio en el siglo VII ([documento 12.2](#)). Los individuos que se convertían en epónimos eran seleccionados originalmente por sorteo, pero en el primer milenio el *limmu* estaba constituido por una rotación fija de oficiales encabezados por el rey. En el primer milenio, el cargo era de naturaleza cultural.

A principios del segundo milenio, el cargo de epónimo en Asur tenía un carácter administrativo y aparentemente tenía más relación con el comercio que el rey. Los primeros testimonios conocidos de los epónimos anuales se encuentran en Kanesh. Se utilizaron en otras colonias asirias de Anatolia, correspondiendo con el tiempo a la posterior ocupación de esos lugares. La práctica de la datación está atestiguada en todo el norte de Mesopotamia y su difusión se debió sin duda a la unificación del norte por parte de Shamshi-Adad: vemos que en algunos lugares como Mari los epónimos sustituyeron a los nombres de año solo durante los años bajo su ocupación. Cuando su estado se desmoronó, varias ciudades continuaron usando epónimos y se adhirieron a un sistema compartido en toda la región. Por lo tanto, aunque eran políticamente independientes, eligieron coordinar sus sistemas de referencias para facilitar las interacciones.

Con el fin de hacer un seguimiento de la secuencia de los años, se elaboraron listas de epónimos, a veces añadiendo también declaraciones sucintas sobre los acontecimientos. Estos se han podido reconstruir con seguridad desde el siglo X hasta el siglo VII. Para el segundo milenio la situación no siempre está clara, pero los nuevos descubrimientos siguen mejorando nuestros conocimientos. Las listas de epónimos de Kanesh recientemente publicadas han sido especialmente importantes para la cronología de principios del milenio. Ahora conocemos la secuencia casi completa de los epónimos de aproximadamente 1972 a 1718.

¿Cuánto tiempo tenemos para guiarte en cada asunto? ¿Eres un niño y no un adulto? ¿No tienes barba en la barbilla? ¿Cuándo te harás cargo de tu casa? ¿No ves que tu hermano está dirigiendo grandes ejércitos? Así que, ¡tú también, ocúpate de tu palacio, de tu casa!¹.

La intromisión de grandes líderes en los asuntos locales no era inusual y esta microgestión era parte del ideal de realeza de la época, como mostraré en la referencia a Hammurabi de Babilonia. El hecho de que sus súbditos no siempre se dieran cuenta de ello queda claro en un episodio en el que Shamshi-Adad organizó el matrimonio de Yasmah-Addu con Beltum, la princesa de Qatna, un aliado crucial en su conflicto con Yamkhad. El rey de Qatna quería que su hija tuviera un papel destacado en Mari, pero Yasmah-Addu ya tenía una esposa principal, la hija de Yahdun-Lim. Así que Yasmah-Addu prefirió mantener a Beltum en una posición secundaria fuera de su palacio, entre las mujeres de menor rango. Shamshi-Adad lo reprendió severamente y obligó a su hijo a mantenerla a su lado. La jerarquía del poder en el reino era inconfundible.

El estado de Shamshi-Adad desapareció de repente y en circunstancias poco claras. Cuando era anciano, sus dos principales vecinos, Yamkhad y Eshnunna, atacaron simultáneamente, y murió en batalla o por causas naturales en 1775. Los poderes locales se reafirmaron rápidamente. Zimri-Lim, un advenedizo amorreo, persiguió a Yasmah-Addu de Mari, mientras Ishme-Dagan perdió el control del reino de su padre, a excepción de Ekallatum y Asur. El norte de Siria se convirtió en un mosaico de pequeños estados independientes, mientras en el sur Eshnunna recogió los fragmentos más cercanos. Algunas de las historias de los nuevos estados pueden escribirse todavía porque Mari mantuvo una estrecha vigilancia de los acontecimientos, pero también porque algunos de los reyes locales mantuvieron burocracias de corte y se comunicaron activamente entre sí por carta. La región, políticamente dividida, estaba abierta a los ataques de Eshnunna, Elam y Babilonia, cuyos reyes podían elevar o destituir a los gobernantes locales. Las intrigas políticas y los conflictos militares fueron numerosos y complicados. Zimri-Lim de Mari era el gobernante más poderoso de la zona, pero demasiado marginal geográficamente como para controlar todo lo que sucedía. Mientras existían dinastías locales en toda la

Alta Mesopotamia, algunos reyes, como el gobernante de Andariq, ejercieron una fuerte influencia sobre sus vecinos, a veces imponiendo gobernantes en sus tronos. Los palacios de estas ciudades continuaron dominando la economía y mantuvieron una administración centralizada. Sin embargo, hacia 1720, el norte de Mesopotamia se volvió incapaz de mantener este modo de vida. Muchas ciudades fueron abandonadas por razones que solo podemos sospechar. Posiblemente una mezcla de oposición popular a la dominación de la corte y cambios en el patrón de las precipitaciones llevaron a un cambio hacia una vida seminómada en las aldeas y en la estepa. Con el final de los palacios, el registro histórico desapareció.

6.2. LA BABILONIA DE HAMMURABI

Durante las últimas décadas de la vida de Shamshi-Adad, un hombre que se convertiría en uno de los reyes más famosos de la historia de Mesopotamia ocupó el trono en Babilonia: Hammurabi. Babilonia, conocida desde el período de Acad, había existido durante varios siglos, y los predecesores de Hammurabi habían logrado crear gradualmente un estado que incorporaba ciudades norteñas anteriormente independientes, como Sippar, Kish, Dilbat y Marad. Pero estaba rodeada por los estados más prominentes de Eshnunna, Larsa y el reino de la Alta Mesopotamia. Cuando Hammurabi se convirtió en rey en 1792, Rim-Sin acababa de unificar la totalidad de la Babilonia meridional, mientras que Shamshi-Adad reinaba supremo en el norte. Puede que Hammurabi en un principio incluso le debiera lealtad a Shamshi-Adad: un contrato redactado en Sippar en 1782 contiene juramentos a ambos reyes, lo que apunta a la autoridad de Shamshi-Adad en la zona. Hammurabi marcó el comienzo de lo que ahora llamamos «período Paleobabilónico», el comienzo del dominio político de Babilonia sobre el sur de Mesopotamia durante los siguientes mil quinientos años (para una lista de los reyes paleobabilónicos, véase la Sección 8 de las Listas de Reyes al final del libro).

En estos tiempos tan volátiles, el joven rey no pudo evitar verse arrastrado a los conflictos regionales. Sus primeros nombres de año mencionan campañas contra todos sus poderosos vecinos, pero los

resultados fueron ambiguos. La mayor parte de la atención de Hammurabi parece haberse dedicado al desarrollo interno de su estado, principalmente a la excavación de canales y a la fortificación de ciudades. Cuando decidió actuar a gran escala, sus movimientos militares fueron rápidos y devastadores, y también utilizó sus considerables habilidades diplomáticas con gran efecto. Al principio, usando tropas de aliados como Mari, se volvió contra aquellos que le habían ayudado con anterioridad una vez que fue lo suficientemente fuerte. La correspondencia diplomática de Mari muestra como utilizó primero la diplomacia y luego la acción militar para alcanzar sus objetivos ([documento 6.1](#)). En solo cinco años, de 1766 a 1761, Hammurabi estableció su dominio total sobre el sur de Mesopotamia, después de la muerte de Shamshi-Adad y cuando Rim-Sin era un anciano. Derrotó a Elam, Larsa, Eshnunna y Mari en rápida sucesión e incorporó Larsa y el área del Éufrates Medio hasta Mari al estado babilónico. Eshnunna se quedó sin líder, mientras que bloqueó la capacidad de Elam para ejercer cualquier influencia sobre Mesopotamia. La única zona de preocupación seguía siendo el norte de Mesopotamia, donde Hammurabi hizo campaña dos veces en años posteriores sin establecer plenamente el control. Sin embargo, no hay duda de que era el rey más fuerte de Mesopotamia. Después de estos acontecimientos, pudo proclamarse como «el rey que hizo obedientes los cuatro cuartos de la tierra»².

Documento 6.1. CARTAS A ZIMRI-LIM DE MARI SOBRE HAMMURABI Y ESHNUNNA

Como colega y a menudo aliado de Hammurabi de Babilonia, Zimri-Lim de Mari quería mantenerse informado sobre las interacciones de este último con otros estados. Sabía bien que las alianzas eran efímeras y que todos los reyes de la época buscaban fortalecer sus posiciones buscando apoyo externo. He aquí dos ejemplos de cartas que Yarim-Addu, que estaba destinado en Babilonia, envió a su señor sobre la búsqueda por parte de Hammurabi de un tratado con Silli-Sin de Eshnunna, un rey al que Zimri-Lim también cortejó para una alianza. Yarim-Addu informa de que Silli-Sin era reacio a aceptar la oferta de Hammurabi y que Hammurabi había iniciado conversaciones directas con Elam en un posible movimiento contra Eshnunna. Sabemos que al final Hammurabi logró formar su alianza y que se casó con la hija de Silli-Sin. Pero poco después marchó contra Eshnunna y la derrotó en 1762. Dile a mi Señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice:

He escrito a mi señor acerca de las instrucciones sobre el hombre de Eshnunna que Hammurabi dio a []. Cuando Hammurabi estaba en Borsippa, los mensajeros del hombre de Eshnunna vinieron a él, pero él no los vio. Solo el segundo día se reunieron con él. Después de hacerlos esperar una noche, les dio una respuesta a sus noticias. Dio instrucciones a [Sin-], hijo de Kakkaruqqum y Mar[duk-mushallim, hijo de], y las envió. Se llevaron consigo la pequeña tablilla (es decir, el borrador del tratado), y harán que el hombre de Eshnunna la acepte. [] irá y Hammurabi lo aceptará. Después de que hayan aceptado la tablilla pequeña, Hammurabi enviará una tablilla grande, que es una tablilla de tratado, al hombre de Eshnunna, y él le hará jurarla. El hombre de Eshnunna enviará la tablilla grande, la tablilla del tratado, de vuelta a Hammurabi y establecerán una alianza. La alianza entre Hammurabi y el hombre de Eshnunna está concluida o lo estará muy pronto, eso es seguro. En este momento la respuesta a la misión diplomática de Sin-[] y Marduk-mushallim aún no ha llegado de Eshnunna. No puedo informar de ello a mi señor. Después de esta carta le escribiré a mi señor todas las noticias que me llegan de Eshnunna.

La carta continúa con noticias sobre Larsa y Andariq.

Traducción según Charpin, 1988, volumen 1, parte 2: 179-182.

Dile a mi señor (Zimri-Lim); Yarim-Addu, tu siervo, dice:

He escrito antes a mi señor que las palabras de Hammurabi eran secretas. Hammurabi ha renovado las conversaciones francas con el gobernante de Elam como lo hizo antes. Los mensajeros elamitas que han venido de parte del gobernante de Elam a Hammurabi se están quedando en la entrada de su palacio en este momento. Después de que el gobernante de Elam les hubo dado sus instrucciones, fueron escoltados desde Susa hasta Der del dios Ishtaran. El hombre de Der los recibió y los ha enviado bajo escolta a Malgium, y se suponía que el hombre de Malgium les daría una escolta hasta Babilonia. Pero el ejército de Eshnunna les impidió el paso y no pudieron entrar (al territorio). Hammurabi oyó que el ejército de Eshnunna bloqueaba las carreteras. Ya no envía misiones regulares a Elam vía Malgium y Der, como antes. Pero hay áreas abiertas en la tierra de Eshnunna y sus mensajeros van al gobernante de Elam a través de estas áreas. El mensaje del gobernante de Elam aún no le ha llegado.

La carta continúa con noticias sobre Malgium y sobre Ishme-Dagan del reino de la Alta Mesopotamia.

Finalmente, con respecto a la pequeña tablilla del tratado que Hammurabi envió previamente al rey de Eshnunna, Silli-Sin: Silli-Sin sigue respondiendo con una negativa y no ha concluido un tratado con Hammurabi.

Traducción según Charpin, 1988, volumen 1, parte 2: 182-184.

Sus inscripciones dejan claro, sin embargo, que el núcleo de su estado era Babilonia. Muchas de las primeras ciudades-estado de la zona y sus cultos recibieron el favor del gobierno de Hammurabi. Es en esta región donde podemos estudiar su estilo de gobierno: como gobernante se

preocupó hasta el más mínimo detalle. Debido a la extensa reconstrucción posterior y al reciente aumento de la capa freática, la misma ciudad de Babilonia es virtualmente desconocida arqueológicamente durante este período, y solo un grupo de tablillas procedentes de ella han sobrevivido. Nuestra información proviene principalmente de otras ciudades, donde los agentes reales representaban los intereses de Babilonia. En Larsa, por ejemplo, estos hombres eran Sin-iddinam y Shamash-hazir, y se conservan unas doscientas cartas que el rey les escribió. Estas tratan asuntos aparentemente poco importantes, por ejemplo:

Dile a Shamash-hazir, así habla Hammurabi: «De los campos que pertenecen al palacio, dale uno que mide una hectárea cerca de la puerta de Larsa, un campo de barbecho que es de buena calidad y se encuentra cerca del agua, a Sin-inguranni, el cortador de sellos»³.

Esta preocupación quizás no encaje en nuestra imagen de un gran gobernante, pero refleja bien la ideología de la realeza de la época. El rey era pastor y granjero. Tenía que cuidar de su gente, proveerles de campos para su sustento y hacerlos fértiles a través de proyectos de irrigación. Eso es lo que se esperaba de él.

La misma ideología se expresaba repetidamente en la introducción y conclusión de su monumento más famoso, el código legal de Hammurabi. En este declaró:

Yo soy el pastor que trae la paz, cuyo cetro es justo. Mi sombra benevolente se extendió por toda mi ciudad, y tuve a la gente de las tierras de Sumer y Acad a salvo en mi regazo.

Se ha debatido mucho sobre la función del código legal en sí, pero ahora hay consenso en que su designación moderna es errónea: no se trata de un código legal, sino de un monumento que presenta a Hammurabi como un rey ejemplar de la justicia ([debate 6.1](#)). El texto nos es más conocido gracias a una estela negra de basalto casi totalmente cubierta con una inscripción ([figura 6.2](#)). Enmarcadas entre un prólogo y un epílogo se enumeran unas trescientas cláusulas, todas estructuradas según el mismo patrón: «si ... entonces ...». Por ejemplo, «Si un hombre comete un robo y es capturado, será muerto» (§ 22). Aunque tratan de muchas áreas de la vida, las instancias no cubren, de lejos, todos los posibles crímenes, e incluso hay algunas contradicciones. Además, los numerosos documentos

jurídicos de la época, incluidos los expedientes de causas judiciales, nunca hacen referencia al código. En lugar de una lista de preceptos legales, todo el monumento es una vívida expresión de Hammurabi como rey que hace justicia en su tierra. Él mismo decía:

Que cualquier hombre agraviado que tenga un caso comparezca ante mi estatua como rey de la justicia, y que se le lea en voz alta mi estela inscrita. Que escuche mis preciosas palabras y que mi estela le aclare su caso. Que examine su demanda y que calme su (turbado) corazón. Que él diga: «Hammurabi... proporcionó caminos justos para la tierra»⁴.

Para demostrar su capacidad de garantizar la justicia, Hammurabi enumeró estos 300 casos e instó a los futuros reyes a estudiar y seguir su ejemplo.

A pesar de esto, el contenido del código proporciona una visión de la sociedad babilónica en ese momento. Demuestra una jerarquía social con una estructura tripartita de hombre libre (*awilum*, en acadio), dependiente (*mushkenum*) y esclavo (*wardum*). Los castigos varían en función de la condición de la víctima y del autor del delito: herir a un hombre libre da lugar a una pena más severa que herir a una persona dependiente. Pero estos términos no eran absolutos, ya que a menudo definían la posición de una persona en relación con otra. Un alto funcionario de la corte era todavía un «esclavo» del rey. La situación del grupo intermedio de dependientes (*mushkenum*) es muy difícil de definir. El término podría indicar una relación con el palacio o con otra persona, pero no entendemos exactamente cuál era la base o el grado de dependencia. La estructura de la sociedad había cambiado desde el tercer milenio, en parte a través del proceso de «privatización» descrito en el capítulo anterior. Los dependientes a tiempo completo del palacio eran raros y el trabajo por contrato proporcionaba la mayoría de los servicios. Por lo tanto, la clase dependiente del Código de Hammurabi se encontraba a menudo en una situación en la que tenía obligaciones para con los ciudadanos particulares. El uso de contratistas privados para atender los negocios del palacio fue una característica de la época y sus transacciones crediticias dieron lugar a los disturbios sociales descritos en el [capítulo 5](#). Los contratos de préstamo siguen siendo numerosos en los archivos privados. Se sabe que Hammurabi y varios de sus sucesores decretaron varias veces la anulación de deudas, pero la

necesidad de repetir tales actos indica que no lograron rectificar la situación.



Figura 6.2. La estela de Hammurabi. El monolito de basalto de 2,25 metros de altura está totalmente inscrito con un texto cuneiforme, excepto por una pequeña escena que representa al rey frente al dios de la justicia, Shamash. El espacio vacío en la parte inferior fue obra de un rey posterior que borró parte del texto. Los signos están grabados en bandas horizontales utilizando escritura monumental arcaizante. La estela fue llevada a Susa en el siglo XII, donde fue hallada, y actualmente se encuentra en el Museo del Louvre de París. Louvre, París, Sb 8. Basalto. Altura 2,25 m; anchura 0,65 m. Créditos: © RMN-Grand Palais/Franck Raux.

Al final de su reinado, Hammurabi había alterado fundamentalmente el panorama político de Mesopotamia. Babilonia era la única gran potencia, rodeada de débiles restos de grandes rivales: Elam, Eshnunna y Asur. Los únicos estados que no se vieron afectados por sus acciones fueron los estados occidentales de Siria, como Yamkhad. Sin embargo, su unificación de Babilonia duró poco. Menos de diez años después de su muerte, su hijo, Samsuiluna, se enfrentó a grandes rebeliones, especialmente en el sur. Allí, un hombre que se hacía llamar Rim-Sin, después del último gobernante de Larsa, fue declarado rey de Larsa, Ur, Nippur y otras ciudades, mientras simultáneamente Rim-Anum se convirtió en rey en Uruk. A Samsuiluna le llevó más de dos años derrotar a estos y otros rebeldes con lo que parecen haber sido despiadadas acciones militares, aunque, como en el pasado, la diplomacia también jugó un papel: Rim-Anum cambió de bando para apoyar a Babilonia. Pero el control de Babilonia por parte de Samsuiluna se fue desvaneciendo poco a poco. Los textos fechados con los nombres de sus años desaparecieron de las ciudades del sur al cabo de diez u once años. A los treinta años, Nippur y otras ciudades de Babilonia central dejaron de estar bajo el control de Babilonia. Sin embargo, los problemas no eran puramente políticos. La arqueología muestra que ciudades anteriormente florecientes como Ur y Nippur fueron en su mayoría abandonadas. Parte de la población, como el clero de Uruk, emigró a las ciudades del norte de Babilonia. Es difícil determinar exactamente lo que sucedió. La respuesta de Babilonia a las rebeliones pudo haber sido tan feroz que la infraestructura urbana del sur se dañara irreparablemente, los cursos de agua tal vez se desviaron y los campos agrícolas se convirtieron en estepas. También es posible que las políticas de Hammurabi y su predecesor en la región, Rim-Sin, tuvieran finalmente un resultado negativo. Habían integrado las economías locales del sur de Babilonia en un sistema bajo el

cual los distritos se volvieron interdependientes. Cuando el centro requerido para la coordinación de la producción se debilitó, los intercambios de mercancías se detuvieron, llevando a un declive económico de todas las regiones. Una vagamente conocida «Dinastía del País del Mar» surgió en el sur de Babilonia y tomó el control de varias ciudades, pero, por lo que sabemos, la actividad económica y cultural era mínima, y en 1712 la región ya había entrado en una Edad Oscura.

Sin embargo, el norte de Babilonia continuó floreciendo. Hammurabi tuvo cinco sucesores que gobernaron sin oposición durante ciento cincuenta y cinco años sobre el área que había heredado originalmente cuando era un joven rey, además del valle del río Éufrates hasta Mari. Samsuiluna dirigió campañas militares hacia el norte y tal vez se anexionó el nuevo estado septentrional de Hana, que había surgido alrededor de Terqa después del final de Mari. En 1728 sus tropas llegaron hasta el alto Khabur y saquearon la antigua capital de Shamshi-Adad, Shubat-Enlil, ahora de nuevo llamada Shehna. Aparecieron nuevos opositores en la zona, lo que indica que la situación política era inestable. Un grupo de personas no atestiguado anteriormente, llamados casitas, se convirtió en objetivo de la actividad militar de Babilonia. En el siglo XVI se convertirían en gobernantes de Babilonia.



Figura 6.3. «Quiet Street» en Ur. Cuando Leonard Woolley excavó áreas con residencias privadas en Ur, descubrió una casa llena de evidencias de actividad escolar en una calle que bautizó como «Quiet Street» en honor a una calle de Bath, Inglaterra. La casa era muy pequeña y las tablillas administrativas encontradas en ella revelan que allí residían sacerdotes conectados con el templo de Ur. Pero también enseñaban técnicas de escritura a los niños del vecindario.
Créditos: gentileza del Penn Museum, imagen número 8838.

El rápido abandono de las ciudades del sur y del centro de Babilonia bajo Samsuiluna a mediados del siglo XVIII tuvo como efecto secundario involuntario la preservación de la mayoría de los manuscritos de los textos literarios sumerios que conocemos actualmente. Los jóvenes que fueron educados como escribas en casas privadas ([figura 6.3](#)) los copiaron o los extrajeron, y en Ur y Nippur se han excavado los restos de su trabajo. Normalmente las tablillas que contenían sus ejercicios habrían sido recicladas y su arcilla reutilizada, pero cuando la actividad de la escritura cesó, las últimas obras quedaron atrás. Podemos estudiar el currículo escolar basándonos en estos ejercicios, y que incluía matemáticas, topografía y música. La más elaborada fue la formación en escritura

cuneiforme y en lengua sumeria. El aprendizaje de memoria era la norma. Al principio, los estudiantes tenían que practicar cómo hacer trazos sencillos con el estilo. Esto condujo al aprendizaje de los signos cuneiformes y sus lecturas. Memorizaban los signos por la forma o por el sonido de su pronunciación, y el orden de aprendizaje se basaba en su creciente complejidad. Luego los estudiantes pasaban a copiar listas de palabras sumerias. El corpus léxico, ya conocido a partir de las tablillas de finales del período de Uruk, fue, por tanto, una parte central del plan de estudios. En este período se realizaron algunas revisiones importantes. Las listas léxicas se centraban en los elementos que componían las palabras y empezaron a aparecer las primeras traducciones acadias de palabras sumerias. La gramática se enseñaba de manera similar repitiendo los paradigmas de sustantivos y verbos en diferentes formas.

Los estudiantes aprendieron sintaxis escribiendo composiciones sumerias reales, elegidas por su complejidad gramatical. Así se introdujo en esta época el estudio de ciertos himnos reales de Ur III. Finalmente, el entrenamiento culminaba con la copia de pasajes de los clásicos de la literatura sumeria. Se representan una gran variedad de géneros literarios: mitos, himnos, proverbios, cartas literarias y otros. Los ejercicios de los estudiantes son a menudo los únicos manuscritos que tenemos de estos textos, cuya fecha original de composición es desconocida. El patrocinio de la corte es claro: muchas de las composiciones tenían por objeto glorificar al rey vivo o a sus ancestros lejanos. Ese mensaje es más obvio en los himnos reales y en los relatos de gobernantes legendarios. Las cortes de principios del segundo milenio continuaron la tradición de Ur III de glorificar al rey con himnos. Lo retrataron en términos sobrehumanos y así perpetuaron la ideología que lo veía como una divinidad. Ideas similares se expresaron en un ciclo de historias sobre los legendarios gobernantes de Uruk: Enmerkar, Lugalbanda y Gilgamesh. Parcialmente humanos, parcialmente divinos, eran considerados los antepasados de los reyes de Ur III y parece probable la creación de los relatos en esa corte. Su popularidad a principios del segundo milenio sugiere que los ideales de la realeza que allí se exhibían aún estaban vivos.

Los himnos reales dedicados a reyes de principios del segundo milenio como Rim-Sin demuestran la habilidad de algunos escribas para componer textos enrevesados en lengua sumeria, que probablemente ya no se hablaba en ese momento. Es probable que otros géneros de la literatura también se compusieran durante estos siglos, mientras las primeras composiciones se pusieron por escrito con una forma fija. La intensidad de la actividad de los escribas en sumerio puede deberse al hecho de que la lengua estaba amenazada: la preservación oral ya no estaba garantizada, por lo que se necesitaban versiones escritas con indicación explícita de todos los elementos gramaticales. Los principales autores de los manuscritos existentes eran muchachos formados para redactar contratos y las cuentas administrativas estaban compuestas casi en su totalidad por frases comunes. Su educación fue más allá de las habilidades que necesitaban a diario. Fueron entrenados en las casas particulares de hombres cultos, cada uno de los cuales trabajaba con un grupo de chicos asistidos por un estudiante asistente. Los maestros estaban probablemente afiliados a los templos y lo más probable es que fueran los autores a los que se acudía cuando se necesitaba componer textos sumerios para ocasiones como una visita real.

También en el norte de Babilonia estudiaron literatura las personas alfabetizadas. La mayoría de las composiciones allí encontradas son de naturaleza litúrgica y a menudo escritas más silábicamente que en el sur. Sin embargo, las habilidades de los escribas no eran necesariamente inferiores. Los modelos procedentes de Babilonia inspiraron las numerosas cartas escritas en todo el Próximo Oriente. Las cortes eran importantes patrocinadores de los escribas, y la escolarización pudo haber estado centralizada en los palacios en lugar de en las casas particulares de los afiliados del templo. No se conoce la situación en Babilonia, ya que no tenemos acceso a los restos arqueológicos de la época. No obstante, se siguió componiendo tanto literatura en lengua babilónica como en sumerio. Algunas de las inscripciones reales de Samsuiluna, incluidos ejemplos bilingües en sumero-acadio, son de alta calidad literaria. Este fue también el primer período significativo de la composición literaria en lengua acadia. Ciertos textos que tienen una larga historia en Mesopotamia, como la *Epopéya de Gilgamesh* o la *Historia del diluvio*, se atestiguan por primera

vez en los tiempos paleobabilónicos, y se conocen muchos himnos y encantamientos acadios de este período. Su estado de ánimo reflejaba la situación política de la época: la incertidumbre y la violencia son los temas dominantes. Los autores de estos textos no se libraron de las dificultades a las que se enfrentaban los habitantes del estado paleobabilónico.

En este momento encontramos la primera documentación escrita extensa de una ciencia por la cual Babilonia era famosa en el mundo antiguo: las matemáticas. Desde el surgimiento de la escritura, los administradores de Babilonia demostraron sus habilidades matemáticas al medir campos, cosechas, números de ladrillos, volúmenes de tierra y muchas otras cosas que eran de importancia para los burócratas. Había que enseñar las herramientas para calcularlos, pero, al igual que con la literatura, en las habilidades que se muestran en los textos escolares se aprecia un nivel mucho más alto que el que se necesitaba en la práctica diaria. Al principio, los estudiantes copiaban repetidamente listas estándar de capacidad, peso, área y longitud, división y multiplicación. Sus tareas más desafiantes fueron formuladas como planteamientos de problemas, pero no eran realmente de gran valor práctico, incluso si su redacción se relacionaba con tareas de contabilidad reales. Por ejemplo, el ejercicio proporcionaba el tamaño de una pila de granos y preguntaba cómo se podía calcular el contenido, o daba la circunferencia y la pendiente de una pila de grano para calcular su altura:



Figura 6.4. Tablilla matemática paleobabilónica. En esta tablilla escolar redonda hay una imagen de un cuadrado con las diagonales dibujadas. A un lado del cuadrado está escrito el número 30, a lo largo de una de las diagonales está el número 1,24,51,10 y debajo está 42,25,35. En el sistema sexagesimal babilónico el número inferior es igual a 30 veces el número superior. Un cuadrado con 30 lados largos tiene diagonales de la longitud 42,25,35. El número 1,24,51,10 se aproxima mucho a la raíz cuadrada de 2, lo que muestra que los babilonios eran conscientes de los principios subyacentes al posterior teorema de Pitágoras.

Créditos: Gentileza de The Yale Babylonian Collection (YBC 7289).

Un montón. La circunferencia es 30. En 1 codo la pendiente es de 0,15. ¿Cuál es la altura? Tú: dobla 0,15, la pendiente. Verás 0,30. Toma el recíproco de 0,30. Verás 2. Multiplica los 0,30 de la circunferencia por 2. Verás 1: la altura. <Este es> el método⁵.

El conocimiento de las matemáticas que se muestra en estos textos es muy sofisticado y se basa en la lógica algebraica. Por ejemplo, los babilonios habían calculado con precisión la raíz cuadrada de 2 y la habían aplicado en cálculos geométricos (figura 6.4). Eran conscientes de los principios subyacentes al teorema de Pitágoras de que en un triángulo rectángulo la longitud de la hipotenusa es igual a la raíz cuadrada de la suma del área de los cuadrados. La base de la mayoría de estos cálculos fue la información proporcionada en las tablillas, enumerando los números en su notación sexagesimal y sus recíprocos (es decir, 60 dividido por ese número), y su creación es uno de los muchos logros de las escuelas babilónicas.

La supremacía política de Babilonia cambió el enfoque religioso de la región hacia esa ciudad. Los reyes Hammurabi y Samsuiluna favorecieron a la deidad patrona de Babilonia, Marduk. Se integró en el panteón sumerio de Nippur al convertirlo en hijo de Ea, el propio dios de Eridu en el extremo sur. Mientras que el culto a Marduk en ese momento predominaba solo en la región que rodeaba Babilonia, unos siglos más tarde se convertiría en el culto principal de Babilonia. La popularidad de las deidades del norte de Babilonia aumentó y la población de toda Babilonia las adoptó como sus dioses personales. Así, en los siglos de la dinastía paleobabilónica se desarrollaron muchos de los elementos culturales característicos del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio, y el enfoque político, religioso y cultural de Babilonia se trasladó permanentemente a su parte septentrional.

El final de este período es un misterio. Cada uno de los sucesores de Hammurabi gobernó durante más de dos décadas, una situación que suele ser indicativa de estabilidad política. Mantuvieron el norte de Babilonia unificado durante ciento cincuenta y cinco años, más tiempo que todo el Período de Ur III, por ejemplo. La evidencia escrita de la región muestra una continuación de las prácticas administrativas y económicas, y no hay indicios de un debilitamiento del estado paleobabilónico. Sin embargo, existía en un vacío rodeado de regiones escasamente habitadas. Las únicas potencias políticas iguales a ella estaban situadas a gran distancia en el noroeste de Siria (Yamkhad) y en Anatolia (Reino Antiguo hitita). El

conflicto entre esos estados finalmente afectó a Babilonia. En 1595, el rey de los hititas, Mursili, después de una campaña en el norte de Siria, dirigió a sus tropas por el río Éufrates, aparentemente sin mucha resistencia. Saqueó la ciudad de Babilonia, poniendo fin a su famosa dinastía, y dejó a la región sin líder.

6.3. EL REINO ANTIGUO HITITA

Anatolia central se convirtió en este momento en un actor fundamental en la historia del Próximo Oriente. La aparición de un ejército hitita en el corazón de Mesopotamia fue el resultado de un proceso relativamente corto de centralización del poder y de creación de una entidad que ahora llamamos Reino Antiguo hitita. La historia anterior de Anatolia está en su mayor parte envuelta en misterio: no hay fuentes escritas hasta el Período del Reino Antiguo, y nuestra información para esos primeros siglos del segundo milenio proviene únicamente de las colonias de comerciantes asirios en la región. Estas fuentes representan una red de pequeños reinos, a menudo en conflicto entre sí, y con poblaciones que utilizaban idiomas variados. Muchas de las lenguas sobrevivieron hasta los siglos posteriores: háttico, luvita, palaico, hurrita, y lo que ahora se llama hitita. En la tradición nativa, esta última se llamaba nesili, la lengua de Nesa, que era el nombre indígena de Kanesh, donde se encontraba la principal colonia mercantil asiria. El nesili se convirtió en la lengua oficial escrita del estado hitita, aunque no lo hablaran la mayoría de sus súbditos. Varias de las lenguas anatólicas del segundo milenio, sobre todo el hitita, eran indoeuropeas. Bajo la influencia de una idea anticuada de que había una patria indoeuropea en algún lugar del norte de la India, la academia ha puesto mucha atención en intentar averiguar cuándo y dónde entraron los indoeuropeos en Anatolia, y en encontrar pruebas de una invasión. Sin embargo, esta búsqueda es inútil. No hay razón para suponer que los hablantes de lenguas indoeuropeas no siempre estuvieron presentes en Anatolia, ni podemos decir que habrían sido un grupo claramente identificable en el segundo milenio. Solo podemos observar que cuando las fuentes textuales nos informan de las lenguas utilizadas en Anatolia, algunas personas hablaban lenguas indoeuropeas, otras no.

El hecho de que el hitita fuera considerado el idioma de Nesa, es decir, Kanesh, proporciona una conexión entre el período de las antiguas colonias asirias y la historia hitita posterior. Otro eslabón es el hallazgo de una daga en la ciudadela de esa ciudad, inscrita con el nombre de Anitta, a quien se identifica como el gobernante. La inscripción fue escrita en la antigua escritura y lenguaje asirios, lo que parece indicar que los comerciantes asirios importaron la tecnología de la escritura en ese momento. Anitta fue el personaje central de uno de los primeros registros de los hititas, el llamado «texto de Anitta». Describía cómo él y su padre, Pitkhana, reyes de la ciudad no localizada de Kussara, conquistaron varias ciudades de Anatolia central, entre ellas, Nesa, que podría haberse convertido en la nueva capital. Unificaron todo el valle del río Kizilirmak (llamado Halys en la Antigüedad clásica) hasta su desembocadura en el mar Negro. Tales operaciones militares pudieron haber causado el fin de la red comercial asiria. Aunque el reino de Anitta se derrumbó poco después de su muerte, la preservación de su memoria en registros posteriores sugiere que fue considerado como el antepasado de la posterior casa real hitita.

La historia del Reino Antiguo hitita se ha escrito usando fuentes que son muy diferentes de las disponibles para el resto del Próximo Oriente. Los archivos del palacio del estado hitita posterior contenían una serie de textos que relacionan las campañas militares de estos primeros gobernantes o tratan problemas de sucesión ([documento 6.2](#)). Por ejemplo, las campañas del rey Hattusili se describen en anales, que, si dataran de su reinado, serían los más antiguos del Próximo Oriente. Pero los manuscritos que tenemos fueron escritos en su mayoría en los siglos XIV y XIII, y no está claro si se trata de copias reales de textos más antiguos o de composiciones posteriores ambientadas en la Antigüedad con fines políticos del momento. A menudo proporcionan descripciones vívidas de los sucesos, pero su precisión histórica es difícil de establecer. Los registros relacionados con los problemas de sucesión se deben ver como muy sesgados, ya que tenían la intención de retratar al gobernante bajo el cual fueron escritos como el sucesor legítimo. El hábito hitita de proporcionar datos de los reinados anteriores es una bendición para el historiador, pero puede ser una trampa en la que repetimos relatos ficticios.

Documento 6.2. UN RELATO DE COMIENZOS DE LA HISTORIA HITITA: EXTRACTO DEL EDICTO DE TELIPINU

Los escritos de los hititas se destacan en el registro del segundo milenio del Próximo Oriente en el sentido de que proporcionan narraciones de acontecimientos políticos y militares anteriores en un marco cronológico claro. Estos aparecen a menudo al comienzo de documentos legales como los tratados, donde se aclara la naturaleza de las relaciones previas entre los estados, o en este Edicto del rey Telipinu, que gobernó alrededor de 1500. Esperaba resolver los problemas de la sucesión real y demostró la necesidad de un cambio relatando cómo la violencia había caracterizado la historia anterior del reino. Todos los manuscritos conservados datan del siglo XIII y aunque la mayoría de los eruditos asumen que hay un grado de verdad en el relato, no hay garantía de que la descripción no haya sido redactada en gran medida para sustentar ideas relevantes para el período posterior de la historia hitita.

Después Hattusili fue rey, y sus hijos, hermanos, suegros, familiares y tropas se unieron. Dondequiera que fuera en la campaña, controlaba la tierra del enemigo con fuerza. Destruyó las tierras una tras otra, les quitó su poder y las convirtió en fronteras del mar. Sin embargo, cuando regresaba de la campaña, cada uno de sus hijos se iba a algún lugar a un país y de su mano prosperaban las grandes ciudades. Pero, cuando más tarde los siervos de los príncipes se corrompieron, comenzaron a devorar las propiedades, conspiraron constantemente contra sus amos y comenzaron a derramar su sangre.

Cuando Mursili era rey en Hattusa, sus hijos, hermanos, suegros, familiares y tropas estaban todos unidos. Controló la tierra enemiga con fuerza, les quitó su poder y los convirtió en fronteras del mar. Fue a la ciudad de Alepo, destruyó Alepo y se llevó a los deportados de Alepo y sus bienes a Hattusa. Después fue a Babilonia y destruyó Babilonia. También luchó contra los hurritas. Se llevó a los deportados de Babilonia y sus bienes a Hattusa. Hantili era copero y tenía como esposa a Harapshili, hermana de Mursili. Zidanta robó a Hantili y emprendieron una mala acción: mataron a Mursili y derramaron su sangre.

Traducción según Hallo, 1997-2002, volumen 1: 194-195.

Basándonos en estas fuentes, podemos hacer una reconstrucción tentativa de la historia de los antiguos hititas. Un gobernante llamado Hattusili creó el estado hitita a principios o mediados del siglo XVII (para una lista de reyes, véase la Sección 9 de las Listas de Reyes al final del libro). Heredero del trono de Kussara, derrotó rápidamente a sus competidores en el centro de Anatolia. Entre sus conquistas estaba Hattusa, situada en el centro de la región en un lugar estratégico y bien protegida

gracias a su posición en la cima de una colina. Hizo de Hattusa su capital y posiblemente cambió su nombre para que coincidiera con el de la ciudad (sabemos que el nombre de la ciudad existía antes de su reinado). La ciudad estaba en el centro de Anatolia, pero no en el corazón del estado hitita, que se extendía principalmente hacia el sur hasta Siria. Su ubicación en el norte la expuso a ataques de grupos de la costa del mar Negro, especialmente de un pueblo llamado kaska, que a veces la saqueaban. Aunque algunos gobernantes posteriores establecieron temporalmente capitales más al sur, Hattusa siguió siendo el centro político y religioso del estado hitita hasta el final de la existencia de ese estado.

Hattusili inició una política de expansión hacia el sur. Dado que Anatolia está dividida en valles fluviales con una superficie agrícola limitada, la necesidad de obtener acceso a grandes campos de cereales pudo haber impulsado la búsqueda de control sobre el norte de Siria. Hattusili invadió repetidamente el reino de Yamkhad, que para entonces controlaba todo el noroeste de Siria, y saqueó varias de sus ciudades, incluida Alalakh. Sin embargo, Aleppo, la capital de Yamkhad, se mantuvo independiente. Hattusili también hizo campaña en el suroeste de Anatolia y, al final de su reinado, había creado un gran estado. Internamente, sin embargo, ese estado estaba en desorden. Los hijos de Hattusili se rebelaron al final de su vida, e incluso el sobrino que había elegido como su sucesor se volvió contra él. Así, en su lecho de muerte, Hattusili nombró heredero a su nieto, Mursili. El reinado del nuevo rey es poco conocido, pero las lacónicas fuentes mencionan dos actos extremadamente importantes: las destrucciones de Aleppo y de Babilonia. Sin embargo, sus operaciones militares no fueron seguidas de una ocupación. Al aniquilar Aleppo, Mursili alteró el equilibrio de poder en el noroeste de Siria y creó un espacio para que otras entidades se desarrollaran. La conquista de Babilonia solo se menciona en fuentes hititas y babilónicas posteriores y no se sabe nada de ella excepto que tuvo lugar. Solo podemos especular cómo y por qué Mursili llevó a sus tropas tan al sur en lo que seguramente no fue más que una incursión. El resultado fue un vacío de poder también en Babilonia.

La situación que había caracterizado a Mesopotamia y Siria durante dos siglos se invirtió totalmente. Ya no dominaba el escenario un conjunto de

gobernantes fuertes, y toda la región quedó reducida a la fragmentación política. Los hititas tampoco se beneficiaron de esta situación: a su regreso a casa, el cuñado de Mursili, Hantili, lo asesinó y se hizo con el trono. Cuando Hantili a su vez fue asesinado, varios grupos impugnaron la sucesión al trono hitita, y la inestabilidad interna impidió que los hititas mantuvieran el control sobre cualquier lugar más allá del corazón de su estado. El estado hitita no resurgiría como un actor importante en la escena internacional hasta el siglo XIV.

La tradición de los escribas hititas no era un vástago de la antigua tradición asiria, a pesar de que esta fuera la más antigua de Anatolia, pero las prácticas babilónicas estaban en sus raíces. Muchos de los primeros textos eran bilingües, utilizando hitita y acadio. La lengua hitita fue escrita en escritura cuneiforme inspirada en las formas y lecturas babilónicas de los signos, y la penetración de estas prácticas en Anatolia se debe interpretar como una extensión de su influencia en todo el Próximo Oriente. De este modo, Babilonia fue el centro de la cultura alfabetizada de todas las cortes del Próximo Oriente, incluso si hablaban idiomas diferentes.

La naturaleza de las fuentes hititas lleva a una ignorancia casi total sobre el funcionamiento del antiguo estado hitita. No se conocen archivos administrativos de esta época, por lo que la organización de la economía, por ejemplo, es un misterio. Mucho se ha hecho en el estudio de las referencias a una asamblea de guerreros y oficiales en el edicto de sucesión de Hattusili. Se cree que hace referencia a una asamblea de nobles que elegían a uno de sus miembros como rey. A veces se asumen aquí prácticas indoeuropeas, ya que se consideran más democráticas que las de otras partes del Próximo Oriente. Pero tales conclusiones no están fundadas en evidencias y lo más probable es que la antigua corte hitita funcionara de manera similar a las otras de la época. El estado hitita es por lo tanto muy poco conocido más allá de sus éxitos militares. En ese frente tuvo un impacto radical en el Próximo Oriente con la eliminación de Alepo y Babilonia. Pero ni los hititas ni ningún otro poder más antiguo llenaron inmediatamente el vacío que dejaron.

Para 1590 el Próximo Oriente se veía muy diferente de lo que había sido cuatro generaciones antes. Un sistema de estados florecientes, gobernados por cortes en estrecho contacto entre sí, que se extendía desde la costa mediterránea hasta el golfo Pérsico, había sido completamente aniquilado. Algunas casas reales todavía funcionaban en ciudades como Babilonia, Terqa y Hattusa, y la Dinastía del País del Mar continuó gobernando el sur de Babilonia, pero estos eran pálidos reflejos del pasado. En todo el Próximo Oriente, el urbanismo alcanzó su punto más bajo desde el año 3000. Muchas ciudades, como Mari, habían sido destruidas como resultado de una acción militar. Otras fueron abandonadas por razones desconocidas: cambios en los cauces de los ríos o en el patrón de precipitaciones, trastornos sociales y políticos que pudieron haber jugado un papel importante. La situación tuvo la consecuencia habitual para el historiador: la falta de poder centralizado llevó a la interrupción de las prácticas administrativas y de escritura a medida que disminuían los niveles de las actividades económicas y culturales. Los textos se escribieron con moderación y, por tanto, no disponemos de datos con los que trabajar. Entramos en una «Edad Oscura». La duración de esta edad es controvertida. Dependiendo de si los especialistas ven continuidad o discontinuidad entre la primera y la segunda mitad del segundo milenio, su percepción de la duración del silencio histórico será más corta o más larga. En mi opinión, duró alrededor de un siglo. Se produjeron algunos cambios cruciales en este paréntesis que llevarían a una situación muy diferente en los siglos posteriores.

El ascenso político de nuevos grupos de población, los casitas en el sur y los hurritas en el norte, parece haber sido el acontecimiento más importante del siglo XVI. Ambos grupos habían estado presentes en el Próximo Oriente con anterioridad, pero solo en esta «Edad Oscura» pudieron afirmar un claro control político. Los casitas habían vivido en el norte de Babilonia desde el siglo XVIII, reconocibles por sus nombres, que revelan una lengua claramente distinta de las de los demás habitantes de la región. Hay muchos indicadores de que tenían una organización social tribal y de que estaban más estrechamente asociados con el área donde la estepa y las zonas agrícolas colindan entre sí. Pero, al igual que con los

grupos seminómadas anteriores, como los guti y los amorreos, algunos casitas fueron miembros sociales plenamente integrados en la economía agrícola y urbana desde el momento en que los encontramos. La dinastía de Hana, que había surgido en Terqa río arriba desde Mari, incluía un gobernante con un nombre casita. Por lo tanto, la región del Éufrates Medio pudo haber sido la primera zona en la que los casitas obtuvieron el control político de las ciudades. Después de que Babilonia fuera saqueada en 1595, quedó sin líder, pero en las décadas siguientes la dinastía casita tomó el control allí y en 1475 había incorporado el sur de Babilonia. Sin embargo, solo podremos estudiar realmente su historia en el siglo XIV.

En el norte de Siria y Mesopotamia, hay evidencias de que personas con nombres hurritas habían estado presentes desde mediados del tercer milenio. Los estados con gobernantes hurritas están atestiguados desde el final del período de Acad. A finales del tercer milenio, había un estado confuso llamado «Urkes y Nawar», posteriormente dos ciudades en la cuenca norte del Khabur gobernadas por un hombre llamado Atal-shen. Varios de los estados de principios del segundo milenio que conocemos tenían gobernantes hurritas, y en ciertos lugares un porcentaje sustancial de la población llevaba nombres hurritas. Se extendieron por una amplia zona, desde los montes Zagros hasta el Mediterráneo. Cuando el reino de la Alta Mesopotamia se desmoronó, grupos de hablantes hurritas pudieron haber entrado en su territorio desde las montañas hacia el este. Estos inmigrantes probablemente trajeron algunos elementos culturales que normalmente asociamos con los indoeuropeos, aunque el hurrita en sí no es una lengua indoeuropea. Más tarde, los hurritas honraron a los dioses indios Mitra, Varuna y a la pareja divina Nasatya. Se ha especulado mucho sobre si los propios hurritas estaban sometidos a una clase superior militar indoeuropea: algunos gobernantes de Mitanni, el estado hurrita del norte de Siria a finales del segundo milenio, llevaban nombres que eran indoeuropeos y sus aurigas fueron designados con la palabra *mariyannu*, un término que podría incluir la palabra védica para «hombre joven». Sin embargo, la evidencia no es concluyente en cuanto al carácter de la clase militar, y parece preferible considerar a sus miembros como hombres entrenados para la guerra, especialmente como aurigas. En ese aspecto, los hurritas tuvieron mucho

éxito y se convirtieron en formidables oponentes, invadiendo el reino hitita varias veces. Sus movimientos hacia el sur pudieron haber empujado a los habitantes de Siria-Palestina a Egipto, donde formaron las denominadas dinastías de los hicsos a principios del siglo XVI. Los hurritas ciertamente se habían convertido en el grupo de población más prominente en una vasta área para cuando se reanudaron las fuentes históricas. No solo tenían su propio estado territorial a principios del siglo XV, llamado Mitanni, sino que también dominaban entre los hititas y en Kizzuwatna (Cilicia en el suroeste de Anatolia), mientras varios gobernantes de las ciudades estado siro-palestinas tenían nombres hurritas.

Mientras que los casitas y los hurritas llegaron a ser políticamente dominantes durante la «Edad Oscura», culturalmente apenas dejaron una impronta en la escena del Próximo Oriente. Aunque muchos nombres personales eran casitas, y los textos babilónicos indican la existencia de un vocabulario casita, no se conoce ningún texto u oración en el idioma casita. Se atestiguan unos veinte nombres casitas de dioses, pero solo se sabe algo sobre el culto y la construcción de un templo especial dedicado a la pareja divina que custodiaba a la familia dinástica. Los hablantes del casita fueron totalmente asimilados a la cultura babilónica.

La tradición hurrita era más antigua hasta donde sabemos e interactuaba con una variedad de culturas que no eran tan dominantes como la de Babilonia. Tenemos varios textos en lengua hurrita, algunos del propio estado de Mitanni y otros del estado hitita. El ambiente multicultural de este último permitía la supervivencia de los mitos y rituales hurritas. Sin embargo, en comparación con su importancia política, el impacto cultural que los hurritas tuvieron en la historia del Próximo Oriente no fue tan significativo.

Los hurritas pudieron haber sido responsables, sin embargo, de una importante innovación tecnológica que tuvo lugar durante la «Edad Oscura»: el uso del caballo y el carro. En la segunda mitad del segundo milenio, todos los ejércitos del Próximo Oriente tenían carros de guerra, mientras que anteriormente solo se había luchado con infantería, con asnos o con asnos como animales de tiro. Un largo manual en hitita para el entrenamiento de caballos de carruaje del siglo XIV comienza con la

afirmación: «Así habla Kikkuli, el entrenador de caballos de la tierra de Mitanni», y el texto contiene mucho vocabulario hurrita, así como palabras relacionadas con un antiguo dialecto índico. Las instrucciones son muy detalladas, por ejemplo, «cuando los caballos se inquietan y comienzan a sudar, (el entrenador) les quita los ronzales y las mantas. Luego les pone las riendas y los saca del establo. Se bañan en agua caliente»⁶. Los caballos se consideraban claramente muy valiosos en esa época, y los hurritas pudieron haber sido los responsables de la difusión de la equitación en todo el Próximo Oriente.

En este momento pudo haberse producido otro cambio tecnológico relacionado con la navegación marítima. Después del 1500 observamos un cambio en la atención de las personas del Próximo Oriente de este a oeste: las islas y los países del Mediterráneo se incorporaron a la visión del mundo del Próximo Oriente. Chipre y el mar Egeo se convirtieron en socios comerciales regulares, mientras se intensificaron los contactos comerciales con Egipto. Era un sistema de comercio marítimo desarrollado por el cual los países a lo largo de las costas del Mediterráneo oriental estaban conectados entre sí, visitados por barcos que circulaban por el mar, recogiendo objetos en todas las paradas e intercambiándolos por otros. Aunque las tierras de Mesopotamia estaban demasiado alejadas del mar para participar directamente en este sistema, se beneficiaron de él. El estaño, por ejemplo, que se había importado del este hasta ese momento, ahora probablemente provenía de fuentes occidentales. Si bien los contactos con las islas del mar Egeo, como Creta, ya estaban atestiguados en los archivos de Mari, la masa de mercancías que entraban en el Próximo Oriente desde el oeste fue mucho mayor que nunca en la segunda mitad del segundo milenio. Parece probable que las innovaciones en la construcción de barcos y las técnicas de navegación tuvieran algo que ver con esto, pero los detalles de esos cambios o quién los inició no están claros.

Nuestras dudas sobre los acontecimientos y el desarrollo histórico de los siglos XVI y principios del XV son grandes. Sin embargo, es innegable que se produjeron algunos cambios radicales. El mundo del Próximo Oriente que surgió de la «Edad Oscura» era, en muchos aspectos, un mundo totalmente nuevo.

Debate 6.1. ¿QUÉ ES EL CÓDIGO DE HAMMURABI?

Posiblemente el texto más famoso de la historia de Babilonia sea la inscripción de Hammurabi en la estela de piedra que se encuentra actualmente en el Museo del Louvre, excavada en Susa en 1901 y publicada un año después. Con sus más de 3500 líneas, es el texto conservado más largo de los primeros tiempos de Mesopotamia y el hecho de que sus signos cuneiformes elegantemente tallados cubran la mayor parte de la superficie de una alta estela de piedra negra se añade a su atractivo. La mayor parte de la inscripción es, de lejos, una lista de leyes redactadas en su mayor parte sobre el modelo, «si... entonces...», un formato llamado casuístico entre los eruditos del Próximo Oriente, es decir, un caso específico tras otro. Originalmente había entre 275 y 300 párrafos; algunos de ellos se borraron cuando la estela se llevó a Susa en el siglo XII.

Cuando se publicó por primera vez, los académicos interpretaron la lista como un código de normas jurídicamente vinculantes y aplicables, comparable a códigos europeos como el Código Napoleónico. Se consideraba un documento cuyas prescripciones reflejaban la opinión jurídica de la época y que podía interpretarse de la misma manera que el derecho romano (Driver y Miles, 1952-1955). Los historiadores legales recolectaron y categorizaron documentos reales del período paleobabilónico de acuerdo con conceptos que ellos basaron en su lectura de las leyes (Kohler y Peiser, 1904-1923). Pero en 1960 un erudito señaló que el formato de los pronunciamientos legales era exactamente el mismo que el utilizado en los textos médicos y proféticos (Kraus, 1960). Esto inspiró una reevaluación total que se centró en la naturaleza científica del texto y su función como monumento que proclama el papel de Hammurabi como «rey de la Justicia», palabras que utilizó repetidamente en el epílogo (Bottéro, 1992: 156-184). Los estudiosos destacaron las deficiencias del texto. Ninguno de los numerosos registros y cartas legales del período hace referencia a la consulta de un código (Veenhof, 1997-2000), aunque algunos subrayan que puede haber algunas excepciones (Roth, 1997: 4-7; Stol, 2004: 656). También es preocupante el hecho de que áreas importantes de la vida babilónica, como la ganadería, no se abordan en absoluto en el texto (Bottéro, 1992: 161).

Mientras que la mayoría de los historiadores ahora aceptan que el Código de Hammurabi no es un código, lo retratan de diferentes maneras. Para algunos es un tratado académico de temática jurídica (Westbrook, 1989), mientras que para otros es una pieza de propaganda real para justificar el gobierno del rey ante las élites de la corte (Wells, 2005: 201). El hecho de que el monumento con las leyes estuviera en un lugar donde la gente pudiera consultarlo es importante —aunque no supieran leer, sabían que Hammurabi garantizaba la justicia en su reino—. La mera existencia de las leyes fue un mensaje al pueblo (Bahrani, 2007). Hammurabi declaró a sus súbditos que había un sistema coherente de leyes y lo demostró enumerando ejemplos de decisiones justas: si alguien es atrapado durante un robo, será ejecutado; si un hombre le rompe el hueso a otro, se le romperá el hueso igualmente; y así sucesivamente. Podían contar con que se haría justicia si algo les sucediera.

1. Durand, 1997-2000, volumen 1: 138.
2. Frayne, 1990: 341.

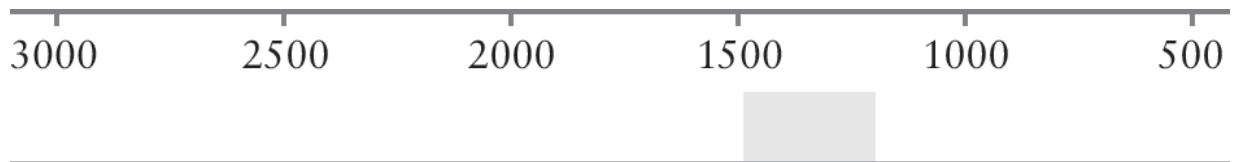
3. Traducción según Kraus, 1968: n.º 1.
4. Para una traducción reciente del Código de Hammurabi, ver Roth, 1997: 71-142.
5. Traducción de Robson, 1999: 224.
6. Traducción por Gary Beckman en Aruz, Benzel y Evans, 2008: 158.

Parte II

ESTADOS TERRITORIALES

7. El club de las grandes potencias
8. Los estados occidentales a finales del segundo milenio
9. Casitas, asirios y elamitas
10. El colapso del sistema regional y sus resultados

EL CLUB DE LAS GRANDES POTENCIAS



ca. 1365-1335 Archivo de Amarna

1274 Batalla de Qadesh

Durante los siglos comprendidos entre 1500 y 1200 el Próximo Oriente estuvo unido en un sistema internacional que implicaba toda la región, del Irán occidental al mar Egeo y de Anatolia a Nubia. Algunos estados territoriales grandes interactuaban entre sí como iguales y rivales. Entre ellos, especialmente en la zona de Siria-Palestina, había una serie de estados más pequeños que rendían lealtad a sus vecinos más poderosos y que a menudo eran utilizados como vicarios en sus rivalidades. El sistema se extendía más allá de los confines del Próximo Oriente definidos en este libro: incorporaba el mundo egeo y Egipto, que en estas fechas había alcanzado su mayor expansión territorial y se implicaba activamente en el Próximo Oriente al norte y en Nubia al sur. A lo largo de estos tres siglos los principales estados implicados cambiaban en algunas zonas, pero hay una notable consistencia en el reparto de poder en toda el área. Los grandes reinos eran la Babilonia casita, la Anatolia hitita, Egipto y, en el norte de Mesopotamia y en Siria, primero el estado de Mitanni, seguido a mediados del siglo XIV por Asiria. En el confín oriental se ubicaba el poderoso reino de Elam y en la región egea al oeste, Micenas, cuya organización política

resulta más difícil de describir. Entremedias, los estados de Siria y Palestina, en su mayor parte ciudades-estado por extensión y organización y siempre dependientes de una de las grandes potencias. Las historias de todos estos estados, grandes y pequeños, pueden escribirse por separado, y eso es lo que haré para aquellos que pertenecen al Próximo Oriente en capítulos sucesivos. Pero el que todos ellos participasen en un sistema común sin que uno solo dominase a todos hace que este período sea algo atípico en la historia antigua. Puesto que sus características rebasaron las fronteras políticas y culturales, los expertos a menudo se refieren al período con la designación arqueológica de Edad del Bronce Final. Aunque no fuesen las condiciones arqueológicas lo que unificara este mundo, el término es útil porque sugiere la existencia de un sistema común por todo el Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental. Este sistema será lo primero que examine.

La labor del historiador se ve facilitada en gran medida por la abundancia de fuentes disponibles para todos los estados implicados con la excepción de unos pocos. Aparte del Egeo y algunos estados de Siria-Palestina, todos han aportado una amplia variedad de datos textuales. Inscripciones reales, documentos legales y administrativos, y textos literarios aparecen por doquier. Además, puesto que las cortes estaban en contacto, sus cancillerías contenían correspondencia diplomática y tratados internacionales. El carácter centralizado de cada estado llevó a un nivel elevado de producción de escrituras. La escritura existía también en el mundo egeo, el llamado micénico lineal B, pero su uso se limitaba a documentos económicos y, aunque aportan información histórica, no lo hacen con el mismo detalle que en otros lugares. También la información arqueológica es muy rica por toda la región, ya que la construcción de edificios y la creación artística eran prolíficas como resultado de la riqueza de los estados. Se nos presenta una multitud de fuentes, tanto en número como en variedad, que no derivan de un solo participante en el sistema, sino de muchos de ellos simultáneamente. Nuestra visión del período por tanto no está filtrada por los ojos de uno solo de sus actores.

La mayor dificultad a la que hacer frente es la incertidumbre de la cronología ([debate 7.1](#)). Aunque podemos sentir una cautelosa confianza

acerca de la secuencia de gobernantes y la duración de sus reinados en ciertos estados, la información sobre otros reyes y reinos sigue siendo vaga. Así, incluso escribir la historia de Mitanni, por ejemplo, presenta grandes dificultades, puesto que no podemos datar los acontecimientos a partir de la evidencia del propio estado. Tenemos que depender de sincronías con Egipto y Hatti para determinar de manera aproximada cuándo y cuánto tiempo reinó un rey de Mitanni. Cuando su nombre aparece en un texto de uno de los estados mencionados, nos hacemos cierta idea de cuándo estuvo activo. Pero las cronologías de todos los estados no son tan firmes como nos gustaría e, incluso cuando se atestiguan contactos, a veces nos vemos incapaces de conectar los acontecimientos, a pesar de las interacciones estrechas. Por lo tanto, las fechas que aquí ofrecemos son a menudo inciertas.

7.1. EL SISTEMA POLÍTICO

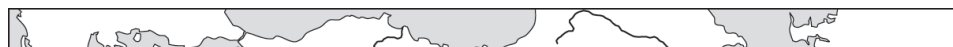
Entre 1500 y 1200 todas las regiones del Próximo Oriente experimentaron un ciclo de creación, apogeo y declive de los estados centralizados. Hubo al menos cinco zonas donde tuvo lugar una unificación política, seguida de un período de prosperidad que concluyó en un colapso relativamente repentino. En cuatro de estas zonas todo el período puede estudiarse como la historia de un estado: el Reino Medio elamita al oeste de Irán; la Babilonia casita al sur de Mesopotamia; el Reino Nuevo hitita en Anatolia (un estado que sus contemporáneos denominaban Hatti); y el Reino Nuevo egipcio en el norte de África. En el norte de Mesopotamia dos estados distintos dominaron sucesivamente, Mitanni y Asiria. El segundo fue en origen una provincia del estado de Mitanni, logró la independencia y luego reemplazó a su amo original como potencia regional. Un ciclo similar de unificación política y disgregación tendría lugar probablemente en la Anatolia occidental y el Egeo, pero la situación es más nebulosa en esa zona, dada la ausencia de fuentes textuales relevantes ([mapa 7.1](#)).

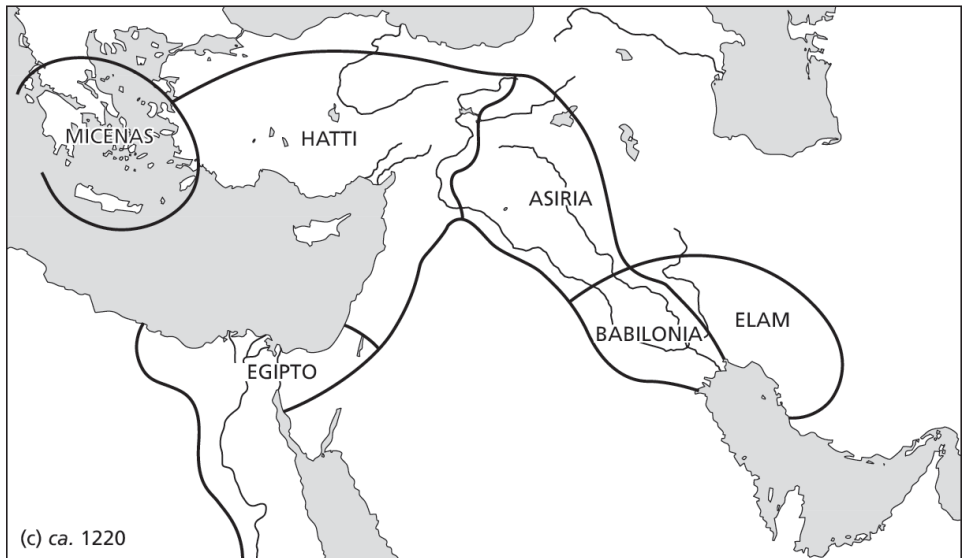
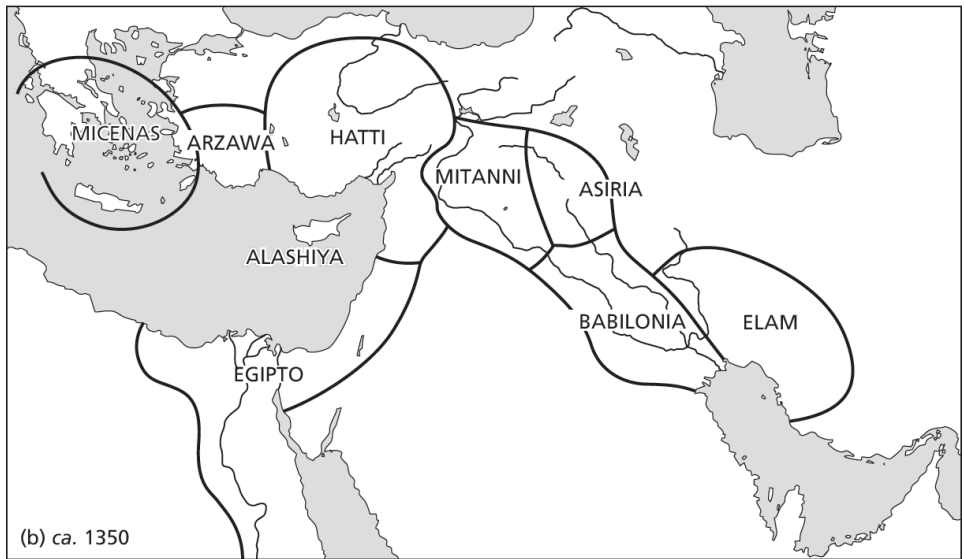
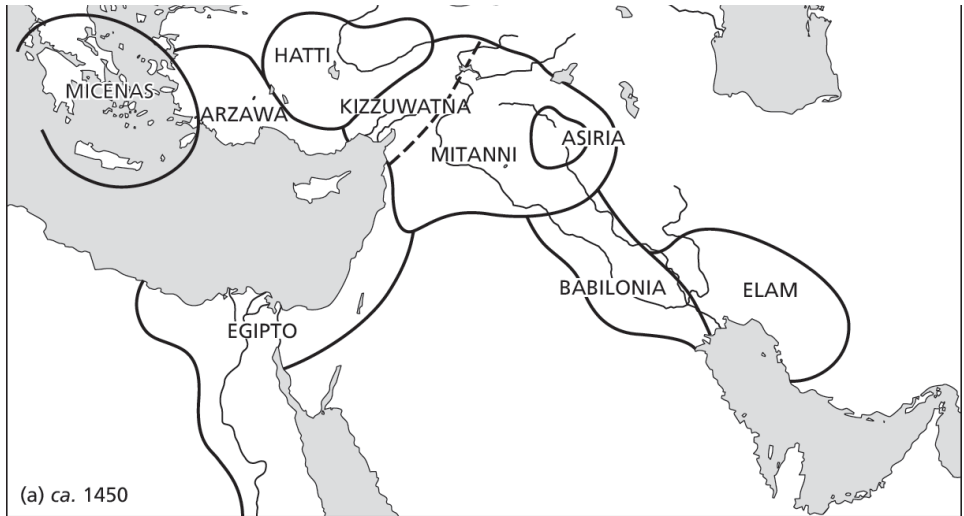
La simultaneidad de estos ciclos por toda la región no puede ser una mera coincidencia. La proximidad de los estados y las estrechas relaciones entre ellos, como atestiguan numerosas fuentes, nos obligan a ir más allá de sus historias individuales para explicar el auge y la mengua de sus fortunas.

El final de este período ha sido investigado intensamente y sus causas han sido objeto de numerosos debates. El inicio, sin embargo, ha sido casi siempre retratado como una convergencia accidental de historias individuales en un sistema regional y como el resultado de interacciones entre cortes que se habían establecido de manera independiente. Las circunstancias locales, ciertamente, fueron responsables en gran medida de lo que sucedió en las distintas áreas, pero también es posible entender mejor el auge de los estados individuales cuando se ve en un contexto regional. Al igual que la desaparición de sistema que los ligaba precipitó el fin de estos estados, el crecimiento del sistema condicionó su auge. Dado que mucho de esto tuvo lugar en la denominada Edad Oscura, el desarrollo del sistema regional es difícil de estudiar detalladamente. Pero al ubicar las historias locales en un contexto más amplio, podemos explicar mejor los desarrollos en estados individuales que si nos limitamos a examinar las circunstancias internas por sí solas.

Gráfico 7.1. Cronología comparada de los grandes estados de la segunda mitad del segundo milenio

Fecha	Mitanni	Babilonia	Asiria	Hatti	Egipto
1500	Parrattarna				Amenhotep I
1450					Tutmosis III
1400	Artatama I				
1350	Tushratta	Kadashman-Enlil I	Assur-uballit I		Amenhotep III Akhenaton
	Shattiwaza	Burnaburiash II		Suppiluliuma I	
1300		Kurigalzu II		Mursili II	
	<i>Elam</i>		Adad-nirari I		
1250	Untash-Napirisha	Kadashman-Enlil II	Salmanasar I	Muwatalli II	Ramsés II
1200		Kashtiliashu IV	Tukulti-Ninurta I	Hattusili III Tudhaliya IV Suppiluliuma II	Mernepath
1150	Shutruk-Nahhunte Kutir-Nahhunte Shilhak-Inshushinak				Ramsés III
1100		Nabucodonosor I	Assur-resha-ishi I		
1050			Tiglath-pileser I		





Mapa 7.1. Los sistemas políticos del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio. Según Mario Liverani, Prestige and Interest (Sargon, Padua, 1990), pp. 299-300.

En el siglo XVI, todo el Próximo Oriente estaba fragmentado políticamente: no vemos estados fuertes en ningún lado y, resultado de ello, la documentación textual es extremadamente escasa. Solo en Egipto nos hacemos una idea de la situación, pero incluso allí nuestra comprensión es limitada. Desde mediados del siglo XVII, el país se había visto dividido en varios principados, varios de los cuales gobernados por extranjeros denominados hicsos. En el Próximo Oriente, los grandes estados habían desaparecido y por todas partes gobernaban dinastías enfrentadas. La casi total ausencia de restos textuales sugiere que sus economías estaban subdesarrolladas y su control político era débil. Mesopotamia, Anatolia y Siria-Palestina experimentaron una drástica reducción de zonas habitadas y un aumento de grupos seminómadas. El número de centros urbanos se había reducido y estaban aislados en un entorno con pocos asentamientos permanentes.

La situación de declive político y económico se invirtió gradualmente a partir de finales del siglo XVI y del siglo XV: a partir de este marco de estados pequeños y débiles se desarrolló un sistema sin precedentes de estados territoriales con un poder más o menos equivalente. Muchos, si no todos, los estados implicados alcanzaron un tamaño y cohesión jamás conocidos en su historia. Los ejemplos mejor conocidos son Egipto, Babilonia y Asiria. Los estados mesopotámicos se volvieron realmente territoriales. Babilonia y Asiria en la segunda mitad del segundo milenio eran entidades regionales, gobernadas desde un centro político por dinastías que se consideraban gobernantes de un país, no de una o más ciudades como sucedía antes. Los territorios incluían varias ciudades y sus *hinterlands*, entretejidas por cierto nivel de integración económica nunca visto con anterioridad. Ideológicamente, la idea de que la ciudad era el centro de la vida cultural y política seguía viva, pero la autonomía política y económica de las ciudades había desaparecido. Egipto, que había sido un estado territorial desde su origen a principios del tercer milenio, se transformó ahora en un gran imperio que se expandía a territorios

extranjeros, extendiéndose de Nubia en el actual Sudán hasta el norte de Siria.

También en las otras regiones del Próximo Oriente surgieron estados territoriales donde antes había una multitud de pequeños estados antes de mediados del segundo milenio. El norte de Siria a principios del segundo milenio se dividía políticamente entre estados como Qatna, Yamkhad, Tuttul y Apum. Todos ellos habían experimentado un declive en el siglo XVI y cuando surgió el nuevo estado de Mitanni en el siglo XV, fue como estado territorial que impuso su hegemonía sobre toda la región. Hatti en su Reino Nuevo, del mismo modo, instituyó una integración territorial de la Anatolia central y el noroeste de Siria. La cohesión del estado de Elam Medio y las diferencias frente a lo anterior son difíciles de evaluar, como sucede en el mundo egeo. En este caso, la mención de estados occidentales en los textos hititas (Arzawa y Ahhiyawa) y la homogeneidad de la cultura material en los siglos posteriores a 1500 sugieren un cambio político sustantivo en comparación con épocas anteriores.

La única excepción dentro de esta tendencia generalizada de unidades políticas mayores fue la zona de Siria-Palestina: aquí el sistema básico de pequeños estados con una única ciudad como centro siguió existiendo. Se conocen abundantes ejemplos, como Jerusalén, Damasco, Biblos, y Ugarit. Cualitativamente, no vemos diferencias con la situación en la primera mitad del segundo milenio, aunque la situación más antigua resulte menos clara. Quizá esta excepción a la regla resalte lo sustanciales que fueron los cambios en otras zonas. La región de Siria-Palestina estaba comprimida entre estados territoriales rivales en abierta competencia: primero Egipto y Mitanni, luego Egipto y Hatti, con Asiria acechando en segundo plano. La región actuó como colchón entre estos grandes estados y como lugar donde podían interactuar competitivamente, tanto directa como vicariamente. Ejercieron influjo político y convirtieron a los gobernantes locales en vasallos, pero la región no se transformó en estado territorial, ni tampoco se integró firmemente en el territorio de ninguno de sus poderosos vecinos. El resto de estados circundantes eran lo suficientemente poderosos como para evitar que eso sucediera. La diferencia entre estados grandes y pequeños quedaba clara en las interacciones formales entre sus cortes. Solo los

gobernantes de los estados territoriales se veían como iguales y se trataban de «hermanos», mientras que los de los estados de Siria-Palestina eran de rango inferior y «sirvientes». Así, los últimos se veían obligados a jurar lealtad a uno de los señores vecinos, cambiando esa lealtad a una potencia más fuerte caso de ser necesario. El nivel de integración en esos sistemas-estado de mayor tamaño dependía de su proximidad al centro político y de las políticas de los soberanos. El control de Siria por parte de Egipto, por ejemplo, era mucho más relajado que el de Hatti. Pero estos últimos también usaban métodos flexibles: administraban directamente regiones importantes como Karkemish en el norte de Siria, mientras que en Amurru, mucho más al sur, por ejemplo, permitían que un rey local gobernase como vasallo. No podemos decir que hubiese estados de Siria-Palestina que llegaran a integrarse en los territorios de sus dominantes vecinos. Continuaron existiendo como entidades políticas separadas, distintas de los soberanos de los grandes estados, que al mismo tiempo impedían que se unieran a sus vecinos.

Podemos buscar explicaciones a estos desarrollos sociopolíticos en las historias de las regiones individuales y de hecho el auge de los estados territoriales durante la primera mitad del segundo milenio ha sido ya estudiada en el capítulo anterior. Pero la presencia de un sistema global en el que todos participaron conscientemente debe de haber reforzado los procesos locales encaminados a una mayor centralización política. Esto resulta más probable si consideramos lo estrecho de las interacciones entre estos estados, tanto de manera amistosa como hostil, y cómo compartían una estructura social e ideológica.

7.2. INTERACCIONES POLÍTICAS: DIPLOMACIA Y COMERCIO

Todos los participantes en el sistema sabían el lugar que ocupaban en la jerarquía política y cómo tenían que interactuar con otros. Se comportaban como si viviesen en una gran aldea donde la comunicación era cercana y los individuos estaban emparentados. Para mantener el sistema, estaban en continuo contacto, mandando emisarios de un lado para otro con mensajes orales y escritos. Todas las cortes tenían una cancillería donde los escribas escribían en babilonio, la lengua internacional de la diplomacia. Con

mucho, la mejor evidencia que tenemos de esta práctica viene de Egipto, donde en el siglo XIV el rey Akhenaton trasladó la capital a la nueva ciudad de Akhetaton (la actual Amarna). En sus ruinas se hallaron los restos de su correspondencia internacional y de la de su padre, escrita en tablillas de arcilla. Suelen denominarse Cartas de Amarna ([recuadro 7.1](#)). Los vasallos de Siria-Palestina escribieron la mayor parte de las 350 cartas a su señor egipcio, pero hay unas cuarenta cartas de o a los reyes que el gobernante de Egipto consideraba sus iguales, los «Grandes Reyes». Eran los gobernantes de Babilonia, Asiria, Mitanni, Hatti, Alashiya (en Chipre) y Arzawa (en el suroeste de Anatolia). Los dos últimos se incluían probablemente por su control de recursos necesarios para todos los reyes, en el caso de Alashiya, el cobre. Las cartas de Arzawa fueron escritas en lengua hitita en vez de en babilonio, lo que muestra que la corte aún no se había integrado plenamente en el sistema. El que el archivo egipcio no era algo único se ve claramente en hallazgos menores en ciudades de Siria-Palestina de cartas diplomáticas similares contemporáneas con las de Amarna. También se ha hallado correspondencia internacional del siglo XIII entre reyes de Egipto, Hatti, Asiria y Babilonia, aunque en menor número. El palacio de Ugarit, uno de los estados sometidos a Hatti, también contaba con estos textos y hallazgos aislados en otros palacios por todo el Próximo Oriente muestran que en todas las cortes se practicaba la diplomacia.

Recuadro 7.1. LAS CARTAS DE AMARNA

A finales del siglo XIX e.c., unos campesinos encontraron un grupo de tablillas cuneiformes en la actual localidad de Amarna, donde en el siglo XIV a.e.c. el rey Akhenaton había construido la nueva capital de Egipto, Akhetaton. Contenían la correspondencia diplomática entre los reyes de Egipto y sus iguales y vasallos del Próximo Oriente, un total de 350 cartas escritas en los reinados de Amenhotep III, Akhenaton y dos sucesores, probablemente Smenkhkara y Tutankhamon. La mayoría de ellas se dirigían al rey o a altos funcionarios de la corte por parte de gobernantes de pequeños estados del área de Siria-Palestina y detallaban las interacciones con su señor. Se llamaban a sí mismos sirvientes del rey de Egipto y buscaban congraciarse con él haciendo que sus vecinos parecieran vasallos poco fiables. Las cartas muestran que Egipto había dividido la región en tres distritos administrativos y la controlaba con una presencia militar relativamente reducida. La región en cuestión se extendía desde el sur de Palestina hasta la Siria central, con el estado de Amuru como el dependiente egipcio más septentrional. La lengua de las cartas es el babilonio, pero son visibles las influencias de las lenguas semíticas locales en el vocabulario y la gramática.

Un grupo de unas cuarenta cartas contiene correspondencia entre el rey egipcio y sus colegas de los otros grandes estados de la época: Babilonia, Asiria, Mitanni, Hatti, Alashya y Arzawa. Estos reyes se veían como iguales y se trataban de hermanos. Discutían asuntos diplomáticos, especialmente el intercambio de bienes preciosos y de mujeres reales, lo que reforzaba los lazos entre ellos. Aunque la mayor parte de las cartas estaban en babilonio, hay dos en hitita, una en hurrita y otra en asirio.

Las cartas de Amarna cubren un período de tiempo breve, como mucho treinta años, entre ca. 1365 y 1335, pero está claro que este tipo de correspondencia se mantuvo durante todo el período en distintos lugares. Los archivos estatales de la capital hitita, Hattusa, han revelado cartas similares y se han encontrado unos pocos ejemplos en otros lugares. Todas las cortes debieron de tener el mismo tipo de intercambios internacionales. El uso de la lengua babilonia y sus típicos materiales de escritura muestra como la cultura de esa región continuaba dominando el Próximo Oriente.

Los autores de las cartas representaban el mundo en que vivían como una familia extensa: los reyes del mismo estatus se llaman hermanos; los de rango inferior se llaman sirvientes ([documento 7.1](#)). El estatus de cada estado estaba bien definido, pero, como la situación política a veces cambiaba rápidamente, surgían fricciones. Cuando Asiria adquirió importancia política y militar, el rey Asur-uballit I envió dos cartas al rey de Egipto como si fuera su igual. Esto enfureció a Burnaburiash II, rey de Babilonia, que se quejó a su colega egipcio: «Acerca de mis vasallos asirios, no fui yo quien te los envió. ¿Por qué fueron a tu país sin la autoridad debida? Si eres leal a mí, no negociarán nada. ¡Mándamelos con las manos vacías!»¹. Tales disputas eran inevitables puesto que el estatus era muy importante y la realidad política cambiaba más rápido que la voluntad de aceptar a los recién llegados.

Documento 7.1. EJEMPLOS DE CARTAS DE AMARNA

Las Cartas de Amarna aportan un conocimiento sin parangón sobre las relaciones diplomáticas del Próximo Oriente antiguo en la segunda mitad del segundo milenio. Probablemente abandonadas cuando la capital egipcia se trasladó de Akhetaton, las tabillas cuneiformes muestran como la correspondencia entre reyes que se tenían por iguales —los de Mitanni, Babilonia, etc.— tenía un tono y contenido muy diferentes de las cartas que escribían los vasallos. Los iguales llamaban al rey de Egipto hermano y discutían asuntos diplomáticos, mientras que los gobernantes de rango inferior lo llamaban amo y presentaban cuestiones políticas relevantes para su región.

1. *Entre iguales: carta de Tushratta de Mitanni a Amenhotep III de Egipto*

Di a Nimmureya, rey de Egipto, mi hermano, mi yerno, al que amo y que me ama:

Tushratta, rey de Mitanni, que te ama, tu suegro dice: Todo me va bien. Que todo te vaya bien. Que todo le vaya bien a tu casa, a mi hija Tadu-Heba, tu esposa, a la que amas. Que todo le vaya muy muy bien a tus esposas, a tus hijos, a tus hombres principales, a tus carros, a tus caballos, a tus tropas, a tu país y a cualquier otra cosa que te pertenezca.

Shaushga de Nínive, señora de todas las tierras, dijo: «Quiero ir a Egipto, la tierra que amo y luego volver». Ahora la envío y está en camino.

Ahora, en tiempos de mi padre ella fue... a este país. Y permaneció allí y la honraron antes, que mi hermano la honre diez veces más que antes. Que mi hermano la honre y la haga volver a su placer.

Que Shaushga, la señora del cielo, proteja a mi hermano y a mí 100 000 años y que nuestra señora nos dé gran dicha. Que nos comportemos como amigos.

¿No es Shaushga mi diosa y la diosa de mi hermano?

Traducción según Moran, 1992: 61-62, n.º 23.

2. *De un vasallo: carta de Rib-Adda, rey de Biblos, al rey de Egipto*

Di al rey, mi señor, mi Sol; Rib-Adda, tu sirviente, dice: Caigo a los pies de mi señor siete y siete veces. Que el rey, mi señor, sepa que Pubahla, el hijo de Abid-Ashirta, ha tomado la ciudad de Ullassa por la fuerza. Ardata, Wahliya, Ampí, Shigata, todas esas ciudades son tuyas. Que el rey envíe entonces ayuda a Sumur, hasta que se interese por su tierra. ¿Quiénes son los hijos de Abdi-Ashirta, el sirviente y perro? ¿Son los reyes de las casitas o el rey de Mitanni, que pueden tomar para sí la tierra del rey? En el pasado tomaban ciudades de tus intendentes y no hiciste nada. Ahora han expulsado a tu gobernador y han tomado sus ciudades para sí. Han capturado Ullasa. Si no haces nada en estas circunstancias, tomarán seguro Sumur y matarán al gobernador y a la guarnición. ¿Qué puedo hacer yo? No puedo ir a Sumur. Las ciudades de Ampí, Shigata, Ullasa y Erwada son hostiles. Si supieran que estoy en Sumur, estas ciudades estarían con barcos y los hijos de Abdi-Ashirta en el campo. Me atacarían y no podría salir. Biblos se uniría a los *habiru*¹.

Han ido a Ibirta y han llegado a un acuerdo con los *habiru*.

Traducción según Moran, 1992: 177, n.º 104.

1. Proscritos sociales seminómadas. Ver [capítulo 8](#).

En cierto aspecto vemos aquí una continuación de las prácticas de principios del segundo milenio donde las casas reales del Próximo Oriente intercambiaban correspondencia. Una diferencia fundamental, sin embargo, es que los Grandes Reyes jamás discutían cuestiones políticas de manera explícita. Aparecen alusiones a las mismas, pero estos hombres estaban interesados principalmente en el intercambio diplomático de mensajeros, bienes, y mujeres. Lo opuesto era cierto en las cartas de los vasallos a sus

señores. Se concentraban en la situación política cotidiana de sus vecindarios y a menudo acusaban a otros de ser vasallos del rey poco fiables. Estas acusaciones eran maniobras estratégicas en la competición por tierras y por el control de rutas. Sus declaraciones de lealtad y las denuncias a sus vecinos tienen que verse como hipérboles y retórica. Los vasallos intentaban evitar o retrasar el pago de impuestos y tributos y alejaban la atención de ese tema señalando la deslealtad de otros. En contraste, defendían su fiabilidad política, incluso si no obedecían todas las órdenes del faraón. En el período de las Cartas de Amarna, Hatti amenazó realmente la extendida influencia de Egipto sobre el territorio de Siria-Palestina e intentó llevarse a sus vasallos septentrionales uno a uno. Los hititas a menudo llevaban a cabo esta política por delegación utilizando a reyes clientes y lo que parecen riñas locales menores eran, de hecho, disputas entre los grandes estados. Disputa y murmuración son características incluso de cartas entre iguales. Los Grandes Reyes se quejaban de la falta de respeto que otros les hacían sufrir. El rey hitita Hattusili III, por ejemplo, se preguntaba abiertamente por qué su «hermano» babilonio le había dejado de enviar mensajes. ¿Era tan débil que no podía imponer un paso seguro por las tierras que los separaban? ¿Lo habían puesto en contra de Hattusili las lenguas malignas de su corte? Puesto que el intercambio de regalos era un aspecto importante para el mantenimiento de buenas relaciones, a menudo se discutían la calidad y cantidad de los mismos. Los reyes no tenían reparos en quejarse y en expresar su desagrado.

Las relaciones entre estados tenían que ser codificadas, especialmente cuando implicaban a los grandes reinos y sus vasallos. Esto se lograba mediante tratados entre sus gobernantes. Eran acuerdos entre dos hombres, no entre dos estados, y tenían que renovarse cada vez que un nuevo gobernante subía al trono. Los tratados que se han preservado siempre implican al estado hitita o a Alalakh, pero las referencias en otros textos sugieren que eran comunes en todo el Próximo Oriente. Existían dos tipos: entre potencias iguales y entre un Gran Rey y su vasallo. El primero probablemente solo se redactaba tras un conflicto grave o para fines especiales, por lo que los ejemplos son escasos. Hattusili III de Hatti y

Ramsés II de Egipto firmaron el tratado más famoso del período en 1259, quince años después de que sus dos ejércitos entablasen una batalla importante cerca del pueblo sirio de Qadesh. El acuerdo se esforzaba en lograr una igualdad plena y hermandad entre ambos, reflejando la idea de familia que aparece en la correspondencia diplomática. Prometían no atacarse, prestar ayuda cuando el otro fuera atacado y extraditar a individuos que huyeran de sus respectivos territorios. La única divergencia entre las dos versiones del tratado que tenemos, una para los hititas y otra para los egipcios, estaba relacionada con la cuestión de la sucesión al trono. Puesto que Hattusili había accedido al trono de Hatti como usurpador, le preocupaba que su hijo no fuese aceptado e insertó una cláusula en el tratado por la que el rey egipcio debería garantizar su sucesión. La extradición de personas que huyeran de los estados era una de las mayores preocupaciones de todos estos tratados. Tres de los tratados entre partes de igual poder están dedicados enteramente a este asunto, un reflejo de la situación social de la época, como veremos después.

Los tratados de sumisión conocidos en este período están todos firmados con el rey hitita. Los detalles de los acuerdos variaban, pero todos contenían ciertos elementos esenciales: los vasallos de Anatolia y el norte de Siria tenían que contribuir con impuestos y contingentes militares, y tenían que renunciar a su derecho a relaciones internacionales independientes. No podían entrar en guerra con otros vasallos hititas ni entablar contacto con otros grandes gobernantes. Tenían que devolver a los fugitivos. La lealtad al rey hitita era su obligación principal y juraban ante numerosos dioses, tanto hititas como de los estados vasallos. Estos tratados legitimaban las relaciones entre los gobernantes de la región, que se mantenían con el intercambio de mensajeros.

Los matrimonios diplomáticos confirmaban aún más las estrechas relaciones de los tratados y a menudo eran motivo de preocupación en las cartas que enviaban los Grandes Reyes. Buena parte de la correspondencia de Amarna entre Babilonia y Egipto trataba de este asunto. Los reyes de Egipto tenían mucho interés en traer mujeres extranjeras a su palacio y demandaban mujeres de sangre real. Tenían, sin embargo, una regla, que ninguna princesa egipcia podía casarse con un extranjero, lo que producía

considerable frustración entre los demás reyes. Estos, a pesar de todo, a menudo enviaban a sus hijas a Egipto, puesto que el precio de la novia incluía el muy deseado oro del que Egipto tenía el monopolio. Los reyes no egipcios usaban a las princesas de manera extensiva para fortalecer las alianzas políticas. Los reyes de Hatti, por ejemplo, a menudo daban a sus hijas en matrimonio a los vasallos tras la firma de un tratado.

Estos matrimonios podían afectar seriamente las historias internas de los estados. El rey babilonio Burnaburiash II (reinó entre 1359 y 1333) se había casado con Muballitat-sherua, hija del asirio Asur-uballit I (reinó entre 1353 y 1318). Cuando su hijo y sucesor Kara-hardash fue asesinado en una sublevación babilonia, Asur-uballit intervino militarmente, depuso al rey rebelde y lo sustituyó por Kurigalzu II. El rocambolesco episodio de la recientemente viuda reina de Egipto muestra una insatisfacción similar con la idea de que reinase la descendencia de un rey extranjero. Toda nuestra información proviene de fuentes hititas y la identidad de la reina egipcia en cuestión es objeto de debate. Lo más probable es que fuera la joven viuda del rey Tutankhamon, que pidió al rey hitita Suppiluliuma que le diera a uno de sus hijos como esposo. Tras verificar la petición, que fue recibida con gran escepticismo, Suppiluliuma envió a su hijo Zannanza de Hatti a Egipto, pero fue asesinado durante el viaje. Una alianza con Hatti claramente no interesaba a ciertas facciones de la corte egipcia, que luego consiguieron colocar en el trono a uno de sus integrantes. Lo peculiar de este episodio en las relaciones hitito-egipcias no puede ser subestimado. Primero, los egipcios siempre estaban dispuestos a casarse con princesas extranjeras, pero nunca permitían a una de sus mujeres reales casarse con un extranjero. Segundo, en este caso era el varón quien viajaba a una corte extranjera y no al revés, como era habitual. Se trata de una completa inversión de género: un gobernante hombre invitaba a un príncipe varón a convertirse en su cónyuge en su palacio, en lugar de la petición habitual de que una princesa extranjera fuese la esposa del rey egipcio.

Naturalmente, estos matrimonios reforzaban la idea de que los gobernantes del Próximo Oriente pertenecían en su totalidad a la misma comunidad. Este concepto era crucial para la manera en que percibían sus interacciones, pero todas sabían que en realidad era una pura ficción, puesto

que las circunstancias eran muy diferentes de las de una aldea. Por ejemplo, cuando Kadashman-Enlil de Babilonia escribió a Amenhotep III de Egipto para invitarlo a la inauguración de su nuevo palacio como si fuera un vecino de al lado, este último no podía asistir. ¡El trayecto habría requerido un viaje de varios meses en ambos sentidos! Pero la invitación tenía que ofrecerse igual que se invitaría a un vecino en la aldea. Las distancias entre las cortes eran muy grandes y a menudo llevaban a cuestiones sobre el destino de mensajeros y princesas. Cuando el rey de Babilonia protestó a Egipto porque no sabía si su hermana seguía viva, el egipcio le indicó que no debería quejarse. Nunca había llegado a Egipto un mensajero babilonio cualificado para determinar cuál de sus consortes era la princesa babilonia: «Los hombres que me has enviado no son nadie... No ha habido nadie entre ellos que la conozca, que fuera íntimo de tu padre y que pudiera identificarla»². Así, la idea de que todos vivían en una aldea era una ficción deliberada.

El tema de discusión más frecuente en las cartas entre iguales era el intercambio de regalos, otra forma de mantener la cohesión entre estos estados. Las transacciones tenían una función dual. Por un lado, permitían a los gobernantes obtener bienes suntuarios que no podían obtener localmente; por otro, reforzaban un sistema de respeto mutuo, prestigio y hermandad. Las dos funciones no pueden separarse. Los intercambios operaban según un sistema de reglas no escritas. Dominaba la idea de reciprocidad: el regalo de alguien debía ser pagado con otro de prácticamente el mismo valor, aunque la reciprocidad no tenía que ser inmediata. En ciertas ocasiones, como en la llegada al trono de un nuevo rey, se esperaban regalos. Hattusili III de Hatti, por ejemplo, se quejaba al rey de Asiria:

Quando obtuve la soberanía, no me enviaste un mensajero. Es costumbre que cuando los reyes asumen la soberanía, los reyes, sus iguales en rango, les envíen los regalos de bienvenida apropiados, ropas adecuadas para la realeza y buen óleo para su unción. Pero tú hoy no lo hiciste³.

También se enviaban regalos a menudo al firmar tratados o cuando se celebraba una victoria militar. Estos intercambios ligaban a los gobernantes en un sistema común.

Por otro lado, el sistema promovía una circulación de bienes preciosos y muy deseados por toda la región. De una manera no comercial, las cortes podían obtener productos que no tenían en casa. El oro era de especial interés para todos como lujo escaso y exótico. Solo el rey de Egipto podían enviarlo, puesto que solo él tenía minas de oro en su territorio. Los otros enviaban a Egipto caballos, cobre, bienes de artesanía y similares, entendiendo que recibirían oro a cambio. Entre otros gobernantes tenían lugar intercambios similares. Por ejemplo, Alashiya tenía grandes cantidades de cobre y Babilonia era fuente de lapislázuli, que llegaba desde Afganistán. Los regalos incluían a menudo objetos manufacturados, tejidos nobles o aceites refinados. Todos mantenían la ficción de que se trataba de regalos, aunque sabían que la intención era acceder a bienes escasos. Así, aparecen ciertas prácticas aparentemente irracionales: el rey de Alashiya, por ejemplo, envió una pequeña cantidad de marfil junto con un gran cargamento de cobre a Egipto, tierra donde el marfil era abundante. Lo hizo para indicar claramente a su colega que esperaba recibir marfil a cambio. En general, los gobernantes no tenían reparos en discutir la calidad y cantidad de estos regalos. Lo mencionaban con franqueza en las Cartas de Amarna y las quejas por la cicatería del rey egipcio eran habituales. Por ejemplo, el rey de Babilonia escribió: «Me has enviado como mi regalo de bienvenida, lo único en seis años, treinta libras de oro que parecían plata»⁴, mientras que el gobernante de Mitanni lloriqueaba: «En el país de mi hermano el oro es tan abundante como el polvo»⁵. No solo eran los reyes los implicados en este sistema de intercambio de bienes preciosos, sino que también sus esposas tenían contactos similares con mujeres del mismo estatus en otras cortes.

El intercambio de regalos reales se concentraba en los objetos de lujo para una élite diminuta. Era una pequeña parte de una red de comercio extensa que permitía la difusión de materias primas y bienes manufacturados por todo el Próximo Oriente. Esta actividad no está bien documentada en los registros textuales, pero los hallazgos arqueológicos dan testimonio de su extensión y cómo ligaba regiones distantes. Por ejemplo, se hallaron sellos cilíndricos tallados en Babilonia en la ciudad griega peninsular de Tebas. El comercio marítimo en el Mediterráneo

oriental era intenso e integraba las islas y regiones costeras en un sistema coherente. Los barcos viajaban en sentido antihorario, siguiendo la costa todo lo posible. Los mercaderes recogían nuevos cargamentos en cada puerto a cambio de parte del *stock* a bordo. Los barcos iban cargados con una mezcla de bienes y productos de toda la región. Esto se ve más claramente en los restos de un naufragio hallados junto a la costa meridional de Anatolia en Uluburun y datables a finales del siglo XIV (figura 7.1). Su carga principal eran diez toneladas de cobre chipriota y una tonelada de estaño de origen desconocido, ambos fundidos en lingotes fácilmente transportables. Las cantidades halladas reflejan la proporción de diez a uno adecuada para la aleación del bronce. Estos metales fueron recogidos muy probablemente en Chipre, Anatolia meridional y el oeste de Siria, y estaban destinados a los distintos puertos a lo largo de la ruta marítima. Allí los mercaderes adquirirían bienes locales: el barco contenía troncos de ébano, que los egipcios debían de haber obtenido en el África tropical, y troncos de cedro del Líbano. También venían de Egipto los colmillos de marfil y los dientes de hipopótamo, mientras los caparzones de múrex, valorados como tinte, podrían haber sido obtenidos en distintos puntos del norte de África y en la costa siria y libanesa. Además de estas materias primas, el barco contenía bienes manufacturados, como joyería cananea, cerámica chipriota, cuentas de oro, fayenza, ágata, vidrio y demás, todos de fuentes distintas. Había incluso un tesoro de joyero a bordo con limaduras de oro, plata y electro, un escarabeo con el nombre de la reina egipcia Nefertiti, y sellos cilíndricos de Babilonia, Asiria y Siria. La mezcla de bienes era tan heterogénea que es imposible identificar el origen del barco. Su cargamento era ciertamente internacional.

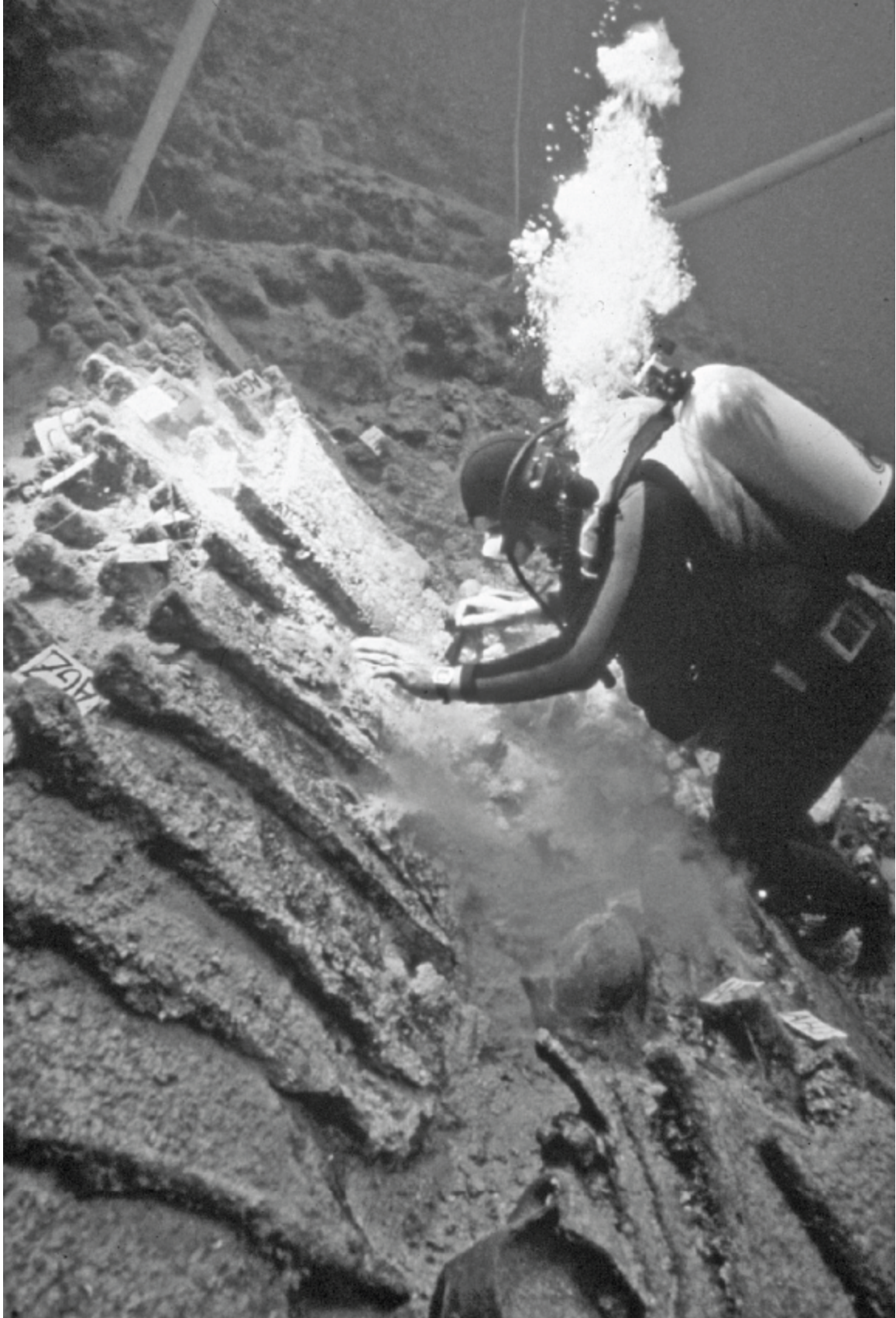


Figura 7.1. Excavación de lingotes de cobre del pecio de Uluburun. Cuando el barco de Uluburun se hundió al sur de la costa de Anatolia, estaba cargado con 10 toneladas de lingotes de cobre bien ordenados en filas para evitar que se deslizaran por las inclemencias del tiempo. Fueron hallados todavía en su orden original durante la excavación y la llamada forma de pellejo de buey hacía más fácil trasportarlos al hombro. Eran parte de una carga muy variada con origen en todas las regiones del Mediterráneo oriental. Puesto que Chipre era la principal fuente de cobre de la zona, es probable que el barco lo obtuviera allí poco antes de hundirse.

Créditos: © Institute of Nautical Archaeology.

El comercio también incluía bienes que no han sobrevivido en el registro arqueológico. El vino y el aceite del Egeo y Siria se exportaban a Egipto, como podemos determinar por los recipientes en que se transportaban. Las drogas, los perfumes y el incienso se transportaban largas distancias, a menudo en recipientes y jarras de formas distintivas que identificaban sus contenidos. El sistema marítimo estaba además conectado a las rutas terrestres y fluviales. Aún más, los marineros del mundo micénico probablemente llegaron más al oeste, hasta España, para obtener bienes como plata y estaño. El ciclo marítimo del Mediterráneo oriental debe verse como el nexo en una red que se extendía hasta muy lejos de sus costas.

Ciertos lugares actuaban como núcleos del sistema. Ugarit es un ejemplo destacado, una ciudad en la costa siria con su propia dinastía, pero vasallo primero de Egipto y luego de Hatti. Se ubicaba en la encrucijada de rutas desde Mesopotamia, Anatolia central y Egipto y tenía un buen puerto. El comercio en Ugarit se llevaba a cabo muy probablemente por emprendedores privados, tanto de la misma ciudad como de otros estados. Residían allí mercaderes de Chipre, Egipto, Anatolia y el norte de Siria y en sus casas se han hallado textos en una multitud de lenguas (ugarítico, babilonio, hitita, hurrita, cipro-minoico). Documentan contactos con otros puertos sirios, con Chipre y Creta, así como con ciudades del interior, como Karkemish y Emar. Su registro arqueológico también contenía muchos bienes extranjeros. La ciudad no solo actuaba como punto de tránsito, también era un centro de manufactura. Se halló un taller de producción de bronce en su barrio portuario y Ugarit era el origen de tejidos de púrpura afamados por toda la región. Los estados intentaban regular el comercio hasta cierto punto y usarlo en sus rivalidades. Por ejemplo, en su tratado

con Shaushgamuwa del estado sirio septentrional de Amurru, Tudhaliya IV de Hatti (reinó entre 1237 y 1209) afirmaba: «Tu mercader no irá a Asiria y no dejarás a su mercader entrar en tu tierra. No pasará por tu tierra. Pero si viene a tu tierra, aprésalo y envíaselo a Mi Majestad»⁶. Parece poco probable, de todos modos, que los embargos comerciales fueran típicos de este período, puesto que todos los estados de la región dependían de este intercambio para acceder a los bienes extranjeros que las élites deseaban.

Comercio y diplomacia estaban por tanto intrínsecamente conectados en esta era: el intercambio de bienes y materiales muy apreciados cimentaba las relaciones entre los reyes de los grandes estados. Esto se representaba como intercambio de regalos entre amigos, pero también era el único modo que tenían las cortes de obtener objetos prestigiosos de los que carecían en casa. El intercambio real de regalos era solo una parte de un sistema mucho más amplio de interacciones comerciales entre las diferentes regiones. Los mercaderes viajaban por tierra y mar para hacer circular bienes de todas las partes de este mundo, cruzando fronteras políticas. Mientras que este intercambio seguía siendo patrimonio de las élites de estas sociedades, la presencia de bienes extranjeros por todas partes generaba el conocimiento de que existían otros pueblos y culturas.

7.3. COMPETENCIA REGIONAL: LA GUERRA

Los grandes estados de la región no solo comerciaban e intercambiaban mensajeros; al mismo tiempo, se hallaban en un estado de rivalidad constante y buscaban extender su influencia territorial a costa de la de sus vecinos. La retórica oficial tanto de egipcios como hititas en las inscripciones reales y los anales se concentraba en gran medida en la guerra y las carreras de muchos reyes pueden esbozarse como una lista de campañas militares. En otros lugares, el foco en la guerra se desarrolló más tarde: en Asiria la práctica de detallar campañas militares no empezó hasta 1300 más o menos, mientras que en Babilonia nunca reemplazó al interés por las actividades de edificación. Sin embargo, otras fuentes indican que allí también hubo conflictos militares. Las guerras se luchaban de dos maneras: o yendo a por los vasallos del contrario o mediante confrontación

directa. La primera opción fue la preferida durante muchos años en la zona de Siria-Palestina. Primero, Egipto y Mitanni compitieron por la región; después de 1340, fueron Egipto y Hatti. Aunque los faraones egipcios sostenían haber realizado campañas por todo lo largo y ancho de Levante, incluso hasta el Éufrates, en la mayoría de los casos se limitaban a enfrentarse a los ejércitos de pequeños estados. Así es cómo, en torno a 1400, fueron capaces de extender su control hasta un punto tan septentrional como la ciudad de Ugarit, cuyo rey se convirtió en vasallo egipcio. Las Cartas de Amarna muestran que los hititas intentaron atraer a algunos de estos vasallos a su bando. Los gobernantes sirios se quejaban incesantemente a los faraones de que sus reyes vecinos actuaban como agentes de los hititas y los conminaban a volverse contra su señor egipcio. Aunque mucho de esto puede haber sido una excusa relacionada con el impago de impuestos, la expansión gradual de la esfera de influencia hitita no puede ser negada. En torno a 1300 los hititas habían extendido su sistema de estados vasallos hacia el sur hasta Qadesh, haciendo que ciudades como Ugarit dependieran plenamente de ellos.

En otras regiones del Próximo Oriente, la falta de zonas-colchón de gran tamaño entre los grandes estados llevó a conflictos más directos. Asiria y Babilonia tuvieron varias guerras fronterizas, pero no hubo intentos de anexionar o aniquilar al contrario. El único gran estado que perdió su independencia en este período fue Mitanni. Dominante en origen en la Siria septentrional, vio su extensión y poder muy reducidos por los hititas durante el reinado de Suppiluliuma I (reinó 1344-1322), que convirtió a su rey en vasallo, pero permitió que el estado sobreviviera.

A principios del siglo XIII, hititas y egipcios rompieron sus reglas de competición delegada en vicarios cuando sus ejércitos se enfrentaron directamente, fundamentalmente en la famosa batalla de Qadesh en 1274. Los egipcios presentaron esta batalla como una confrontación de importancia entre dos enormes ejércitos. Ramsés II sostenía que Muwatalli había puesto en el campo unos 47 500 hombres en su contra (probablemente una exageración) y que ambos reyes lideraron sus tropas personalmente. La guerra directa era resultado del éxito en la invasión de Hatti de territorio controlado por los egipcios, a la que solo el ejército real

podía hacer frente. Egipto fue derrotado en la confrontación y consecuentemente Ramsés II se vio limitado al control de la zona sur de Palestina, donde fortificó una frontera firme. Parece entonces que la guerra, sostenida aunque de baja intensidad, no buscaba destruir el sistema que caracterizaba la región, sino reajustar las relaciones de poder entre los distintos estados, que seguían tolerando y respetando la existencia de los otros. No fue hasta finales de este período, en las últimas décadas del siglo XIII, cuando este sistema comenzó a derrumbarse y las reglas de competición, junto con los objetivos de la guerra, cambiaron. Analizaremos esto en un capítulo posterior.



Figura 7.2. Representación de un carro, Tebas, Egipto. Trascurridos pocos siglos del segundo milenio, todos los ejércitos tenían un destacamento de carros, que constituía una de las fuerzas de combate más importantes. Esta escena muestra un detalle de la batalla de Qadesh entre hititas y egipcios. Varios carros se dirigen al campo de batalla. Dos caballos tiran de cada uno de ellos y hay tres hombres en cada carro, un auriga, un portador de escudo y un guerrero. Ramesseum, Tebas, Egipto.

Créditos: akg images/Album/Prisma.

Los «pequeños reyes» del área de Siria y Palestina se implicaban en la guerra tan activamente como sus superiores. Al principio se resistían a los saqueos y a la anexión de sus vecinos poderosos, pero, una vez derrotados, luchaban entre sí en disputas locales cuando la atención de las potencias soberanas estaba en otra parte, como muestran las Cartas de Amarna. Las escaramuzas constantes forzaban a todos los estados a dedicar recursos sustanciales a lo militar y el ejército así asumió un papel protagonista en estas sociedades.

La tecnología militar había cambiado radicalmente desde comienzos del segundo milenio. Todos los ejércitos tenían ahora carros tirados por caballos que permitían a los guerreros avanzar rápidamente contra el enemigo y disparar flechas (figura 7.2). El equipo era costoso, pero de una efectividad tan clara que todos lo adoptaban. Aurigas y guerreros tenían que ser entrenados y adquirían un estatus especial. Se convertían en las élites militares y en la sociedad de Mitanni, por ejemplo, funcionaban como una aristocracia. En todos los estados los hombres que habían seguido una carrera militar alcanzaban prominencia política. Aunque no podemos decir que en fases anteriores y posteriores la historia de la región fuera más pacífica, la segunda mitad del segundo milenio destaca por las grandes distancias geográficas cubiertas por los ejércitos de manera regular y porque no hubo una sola potencia que dominase al resto. El militarismo estaba a la orden del día.

7.4. IDEOLOGÍAS Y ORGANIZACIONES SOCIALES COMPARTIDAS

Los gobernantes de los estados del Próximo Oriente eran muy conscientes de que todos ellos eran parte de un sistema común que englobaba toda la región. Esto queda claro en la manera en que interactuaban entre sí en términos diplomáticos y militares. También compartían una ideología sobre las estructuras sociales dentro de sus estados y sobre el rol de la mayor parte de la población que vivía en ellos. Mientras que la organización política de los estados variaba, una discrepancia enorme en el acceso a la riqueza y el poder entre las élites numéricamente reducidas y la masa de la población los caracterizaba a todos. Emergió una clase de élite internacional, cuyos participantes tenían más en común con sus colegas de

otros estados que con las clases bajas del propio. Las élites protagonizaron una acumulación y exhibición de riqueza sin precedentes y al mismo tiempo se distanciaron del resto de la población viviendo en ciudades o barrios separados. En toda la región, este fue un período de gran actividad de construcción y de producción artística, una era que produjo algunos de los monumentos más impresionantes de la historia antigua. Egipto presenta tal vez el ejemplo más revelador de esto. Con la excepción de las grandes pirámides, prácticamente todas las tumbas y templos más famosos de Egipto datan de esta época. Sus tumbas reales se llenaron de enormes tesoros: el ajuar funerario de la tumba de Tutankhamon, era, al fin y al cabo, el de un rey menor. En otras zonas de la región podía decirse lo mismo, incluso en los pequeños reinos de Siria-Palestina. Las recientes excavaciones en Qatna, en la Siria central, por ejemplo, han descubierto un mausoleo bajo el palacio. Una rampa conducía a un conjunto de cámaras a doce metros bajo tierra que contenían los huesos de al menos entre diecinueve y veintitrés hombres y mujeres. Habían recibido grandes cantidades de artículos de lujo de oro, marfil, piedras semipreciosas y otros materiales, así como recipientes con comida y bebida que muestran que existía un culto funerario (figura 7.3). También los restos de la Grecia micénica incluyen varias fortalezas monumentales y enterramientos lujosos.

Una característica común en toda la región es que los edificios públicos, incluidos palacios y templos, se situaban a menudo en zonas claramente delineadas y protegidas dentro de las ciudades, y a veces incluso había ciudades enteras que servían como residencias reales. Hattusa se asentaba en lo alto de una peña bien defendida y su palacio en una ciudadela elevada en su interior (figura 7.4). Los palacios de los reyes micénicos, como los de Micenas y Tirinto, se alzaban en lo alto de colinas, reforzadas por murallas ciclópeas. La zona del palacio de Qatna se alzaba sobre la ciudad baja en un risco natural cuyas paredes se habían cortado artificialmente para formar bloques verticales. En Asur la ciudad interior amurallada, donde se localizaban todos los templos y palacios, estaba claramente diferenciada del área residencial. El deseo de las élites gobernantes de separarse del resto de la población se llevó hasta su conclusión lógica con la construcción de nuevas capitales. Vemos la construcción de ciudades enteras de nueva

planta en prácticamente todos los estados de esta época: Al-Untash-Napirisha en Elam, Dur-Kurigalzu en Babilonia, Kar-Tukulti-Ninurta en Asiria, Akhetaton y Per-Ramesse en Egipto. Los mismos nombres de estas ciudades muestran cómo estaban conectadas con la persona: con la excepción de Akhetaton, todas incorporan el nombre de un gobernante específico. El nombre de Akhetaton se refiere al dios Atón, la divinidad personal del rey. No eran estas ciudades para el pueblo, sino residencias para los reyes y la corte. La capacidad de construirlas, todas ellas de un tamaño gigantesco, da testimonio de la riqueza de recursos con que contaban los reyes. Psicológicamente, indica un deseo de distanciar a las élites gobernantes del pueblo. Estas ciudades también reflejan los conflictos de poder que habría dentro de y entre las élites. Es probable que en estos lugares se creasen nuevas burocracias, que emplearían a hombres que dependían totalmente del rey y no de sus lazos familiares para conservar su estatus social: Akhetaton fue abandonada tras la muerte de su fundador, mientras que Al-Untash-Napirisha y Kar-Tukulti-Ninurta perdieron su primacía al morir sus fundadores, pero persistieron siglos.



Figura 7.4. Puerta de la ciudad de Hattusa. Una de las entradas a la Ciudad Alta de Hattusa era la llamada puerta de los leones, nombrada por los animales protectores tallados en los enormes bloques monolíticos de piedra que flanquean el pasadizo. En origen había a sus lados dos torres rectangulares y pesadas puertas de madera controlaban el acceso a la ciudad.
Créditos: The Art Archive/Collection Dagli Orti.

Estas ciudades, palacios y templos estaban siempre profusamente decorados. La necesidad de mostrar visiblemente indujo las peticiones de oro tan frecuentes en las Cartas de Amarna. Los gobernantes pueden haber intentado superarse el uno al otro, pretendiendo impresionar a los emisarios y visitantes de otros países. En varias de las artes de la época se desarrolló entonces lo que a veces se ha llamado «estilo internacional». La alta cultura de los diferentes estados era un híbrido de tradiciones locales mezcladas con influencias extranjeras. Quizás las élites persiguieran un modo de vida a la moda que pudiesen compartir entre sí y que las distinguiera más de su

propia población que de sus equivalentes en otros lugares. Estos préstamos culturales ciertamente no se limitaban a materiales que podemos reconocer hoy en el registro arqueológico, sino que tienen que haber incluido materiales más efímeros, como ropas, comida, perfumes, drogas y similares. ¿Pudieron incluir la lengua? Igual que las élites europeas del siglo XVIII e.c. conversaban en francés, las élites del Próximo Oriente del siglo XIV pudieron presumir de su conocimiento del babilonio, no por interés en la erudición, sino para demostrar su identidad social. Bien sabemos que los escribas asociados a los palacios utilizaban esa lengua para la correspondencia internacional con distintos niveles de competencia, pero podemos estar apreciando sus habilidades desde una óptica demasiado utilitaria. Entre las tablillas de las excavaciones de Hattusa, Emar, Ugarit y Akhetaton aparecieron varios ejemplos de literatura babilonia. Un fragmento de la *Epopeya de Gilgamesh* fue hallado en Megiddo, Palestina, y parece seguro que los numerosos palacios de la región aportarán evidencia adicional de que la lengua acadia no se usaba solo para propósitos puramente prácticos. No podemos determinar quién disfrutaba de la lectura o la audición de estos textos; su presencia sugiere, en cualquier caso, que alguna clase en estas sociedades encontró útil usar una lengua extranjera y su literatura ([documento 7.2](#)).

La documentación textual muestra la existencia de una jerarquía social estricta, una que implicaba dos sectores sociales: los dependientes del palacio y la población libre en comunidades rurales. No podemos hablar, pues, de una sola jerarquía basada exclusivamente en la riqueza o el acceso a los medios de producción. Los dependientes del palacio no eran «libres», no eran dueños de su propia tierra, pero si tomamos la riqueza como indicador del estatus social, a menudo estaban en una posición mucho mejor que las personas libres. Es en el sector del palacio donde vemos el mayor nivel de estratificación social. En la parte más baja de la jerarquía había siervos que trabajaban las fincas agrícolas. Como el estatus dependía de los servicios que uno aportaba al palacio, las habilidades más especializadas otorgaban un estatus superior. Así, los artesanos especialistas, los escribas, el personal del culto y los administradores tenían su propia posición particular.

Documento 7.2. LA LITERATURA BABILONIA A LO LARGO Y ANCHO DEL PRÓXIMO ORIENTE

Las élites del Próximo Oriente en los siglos posteriores del segundo milenio compartían una tradición literaria inspirada fundamentalmente en Babilonia. Por todos los palacios de la época se guardaban tabillas cuneiformes con composiciones en lengua babilonia. Sin embargo, el contenido se adaptaba a veces a los gustos locales. El siguiente ejemplo deriva de una colección de consejos dados por un hombre de nombre babilonio, Shupe-Ameli, a su hijo. La composición se ha hallado en distintas versiones en Emar y Ugarit en Siria y en Hattusa, la capital hitita, donde se le añadió una traducción parcial al hitita. No se conoce una versión de este texto de la Babilonia propiamente dicha, pero encaja plenamente en la tradición cultural de la región, donde este género literario se originó en el tercer milenio.

No abras el corazón a una mujer que te importe,
séllalo incluso si lucha o ataca,
mantén tu regalo en habitación blindada,
que tu esposa no sepa lo que hay en tu bolsa.
Los que antes que nosotros vinieron esto establecieron,
nuestros padres solo compartieron ingresos con los dioses.
Clavaron una estaca, pusieron una anilla y pegaron arcilla

(es decir, sellaron una puerta).

Guarda tu sello en un anillo.
Rodea el anillo, guarda tu casa.
Que tu sello sea el único acceso a tus bienes.
Todo lo que veas, déjalo.
Solo cuando lo necesites, gástalo.

Traducción según Foster, 2005: 418.

Durante largo tiempo las élites militares ocuparon el nivel más alto en esta jerarquía: los aurigas especializados de estas sociedades eran muy apreciados y recompensados por sus servicios. En la región de Siria-Palestina eran designados con el término *mariyannu*, que se convirtió en término genérico para el estatus de élite social. Las recompensas otorgadas a los dependientes del palacio se entregaban en varias formas: raciones para los niveles más bajos, pagos y usufructo de campos para los más altos. A cambio se esperaba un servicio; el uso de campos se concedía a individuos, no a familias. A medida que avanzó el período, las élites militares intentaron hacer las tenencias hereditarias y pagaban por ellas con plata en lugar de con servicios.

Los hombres libres, de todos modos, no estaban totalmente fuera del control gubernamental: también estaban obligados a pagar impuestos o a integrarse en levadas de trabajo cuando se solicitaba. Pero eran propietarios de sus campos, a menudo comunitariamente más que como individuos y de ellos se ganaban la vida pobremente. El palacio les daba cierto apoyo: en las sociedades de agricultura por irrigación de Mesopotamia y Egipto mantenían el sistema de canales, mientras en otros lugares se encargaban de otras infraestructuras. La extensión de los grupos libres de las distintas sociedades es difícil de determinar y variaba de estado a estado. En términos de estratificación social, sus miembros, junto con los siervos agricultores del palacio, estaban en el nivel más bajo. Buena parte de su labor y de las cosechas que producían eran usurpadas por los de arriba, puesto que en alguna parte se había de crear la riqueza de las élites. Hasta cierto punto, la riqueza provenía de conquistas extranjeras —en el caso de Egipto, especialmente de Nubia y sus minas de oro—, pero la gran mayoría de productores de cada estado debió soportar un pesado gravamen. Los gobernantes ya no se veían obligados a restaurar los equilibrios sociales de manera generalizada, como habían hecho en la primera mitad del milenio, y el nivel de servidumbre por deudas aumentó sustancialmente. A individuos y familias este sistema les daba poco respiro, y por lo tanto muchos huían de sus comunidades y buscaban refugio fuera del alcance de los estados. Se unían a grupos en regiones inaccesibles, como las montañas o los desiertos, y cruzaban fronteras políticas para escapar de sus antiguos amos. Este desarrollo explica por qué la devolución de los refugiados era tan importante en los tratados internacionales del período, puesto que los estados no se podían permitir la pérdida de mano de obra. Al final, la erosión social puede haber sido una de las causas principales del colapso de todo el sistema, como veremos en un capítulo posterior.

Debate 7.1. LA SINCRONIZACIÓN DE LA HISTORIA EN
EL BRONCE ÚLTIMO EN EL MEDITERRÁNEO
ORIENTAL

Si establecer la cronología de una sola región ya resulta complejo ([debate 1.1](#)), integrar los datos de todas las culturas del Mediterráneo oriental en la segunda mitad del segundo milenio en un sistema coherente supone un problema incluso mayor. Es algo necesario, sin embargo, puesto que las relaciones internacionales son el rasgo distintivo del período y solo pueden entenderse adecuadamente si sabemos qué sucedió simultáneamente en las historias de los distintos participantes. Si la cronología absoluta de todas las culturas fuese segura, todos los problemas quedarían resueltos, pero la situación es la contraria: la información de distintas fuentes y culturas da soluciones que parecen incompatibles. Numerosos proyectos de investigación y congresos se han dedicado a las cuestiones relacionadas con esto (*e.g.*, Bietal, 2000-2007) y las opiniones continúan estando muy divididas. Las discusiones pueden ser muy técnicas y a menudo emplean terminología opaca (*e.g.*, cronología baja, cronología baja modificada) y a menudo dejan perplejos a quienes no son expertos.

La evidencia de las fuentes textuales deriva casi exclusivamente de Asiria, Babilonia y Egipto, donde las antiguas listas reales aportan secuencias que pueden relacionarse con fechas más seguras del primer milenio. No existe información semejante en estados como Hatti o Mitanni, que no sobrevivieron después de 1200. Afortunadamente podemos establecer sincronías entre varias historias a partir de la correspondencia diplomática y de los tratados. Sabemos, por ejemplo, que los reinados de Burnaburiash II de Babilonia y Akhenaton de Egipto se solaparon porque se escribieron cartas conservadas en Armana. Sabemos que Ramsés II luchó con Muwatalli II de Hatti en la batalla de Qadesh y que cerró un tratado de paz con el segundo sucesor de este último, Hattusili III, quince años después. Existen sincronías similares. Los expertos que se centran en la evidencia textual suelen apoyar una cronología baja (ver Kitchen, 2007, para un estudio).

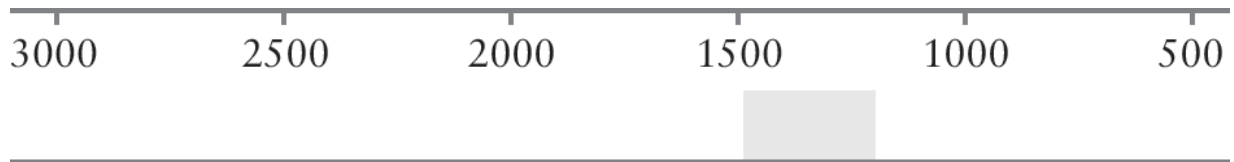
Los científicos tienen mucho que aportar al debate y pueden basarse en datos que parecen más firmes, como el radiocarbono (^{14}C), la dendrocronología (datación de la madera por los anillos de los troncos) y los núcleos de hielo de Islandia. Un suceso natural impactante tuvo lugar en el Egeo en el segundo milenio: la erupción de la isla volcánica de Thera (hoy Santorini), que causó un tsunami que destruyó enclaves costeros y lanzó a la atmósfera enormes cantidades de ceniza que dejaron rastro en los núcleos de hielo de Islandia. El evento debería ser datable en términos absolutos y ofrecer a los arqueólogos un punto firme al que anclar sus secuencias cerámicas, que son especialmente elaboradas en el mundo egeo. Los hallazgos de Thera muestran que la erupción tuvo lugar durante el período arqueológico llamado Minoico Último IA y como los egeos exportaban muchos recipientes al Levante y a Egipto, también debería suministrar información de otras culturas. Existen muchas complicaciones (ver Wiener, 2007, para un estudio) pero esta evidencia apoya una cronología alta, puesto que la erupción parece haber tenido lugar a finales del siglo XVII, cien años antes de lo que permite la cronología baja indicada por la evidencia textual (Manning, 1999; Manning *et al.*, 2006).

El debate parece hallarse en un *impasse* (Wiener, 2003). Cuando alguien sugiere un cambio en una de las piezas del rompecabezas, tiene efectos en toda la estructura, que puede requerir distintas reconstrucciones históricas. Por ejemplo, si aceptamos la cronología ultrabaja de Mesopotamia que sitúa la caída de Babilonia en 1499 (Gasche *et al.*, 1998), el saqueo hitita que la causó, así como el saqueo de Alepo tienen que haber tenido lugar al mismo tiempo que las acciones militares egipcias en el norte de Siria. ¿Cómo encaja el auge del estado de Mitanni en este escenario? En el otro extremo, si la erupción de Thera tuvo lugar a principios del Reino Nuevo egipcio y así tenemos que mover la fecha del inicio de esa

era hasta 1650 (Bietak, 2003), ¿cómo podemos explicar las sincronías más tardías con Babilonia y Asiria?

1. Traducción siguiendo a Moran, 1992: n.º 9.
2. Moran, 1992: n.º 1.
3. Beckam, 1999: 149.
4. Moran, 1992: n.º 3.
5. *Ibid.*: n.º 19.
6. Beckam, 1999: 106.

LOS ESTADOS OCCIDENTALES A FINALES DEL SEGUNDO MILENIO



ca. 1500 Parrattarna de Mitanni reina en el norte de Siria y el norte de Mesopotamia

1344- Reinado de Suppiluliuma de Hatti

1322

ca. 1325 Aziru de Amurru cambia su lealtad a los hititas por Egipto

1267 Hattusili III usurpa el trono hitita

1259 Tratado de paz entre Hattusili III y Ramsés II de Egipto

Los estados que componían el sistema internacional del Próximo Oriente en el Bronce Final tuvieron todos ellos historias definidas, que podemos reconstruir en distintos grados de detalle a partir de sus propias fuentes. Un rasgo significativo de este período es que haya tantos lugares que nos aportan información histórica independiente al mismo tiempo, una situación sin precedentes en la historia del Próximo Oriente antiguo. Aunque las relaciones internacionales tuvieran un impacto crucial en lo que sucedía en todos los lugares, los factores internos continuaron dando forma a las historias locales; debemos recordar que cada estado se ubicaba en un marco ecológico distintivo y estaba compuesto por poblaciones distintas, que a menudo hablaban un gran número de lenguas y tenían preferencias

culturales y religiosas diversas. En los dos capítulos siguientes nos apartaremos del carácter internacional de la época para contemplar estas historias diferenciadas, aunque en todas ellas tengan parte un buen número de asuntos internacionales. Aquí nos concentraremos en los estados de la zona occidental del Próximo Oriente; en el siguiente nos dedicaremos a los estados orientales.

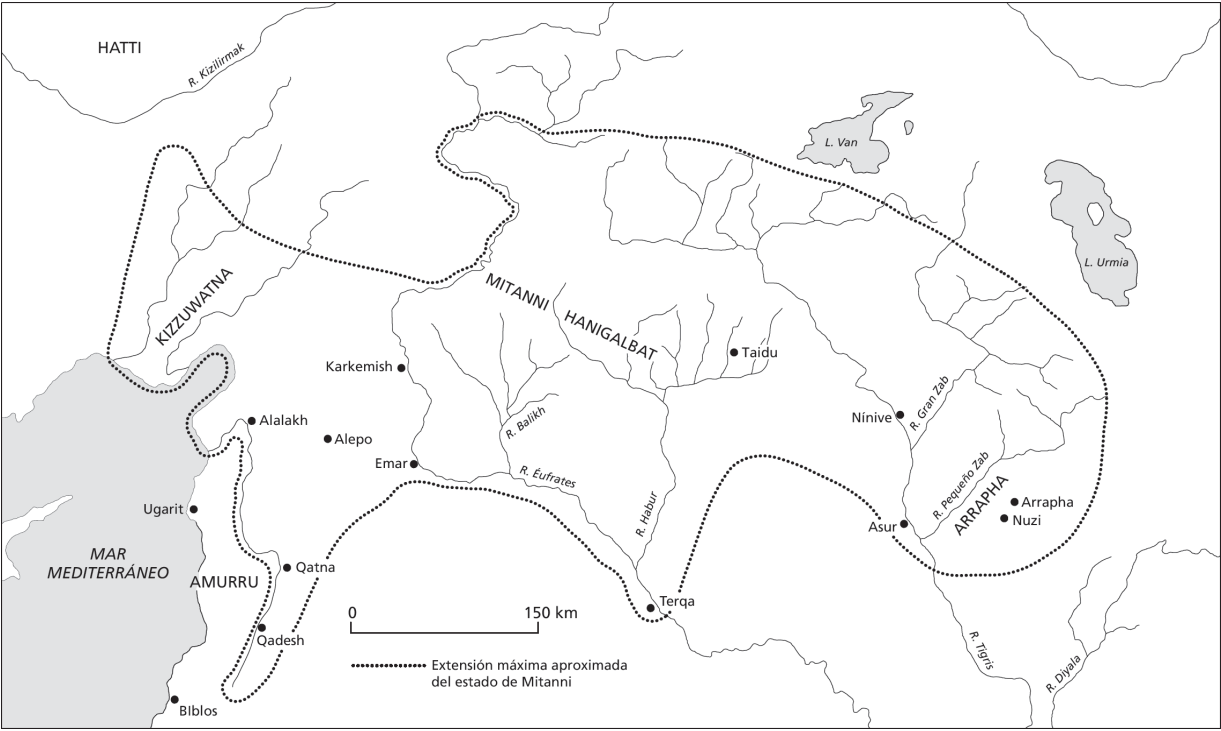
8.1. MITANNI

La historia política de Mitanni es mucho más difícil de escribir que la de sus grandes vecinos por la casi total ausencia de textos oficiales del propio estado. Nuestra guía principal son las fuentes egipcias, hititas y asirias, que podemos complementar con textos fundamentalmente legales y administrativos de territorios vasallos. Se conocen muy pocos centros del núcleo del estado; incluyen un puñado de registros de transacciones legales con juramentos prestados ante el rey. Pero hasta ahora no se han hallado archivos reales. El estado era conocido por distintos apelativos: el término nativo era ‘Maitanni’, luego ‘Mitanni’, nombre que también aparece en textos de ciudades palestinas y entre los hititas. A la vez, se usaba ‘Hanigalbat’ en escritos de Mitanni y en textos de Asiria, Babilonia y Hatti. Los hititas también se referían al estado como «tierra de los hurritas», mientras los egipcios usaban también ‘Nahrina’. Esta variación en la terminología parece depender de que uno se refiriese al estado como una entidad política (Mitanni, Hanigalbat), como etnicidad percibida de sus habitantes (hurritas) o por su localización en el río Éufrates (Naharina).

El centro del estado de Mitanni era el área septentrional de Siria entre el Tigris y el Éufrates, unos cuatrocientos kilómetros de este a oeste. En su fase de apogeo incorporó territorios más allá de estas fronteras, al este del Tigris y en la costa meridional de Anatolia. Al sur, ejercía influencia por el valle del Éufrates Medio y quizá tuviera frontera directa con Babilonia. No podemos determinar a día de hoy su expansión hacia el norte. Su capital era Washukanni, una ciudad que no ha sido identificada arqueológicamente, pero que muy probablemente se ubicara en el norte de Siria cerca del nacimiento del río Habur. Una capital secundaria, llamada Taidu, se localizaba más al este, en el actual Tell al-Hamidiya.

Otra dificultad en el estudio de la historia de Mitanni es la incertidumbre cronológica. Las duraciones exactas de los reinados de todos sus gobernantes son desconocidas porque no se ha preservado lista real antigua alguna (para una lista de reyes, véase la Sección 10 de las Listas de Reyes al final de este libro). Tampoco podemos determinar cuándo aparece el estado por primera vez. Las referencias más antiguas se encuentran en los relatos de gobernantes egipcios de la Dinastía XVIII, pero sus campañas pueden asociarse a distintos reyes de Mitanni. Así, no hay un punto cronológico firme que ancle la historia de Mitanni a la egipcia. En particular, la historia más antigua de este estado es un misterio. Sabemos que el norte de Siria en el siglo XVIII estaba formado por pequeños reinos, mientras que en torno a 1500 había un gobernante de Mitanni con gran poder en toda la región. Cómo y exactamente cuándo se desarrolló su estado sigue siendo incierto, pero el vacío de poder resultante de la destrucción de Alepo por los hititas en torno al 1600 probablemente hiciera posible la creación de una nueva entidad. Está claro que ya en la primera mitad del siglo XV el rey de Mitanni Parrattarna tenía control como soberano sobre un área que incluía Kizzuwatna (Cilicia, en el suroeste de Anatolia) al oeste, Nuzi al otro lado del Tigris en el este y Terqa en el Éufrates al sur. Su estado era el más poderoso de Asia oriental y el único obstáculo a la expansión del Egipto de la Dinastía XVIII en esa zona. Estaba compuesto de varias áreas vasallas cuyos gobernantes debían obediencia al rey de Mitanni. Esto se ve claramente sobre todo en una inscripción autobiográfica tallada en una estatua hallada en Alalakh donde el rey local, Idrimi, narra cómo llegó al poder ([figura 8.1](#)). Por razones no especificadas, él y su hermano huyeron de su hogar en Alepo a la ciudad de Emar en el Éufrates. Poco satisfechos de permanecer allí como subordinados, Idrimi decidió dejar Emar y vagar por los campos de Canaán, donde se convirtió en un líder de los *habiru*, esto es, proscritos sociales ([debate 8.1](#)). Con el apoyo de esta fuerza, tomó la ciudad de Alalakh y sus alrededores. Luego contactó con el rey de Mitanni, Parrattarna, que ratificó el gobierno de Idrimi y lo convirtió en su vasallo. El texto muestra el reino de Mitanni en su apogeo, cuando podía determinar quién gobernaba en zonas alejadas de su núcleo central. También está claro, de todos modos,

que era Idrimi quien había tomado la iniciativa y que el rey de Mitanni se vio obligado a aceptarlo como vasallo.



Mapa 8.1. El estado de Mitanni. Según Volkert Haas, ed., *Hurriter und Hurritisch* (Universitätsverlag, Constanza, 1988), p. 295.



Figura 8.1. Estatua del rey Idrimi. Esta estatua de piedra fue excavada en Alalakh en 1939 y puede fecharse en el siglo XVI. La larga inscripción escrita en imperfecto babilonio cuneiforme que cubre

su mayor parte describe cómo el rey Idrimi llegó al poder en esa ciudad tras dejar Alepo y usar a fuerzas de *habiru* para hacerse con el control. British Museum, Londres, altura 104 cm.

Créditos: © The Trustees of the British Museum.

El dominio de Mitanni en el norte de Siria continuó hasta mediados del siglo XIV y los primeros reyes egipcios de la Dinastía XVIII que realizaban repetidas campañas en la región mencionan al estado como un competidor significativo. El conflicto entre los dos grandes estados no era directo; ambos intentaron convertir a los gobernantes locales de la zona costera de Siria en sus vasallos mediante amenazas de acciones militares. Pero, tras unas relaciones inicialmente hostiles, Amenhotep II de Egipto (reinó 1427-1400) comenzó a tratar a Saustatar, rey de Mitanni, como un aliado y poco después vemos como el poder de Mitanni se disipa en un período de tiempo relativamente corto. La historia de este declive es compleja, pero en esencia dos ramas de la familia real se disputaron el trono y renunciaron a su independencia al buscar apoyo exterior para sus respectivas reivindicaciones. Tushratta, que intercambiaba correspondencia conservada en el archivo de Amarna con el rey egipcio Amenhotep III (reinó entre 1390 y 1352), había sido puesto en el trono por el asesino, de quien no se da el nombre, de su hermano mayor. Al principio, Amenhotep no se tomó bien esta situación y solo reestableció las relaciones diplomáticas y pidió a la hija de Tushratta en matrimonio después de que este ejecutase al asesino de su hermano. Pero durante el reinado de Tushratta otro hermano, Artatama, estableció un reino rival con un apoyo inicial de los hititas. Un tratado hitita posterior describe la existencia de dos reinos: uno de Mitanni bajo Tushratta y otro de los hurritas bajo Artatama. El hijo de Artatama, Shuttarna III, pudo haber asesinado a Tushratta y cambió su lealtad a Hatti por el naciente estado asirio al este. Esto despertó la ira del rey hitita Suppiluliuma I, que durante muchos años había saqueado la tierra de Mitanni y arrebatado la mayor parte de sus aliados del oeste de Siria. Entonces tomó partido por un hijo de Tushratta, Kili-Teshub, que había solicitado su ayuda. Suppiluliuma lo puso en el trono de lo que quedaba del estado de Mitanni y con el nombre de Shattiwaza lo convirtió en su vasallo, casándolo con una de sus hijas. El oeste del estado quedó así bajo control hitita, mientras que en el este dominaba Asiria. Egipto no intervino en

absoluto en estos acontecimientos, tal vez porque ya había perdido su control del noroeste de Siria. Entre 1365 y 1335 el estado de Mitanni pasó de superpotencia regional a estado dividido con sus dos mitades sometidas a reyes extranjeros.

Los hititas permitieron sobrevivir a los restos del estado de Mitanni y varios de los descendientes de Shattiwaza ocuparon el trono. Los asirios se aprovecharon de un debilitamiento del poder hitita tras la muerte de Suppiluliuma para continuar presionando en la región. Bajo Adadnirari I (gobernó entre 1295 y 1264) y Salmanasar I (gobernó entre 1263 y 1234) gradualmente convirtieron el núcleo del estado en territorio asirio. Dejaron una dinastía nativa, pero sus gobernantes eran vasallos. Los restos del estado de Mitanni, al que los asirios siempre se referían como Hanigalbat, se resistían regularmente a los asirios, buscando ayuda de hititas y arameos, un nuevo pueblo del norte de Siria que adquiriría gran importancia en el futuro. Tuvieron poco éxito, sin embargo. Los asirios establecieron centros administrativos por todo el territorio hasta la ribera oriental del Éufrates al oeste, frente a las fortalezas hititas de la ribera oeste. Ubicaron estos centros en localizaciones estratégicas para controlar el comercio y el movimiento de tropas. La muerte del último rey asirio fuerte, Tukulti-Ninurta I (reinó 1233-1197) coincidió con las convulsiones que sacudieron el Próximo Oriente occidental en torno a 1200 y la desaparición de un poder político centralizado en la región de Mitanni esté probablemente relacionada con estos acontecimientos.

Hemos de basar el estudio de la sociedad de Mitanni en documentos hallados en ciudades fuera del núcleo central del estado, ciudades que en el siglo XV estaban gobernadas por dinastías locales sometidas al rey de Mitanni: Alalakh en el extremo occidental y Nuzi en el oriental. Los descendientes de Idrimi constituían la casa real de Alalakh, mientras que Nuzi tenía un «alcalde» que dependía del rey de Arrapha, a su vez un vasallo del gobernante de Mitanni. Pero Nuzi tenía un gran edificio central al que sus textos se refieren como «palacio». La estructura política del estado de Mitanni se conoce bastante mal, pero la injerencia del rey en los asuntos locales queda clara por el uso del mismo sello real en documentos de varios lugares y por la referencia a su autoridad real en los contratos. Los

distintos territorios del estado compartían ciertos elementos comunes: la agricultura dependía de la lluvia y las comunidades de aldea eran fuertes. Las cortes y otros residentes urbanos dependían de estas aldeas para su subsistencia y, como ya se indicó, la relación entre la ciudad y el campo era de explotación. Los palacios locales realizaban censos para determinar exactamente cuántos impuestos y levas de mano de obra podían imponer. En sus registros dividían a la población en grupos cuyo sentido no nos resulta del todo claro, pero distinguían entre dependientes de palacio y aldeanos libres. Los hombres designados por el término *mariyannu* dominaban el primer grupo. Su función había sido inicialmente la de guerreros montados en carros en el ejército, pero se fueron implicando en todos los aspectos de la vida y parecen haber formado una clase urbana privilegiada. En el campo, los campesinos debían prestar servicios en mano de obra al palacio, al ser propiedad de estas tierras que trabajaban. La mano de obra era escasa, y el palacio y los terratenientes privados competían por ella. En Nuzi existía un extraño procedimiento legal que permitía a los individuos con una posición económica desahogada adquirir tierra y mantener a sus propietarios originales como granjeros. En archivos privados de esa ciudad aparece un tipo de contrato denominado ‘venta-adopción’ donde un comprador era «adoptado» por el vendedor. Un hombre llamado Tehir-tilla, por ejemplo, fue adoptado unas cincuenta veces. Parece que esta ficción le permitía usar a sus nuevos padres como aparceros *de facto*. Del mismo modo, adquiría mano de obra en régimen de servidumbre pagando las deudas de hombres que tendrían luego que hacerse cargo de sus campos y huertos. Estas prácticas eran posibles por el alto nivel de endeudamiento que sufrían los campesinos. Cuando se veían obligados a pedir préstamos, los intereses eran normalmente del 50 por ciento y, al contrario de lo que sucedía en períodos precedentes, el palacio no ayudaba a estas personas mediante la condonación periódica de las deudas no satisfechas. Por el contrario, se sabe que el mismo rey de Arrapha sacó provecho a estas prácticas para tener acceso a mano de obra y tierras. El campesinado estaba a merced de los prestamistas urbanos, que podían fijar los términos que quisieran y asumir el control de sus recursos.



Documento 8.1. ESCRITOS HURRITAS

Existen relativamente pocos textos escritos totalmente en lengua hurrita y provienen fundamentalmente de las ciudades de Ugarit, Emar y Hattusa. Sin embargo, esta escasez no constituye un adecuado reflejo de la importancia de la lengua en el Próximo Oriente del segundo milenio. Mucha onomástica en una amplia zona de Anatolia, el norte de Siria y Mesopotamia y el área de Siria-Palestina, lo que incluye nombres de reyes, era hurrita. El uso común de la lengua hablada también resulta claro por pasajes de textos hititas, que incluyen regularmente frases o términos hititas. Esto sucede a menudo en las descripciones de rituales, donde se cita al oficiante cultural hablando en hurrita. El siguiente pasaje aparece en una tablilla hitita que describe rituales de un tipo de sacerdote identificado como AZU:

Ahora el sacerdote-AZU toma un ganso con la mano izquierda y con la derecha alza la madera de cedro del quemador de incienso. Luego vierte aceite en una copa de agua y realiza el *katkiša* (término hurrita) de la diosa Hapat. Pone el cedro en la copa de agua, alza la copa de agua y derrama el agua en dirección a la diosa.

Dice lo siguiente en hurrita: «*aššeš Hapat šuunip šiaai ahraai unamaa kešhepwe kelteieni ambaššini kelu*». Luego derrama el agua en dirección a uno de los que encargaron la ofrenda y deja la copa de agua en la mesa de junco trenzado.

Entonces el sacerdote-AZU toma la madera de cedro del quemador de incienso y la arroja al recipiente *hupruši* (término hurrita) en el brasero y dice en hurrita: «*aharreš laplihhineš*, etc.». Y presenta el ganso al que encargó la ofrenda y le pone encima la mano. El sacerdote-AZU toma un trozo de la pechuga del ganso, lo moja en aceite del quemador de incienso, lo arroja al recipiente *huprušhi* del brasero y dice en hurrita: «*anahiteneš tatuššeneš kelu*».

Traducción según Salvini y Wegner, 1986: 40-42.

Los hititas se referían al estado de Mitanni como «tierra de los hurritas» y de hecho una de las lenguas oficiales del estado era el hurrita. Hablado en el norte de Siria y Mesopotamia desde un milenio antes, nunca consiguió convertirse en una lengua escrita habitualmente. Siempre dominó el acadio, incluso en la segunda mitad del segundo milenio, cuando los textos administrativos y legales de todo el estado de Mitanni se escribían en el dialecto babilonio. La escasez de textos hurritas puede deberse en gran medida al hecho de que la capital, Washukanni, aún no haya sido identificada y excavada. Una larga carta de Tushratta, escrita totalmente en hurrita, hallada en Amarna demuestra que la corte de Mitanni tenía una cancillería con escribas que podían escribir en la lengua. En contraste, la carta tiene una forma y estructura paralelas a las escritas en babilonio, así que no sabemos por qué su autor usó la lengua hurrita ni quién sería capaz

de leerla en Egipto. Otros textos o pasajes en lengua hurrita aparecen en los archivos de ciudades como Ugarit, Qatna y Hattusa, mientras había gentes de nombre hurrita viviendo por toda Anatolia, Siria-Palestina y Mesopotamia oriental ([documento 8.1](#)): esto revela la amplia difusión de la lengua hablada fuera del estado de Mitanni.

8.2. EL REINO NUEVO HITITA

El área central de Anatolia en el segundo milenio era el núcleo del reino de los hititas, llamado Hatti en fuentes antiguas. Su capital, Hattusa, es nuestra fuente principal de textos, que contienen mucha información de historia política ([recuadro 8.1](#)). Los tratados que los reyes hititas firmaban regularmente tenían introducciones que esbozaban las pasadas relaciones entre los dos estados y esto nos da quizá la mejor evidencia, aunque muy parcial ideológicamente, de sus historias políticas. Pero escribir la historia de los hititas debe hacer frente a muchas dificultades cronológicas. Muchos de los reyes hititas tenían el mismo nombre, por ejemplo, Tudhaliya o Arnuwanda, y aunque hoy los distingamos mediante los números I, II, etc., esto no se hacía en las fuentes originales. Así, a menudo no podemos determinar a qué gobernante se refiere un texto. La cronología absoluta también es problemática. Los hititas no nos dejaron listas reales; hasta la duración del reinado del fundador del Reino Nuevo, Suppiluliuma I, es incierta y las fuentes sugieren desde veintidós hasta cuarenta años. No hay un solo momento de la historia hitita que pueda fecharse sin recurrir a sincronías con Egipto, Asiria o Babilonia y los puntos de contacto que tenemos son escasos y pertenecen en su mayoría al final de la historia hitita. Aunque en la práctica asignamos fechas absolutas a los gobernantes individuales, siempre son aproximadas y pueden necesitar revisiones, especialmente a medida que cambie nuestra visión de la cronología egipcia.

Recuadro 8.1. HISTORIOGRAFÍA HITITA

La reconstrucción de la historia hitita está en gran medida basada en relatos compuestos por los propios hititas, que cubren acontecimientos en secuencia cronológica a lo largo de varios reinados o en años sucesivos de un mismo reinado. Se hallan en textos independientes o

aparecen incluidos en edictos y en tratados internacionales. En el primer grupo encontramos anales, relatos año por año de campañas militares, sobre todo, que aparecen ya en el Reino Antiguo, cuando Hattusili I dejó un relato bilingüe hitita-acadio de sus logros militares. Este tipo de texto se hizo muy popular en Asiria tras la desaparición del estado hitita en el siglo XII. Es probable que la práctica hitita inspirase el género asirio, una de nuestras fuentes principales para la reconstrucción de la historia del primer milenio.

A partir del Reino Antiguo, los hititas también hacían sumarios, sobre todo militares, de acontecimientos de varios reinos. El Edicto de Telipinu del siglo XVI, por ejemplo, narra campañas de reyes precedentes remontándose al fundador de la dinastía, Labarna ([documento 6.2](#)). También en los asuntos internacionales mantuvieron un registro de las pasadas relaciones entre Hatti y otros estados. Los tratados tradicionalmente describían las interacciones hostiles y amistosas previas entre las partes a lo largo de varias generaciones. En este sentido, no fueron seguidos por los asirios, que tanto en sus relatos de anales como en los, ciertamente escasos, tratados se centraban en el presente.

Los hititas no solo escribieron anales, también conservaron esos textos en siglos posteriores. Buena parte del archivo textual hitita al que tenemos acceso proviene del último siglo de la existencia de Hattusa, siglo XIII, e incluye copias recientes de nueva factura de documentos históricos de muchos siglos antes. Aunque no siempre podamos determinar cuándo fueron compuestos, algunos manuscritos fragmentarios más antiguos muestran que los anales de Hattusili, por ejemplo, se compilaron durante su reinado o poco después.

Por qué los hititas tenían este interés por acontecimientos pasados de reinos anteriores es difícil de determinar. Aunque viesan cierta relación causal entre el pasado y el presente (en oraciones a los dioses el rey Mursili II preguntaba qué actos del pasado habían causado una peste), no buscaban explicaciones más allá de que se trataba de la voluntad de los dioses. En este sentido, participaban de las mismas ideas que sus contemporáneos. Los registros históricos hititas son muy detallados y estructurados, hasta tal punto que los historiadores modernos se ven tentados a usarlos como plantilla para sus reconstrucciones de la historia política hitita, pero han de ser tratados con cautela. A menudo presentan la idea de que las acciones del rey actual llevaban a una situación positiva, mientras que las de sus predecesores causaron miseria. Nuestros relatos de la historia hitita están basados fundamentalmente en esta evidencia muy parcial, ya que a menudo carecemos de datos externos con que verificar sus afirmaciones. Hemos de mantenernos alerta respecto a los fines de los autores.

Geográficamente, las fronteras del estado hitita cambiaban constantemente. La capital estaba en la Anatolia central, en la cuenca del río Kizilirmak, y la expansión militar se dirigió especialmente hacia el sur, donde en su punto álgido Hatti llegó a controlar la Siria occidental. No está claro si sus fronteras septentrional y occidental se extendían hasta las costas del mar Negro y del Egeo, más próximas a Hattusa que a Siria ([mapa 8.2](#)). Como la estructura política del estado no implicaba un control territorial directo, sino el dominio de vasallos, la dependencia relativa de las regiones dentro de la esfera de influencia hitita determinaba las fronteras más que la hegemonía real. En el período aquí tratado hubo claramente mayor interés

por Siria que por las regiones periféricas de Anatolia y el centro político del estado se hallaba en su extremo norte.

El estado hitita existió durante un período de tiempo relativamente breve, entre 1800 y 1200. Conoció dos períodos de gran poder, uno en el siglo XVII conocido como Reino Antiguo, otro entre 1400 y 1200, el Reino Nuevo (para una lista de reyes véanse las secciones 9 y 11 de las Listas de Reyes al final del libro). A veces se usa el término Reino Medio para referirse al período intermedio, pero, al encontrarse Hatti en declive, los historiadores pueden hacerse muy poca idea de lo que sucedió. Una serie de líderes de los que existe muy poca documentación abrieron camino hacia la recuperación. Reafirmaron el dominio hitita sobre el centro y sur de Anatolia, incluida el área de Kizzuwatna, que antes había gobernado Mitanni. Aún más, Alepo, la principal ciudad del noroeste de Siria y rival en el acceso a regiones más al sur, tuvo que cambiar su vasallaje de Mitanni a Hatti. Los competidores de los hititas en la región eran Egipto y Mitanni, dos estados que habían luchado entre sí anteriormente, pero a principios del siglo XIV unieron fuerzas quizá como reacción a los avances hititas. Egipto también intentó establecer buenas relaciones con Arzawa al oeste de Hatti, lo que incluía un matrimonio diplomático, para contener la potencia emergente. Y en verdad el oeste y el norte suponían dificultades para Hatti: un vasallo del oeste, el rey Madduwatta, conquistó el suroeste de Anatolia y Chipre a mediados del siglo XIV, y los kaska, un pueblo de la costa sur del mar Negro, atacaron y tal vez incluso destruyeron Hattusa.

Suppiluliuma I (gobernó entre 1344 y 1322), uno de los líderes militares más hábiles de los hititas, dio la vuelta a estas derrotas y fue el auténtico fundador del Reino Nuevo hitita. Tras solidificar su control sobre las regiones de Anatolia al sur y al este del núcleo hitita, invadió el estado de Mitanni desde el norte y ocupó su capital, Washukanni. El oeste de Mitanni se convirtió en su vasallo. A lo largo de la costa siria al oeste del Éufrates, extendió el control hitita hacia el sur hasta Damasco, y obligó a los gobernantes de los pequeños estados de la zona a someterse. Niqmadu de Ugarit fue ante él en Alalakh ofreciéndose como vasallo; Aziru de Amurru cambió su lealtad, abandonando a los egipcios y en Qatna Suppiluliuma puso en el trono un nuevo rey, que estaría de su parte, Idadda. Su principal

competidor en la región, Egipto, prestaba entonces menos atención a sus territorios asiáticos y no contrarrestó directamente la expansión hitita.



Mapa 8.2. El estado hitita durante el Reino Nuevo. Según Michael Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East* (Equinox, Oxford, 1990), p. 139.

La extremadamente infrecuente solicitud por parte de la recién viuda reina de Egipto de que un hijo de Suppiluliuma fuera su marido, mencionada en el capítulo anterior, tuvo lugar en este momento. Si la unión hubiera tenido lugar, le habría dado a Suppiluliuma influencia sobre un área descomunal, pero un grupo de egipcios no identificado lo impidió, asesinando a Zannanza, el hijo que envió.

El reinado concluyó en un desastre, sin embargo. Probablemente el propio Suppiluliuma y su primer sucesor murieron de una epidemia que los soldados habían traído de Siria cuando atacaron en represalia por el

asesinato de Zannanza por los egipcios. Otro de sus hijos, Mursili II (reinó entre 1295 y 1272) era joven cuando llegó al trono, pero fue capaz de mantener el control sobre Siria, donde muchos vasallos se rebelaron, y también dedicó atención a las zonas de Anatolia que su padre había ignorado. Derrotó a Arzawa al oeste y atacó a los kaska al norte. Estos últimos, de todos modos, siguieron constituyendo una amenaza e incluso llegaron a tomar la capital de Hattusa durante el reinado de Muwatalli II (reinó entre 1295 y 1272). Esto sugiere que Hatti había dejado su costado septentrional desprotegido por su preocupación por Siria. Y Muwatalli estaba muy concentrado en Siria al punto de trasladar su capital a una hasta entonces oscura ciudad del sur de Anatolia, Tarhuntassa (su localización exacta nos es desconocida).

El resurgir de Egipto durante la Dinastía XIX y sus campañas incesantes en Siria culminaron en la batalla de Qadesh entre Ramsés II y Muwatalli en 1274, estudiado en el capítulo anterior. Los egipcios prestaron enorme atención a este acontecimiento en inscripciones y representaciones, a pesar de haber perdido la batalla, algo que no se reconoce, pero que resulta evidente por la consiguiente expansión del control hitita en el sur de Siria. La batalla constituye el clímax de la rivalidad de siglos entre Egipto y Hatti por Siria, donde los hititas solían llevar ventaja. A fin de concentrarse en Siria, Muwatalli dejó a su hermano, el futuro rey Hattusili III, a cargo de las zonas septentrionales del estado hitita. Este liberó Hattusa y también el centro cúbico de Nerik, que se había perdido a los kaska muchos años antes. Pero cuando el hijo de Muwatalli, Urhi-Teshub, llegó al trono con el nombre de Mursili III (reinó entre 1272 y 1267), Hattusili III usó el norte como una base de poder desde la que desgastar al joven rey. Aunque Urhi-Teshub en tanto que heredero legítimo pudo haber tenido el apoyo de Egipto y Babilonia, Hattusili III consiguió desplazarlo tras varios años de intriga. Hattusili siguió siendo rey de Hatti treinta años (1267-1237) y su tratado de paz con Ramsés II de Egipto fue uno de los mayores logros de su reinado. En 1259, quince años tras la batalla de Qadesh, los dos reyes cerraron un detallado acuerdo para dar por terminadas las hostilidades, establecer una alianza defensiva e intercambiar refugiados políticos. La amenaza de Asiria, ahora con control total sobre buena parte del área de

Mitanni, fue lo que probablemente inspirase la alianza. También es muy probable que Hattusili estuviera preocupado por las rivalidades dentro de la corte hitita y por su propia sucesión, y los acontecimientos posteriores muestran lo fundado de sus temores. Aunque las relaciones entre las dos potencias pudieron no ser tan cordiales como se esperaba, la disputa por Siria había terminado.

No obstante, Hatti entró rápidamente en declive, por problemas muy similares a los que había hecho frente Mitanni ciento veinte años antes. Internamente, el heredero al trono designado, Tudhaliya IV (reinó entre 1237 y 1209) tuvo que lidiar con una reivindicación sólida por parte de un hijo de Muwatalli, Kurunta, al que Hattusili III había hecho «rey de Tarhuntassa». Es posible que Kurunta depusiera temporalmente a Tudhaliya IV en 1228-1227, cuando apareció como «Gran Rey» en sellos hallados en Hattusa. En cualquier caso, Tudhaliya recuperó el trono. Las presiones externas también eran importantes. Tukulti-Ninurta de Asiria (reinó entre 1233 y 1197) atacó el estado hitita desde el este y hubo vasallos en el oeste y suroeste de Anatolia que se rebelaron. Los problemas en las regiones próximas al mar Egeo pueden haber sido inspirados por un misterioso «rey de Ahhiyawa», ciertamente un personaje con protagonismo en la zona, pero difícil de localizar en el tiempo y el espacio. Tudhaliya consiguió arrebatárselos Milawata (la Mileto clásica), pero al final Hatti parece haber perdido el control de la Anatolia occidental.

Cuando Suppiluliuma II llegó al trono en 1207, la caída de Hatti era inminente. Las causas de su derrumbe como estado territorial no resultan del todo claras ([debate 10.1](#)). La arqueología indica que los edificios públicos de la capital de Hattusa fueron incendiados, pero la corte había abandonado antes la ciudad. Otras ciudades importantes bajo control hitita, como Ugarit, Alalakh y Emar, desaparecieron y las fuentes egipcias evocan una idea de devastación general en toda la región de Anatolia y la Siria occidental. Pero algunas ciudades hititas sobrevivieron, donde miembros de una rama de la familia real hitita siguieron autodenominándose «Grandes Reyes» en siglos venideros. El fin de Hattusa ha de entenderse en el contexto del colapso de todo el sistema regional en torno a 1200, que analizaremos en un capítulo posterior, pero en contraste con lo que sucedió

en otras áreas, nunca volvería a aparecer un estado hitita en la Anatolia central.

La historia hitita se vio en gran medida determinada por los acontecimientos al oeste y al norte de Anatolia. Está claro que allí había grandes estados, como Arzawa, cuyo rey se escribía con el de Egipto como un igual. El reino más importante al oeste de Hatti en la última parte del período fue Ahhiyawa. Escribir su historia resulta complicado por la cuestión de si tiene o no relación con los griegos micénicos, que se sabe habían establecido enclaves comerciales en la costa anatólica. Las similitudes entre los nombres 'Ahhiyawa' y 'aqueos', el término con que Homero se refiere a los griegos, ha sugerido esta ecuación desde que el nombre de Ahhiyawa fue descubierto. Está tomando forma un consenso académico de que así fue y de que encontramos evidencia de interacciones políticas y militares micénicas con los hititas en textos de Hattusa. Podemos así conectar esta rica cultura de la Grecia micénica con la historia del Mediterráneo oriental en este momento (figura 8.2). A partir del siglo xv, Ahhiyawa aparece en fuentes hititas, pero mantuvo una importancia menor hasta dos siglos después. Entonces, Hattusili III, intentando devolver el orden a los distritos occidentales, escribió al rey de Ahhiyawa y se dirigió a él como hermano, para convencerlo de controlar a los rebeldes activos en su territorio. Su sucesor, Tudhaliya IV, invadió el territorio de Ahhiyawa, a la que claramente veía como un estado importante. En su tratado con Shaushga-muwa de Amurru, daba una lista de los reyes a quienes consideraba sus iguales: Egipto, Babilonia y Asiria. El rey de Ahhiyawa completaba la lista, pero tras escribirlo, el escriba lo borró. Signifique lo que signifique ese borrado, es evidente que el estado de este último en ese momento había sido el de un Gran Rey. Tras Tudhaliya IV, la información sobre Ahhiyawa desaparece, posiblemente por las perturbaciones en Grecia en esa época.



Figura 8.2. Puerta de los Leones de Micenas. Si realmente los Ahhiyawa de los textos hititas son los mismos que los aqueos de Homero la riqueza de los restos arqueológicos de la cultura micénica de la Grecia continental se convertiría en parte integral de la historia del Próximo Oriente antiguo. Estos restos dan testimonio de una rica sociedad guerrera con fortalezas de poderosas fortificaciones y suntuosas tumbas. Aquí puede verse la puerta de entrada a la ciudadela de Micenas, construida con masivos monolitos en torno a 1250. La escultura que representa leones tiene paralelos en las puertas de entrada halladas en Hattusa y en otras ciudades hititas.
Créditos: akg images/Album/Prisma.

En el área al norte de Hattusa, los kaska tenían el control y los hititas siempre los representaron como tribus agresivas y salvajes que saqueaban y capturaban ciudades. Uno de los deberes de Hattusili III durante el reinado de su hermano había sido recuperar territorios ocupados por los kaska. Estas tribus pueden haber contribuido a los problemas que llevaron al fin de la historia hitita, pero nos falta información sobre los detalles. El oeste y norte de Anatolia entonces nunca se integraron totalmente en el estado hitita, aunque fueran objetivo de múltiples campañas militares. Con todo, sus interacciones con Hatti los ligaban al sistema político del Próximo Oriente.

La estructura política del estado hitita es a menudo comparada con la del vasallaje medieval en la Europa occidental. El Gran rey de Hatti gobernaba directamente el área central, pero usaba a vasallos para controlar la mayoría de regiones de Anatolia y Siria. Se trataba de personajes locales que le juraban lealtad, pero que podían cambiarla a otras potencias. Aunque los príncipes hititas administraban ciertos lugares clave, como Karkemish y Alepo en puntos estratégicos del norte de Siria, otras regiones mantuvieron sus dinastías indígenas bajo la supremacía hitita. Conocemos bien dos de esos centros por sus propias fuentes —Ugarit en la costa siria y Emar en el reino de Astata en el Éufrates—. Los señores hititas aparentemente siguieron respetando las tradiciones locales y no intentaron unificar toda la región en términos políticos o culturales. En este sentido, la organización del estado hitita resulta paralela a la de Mitanni, y los pueblos del norte de Siria pudieron así mantener sus propias culturas y jerarquías políticas.

El estado supremo del rey estaba más allá de toda duda, sin embargo. Poseía una serie de títulos que claramente así lo identificaban, incluyendo «Gran Rey» y «Sol». También poseía un título háttico antiguo, ‘Labarna’ o ‘Tabarna’, que puede referirse al nombre del primer gobernante de la dinastía, mientras que su esposa recibía el título ‘Tawananna’, probablemente en alusión a la primera reina. Tenía mucho poder, que ejercía incluso tras la muerte de su esposo, y participaba en actividades diplomáticas con cortes extranjeras por su cuenta. La esposa de Hattusili III, Puduhepa, por ejemplo, se escribía personalmente con Ramsés II sobre el matrimonio de este con su hija. Hubo repetidos problemas con la sucesión real; a menudo la secuencia padre-hijo no era respetada y un hermano llegaba a rey. Esto llevó a uno de los conflictos por el trono mejor documentados en toda la historia del Próximo Oriente, entre el hijo y el hermano de Muwatalli. Urhi-Teshub, el hijo de este con una concubina, llegó al trono con el nombre Mursili III, pero Hattusili III, hermano de Muwatalli, se rebeló y derrocó a su sobrino cinco años después. La usurpación del poder fue una infracción legal lo suficientemente grave como para que Hattusili compusiera un largo documento, su *Apología*, donde explicó sus acciones. Describe cómo fue puesto a cargo de los territorios del norte, mientras que su hermano trasladaba la capital a la

región meridional de Tarhuntassa, y cómo conquistó con éxito áreas que para su hermano eran periféricas. Cuando el hijo de Muwatalli llegó al trono, Hattusili lo apoyó al principio, pero fue sintiéndose cada vez más frustrado con su sobrino. Para mantener su poder y el de sus amigos, Hattusili se rebeló. Depuso a Urhi-Teshub y lo envió a una región periférica del estado —luego consiguió huir a Egipto—. Para justificar este acto, Hattusili hizo acusaciones de que Urhi-Teshub había usado la magia, lo que demuestra lo débil de la base legal de su pretensión al trono.



Figura 8.3. Carta del rey Tudhaliya IV de Hatti al rey de Ugarit. En este breve mensaje en acadio el rey Tudhaliya informa al rey de Ugarit de su decisión de que los caballos de Hatti no pueden llegar a Egipto y viceversa. En el centro de la tablilla el escriba estampó el sello oficial de Tudhaliya, inscrito en las dos lenguas oficiales de la corte. En el borde, el nombre y los títulos del rey están escritos en

dos líneas de cuneiforme, mientras que en el centro la información aparece en jeroglíficos luvitas. Museo del Louvre, París, AO20191. Altura 10 cm; ancho 7,8 cm.
Créditos: akg images/Erich Lessing.

La titulatura y los nombres de los gobernantes de Hatti demuestran el carácter multicultural del estado. El título Tabarna y los nombres reales de entronización eran hátticos, es decir, pertenecientes a un grupo de pueblos anatólios que habían dominado tal vez el área de Hattusa muchos siglos antes. Pero los nombres de pila de los reyes tenían un origen diferente: Urhi-Teshub, por ejemplo, era claramente un nombre hurrita. Pero la lengua oficial de la cancillería en Hattusa era el hitita. Además, los archivos excavados en sus ruinas también tenían textos en otras lenguas anatólias, como el luvita y el palaíta, mientras que allí trabajaban también escribas que podían escribir en lenguas mesopotámicas, acadio y sumerio. Todos estos textos se escribían en cuneiforme. A la vez, se usaba una escritura anatólia jeroglífica en monumentos oficiales y sellos personales. Este sistema de escritura sobrevivió al fin del estado hitita ([figura 8.3](#)).

La literatura copiada en Hattusa derivaba de una gran variedad de fuentes. Las tradiciones hurritas aparecen representadas en una serie de mitos traducidos al hitita. Los elementos hátticos aparecen a menudo en relatos más breves, mientras que el material original hitita parece haber sido escaso. Ciertos textos literarios de Babilonia se importaron al completo, traducidos al hitita o adaptados a los gustos locales cambiando las divinidades principales para reflejar las preferencias hititas. Los escribas de Hattusa copiaban listas léxicas de Mesopotamia, a veces añadiendo traducciones hititas y hurritas e información sobre cómo pronunciar los términos sumerios. Muchos mitos anatólios parecen haber tenido una función ritual y los rituales establecidos muestran una gran variedad de lenguas, incluyendo háttico y hurrita. Los hititas también importaron mitología cananea de las áreas de Siria-Palstina que habían conquistado.

Así, Hatti fue ciertamente uno de los estados más importantes del Próximo Oriente en la segunda mitad del segundo milenio y un protagonista en la cultura internacional del período ([figura 8.4](#)). Su ubicación en extremos del mundo del Próximo Oriente hizo que se viera expuesto a presiones eternas en mayor medida que sus colegas y su estructura política

interna era relativamente laxa. Consecuentemente, su colapso fue repentino y casi total. La Anatolia central en el primer milenio sería muy diferente de lo que podemos ver en el Período del Reino Nuevo.

8.3. SIRIA-PALESTINA

Ubicada entre los poderosos estados de Egipto, Hatti, y Mitanni, el área de Siria-Palestina permaneció fragmentada políticamente. Fue aquí donde las grandes potencias compitieron por su hegemonía y los habitantes de la zona soportaron lo peor del impacto de las numerosas campañas militares que caracterizaron el período. La región se extendía al sur de Anatolia, entre el Mediterráneo y el Éufrates, hasta el sur de Palestina, con frontera en el desierto del Sinaí. Seguía la costa en una franja que se hacía más estrecha a medida que se bajaba hacia el sur, de unos doscientos kilómetros al norte a unos setenta kilómetros al sur. El desierto de Siria y los montes de Jordania, regiones donde el asentamiento urbano era imposible, delimitaban su frontera oriental.

Podemos reconstruir la historia de esta área no solo mediante documentos de las grandes potencias vecinas, sino también a partir de un creciente número de textos hallados en excavaciones en la propia región, puesto que cada palacio tenía a su servicio escribas para mantener sus registros y para la diplomacia con líderes extranjeros. La correspondencia de Amarna incluye cartas de unas cuarenta ciudades vasallas de Siria-Palestina al rey de Egipto. Algunas ciudades han aportado una cantidad sustancial de documentos escritos, especialmente tres en el norte —Ugarit, Alalakh y Emar— donde no aparecieron solo en palacios y templos, sino también en residencias privadas. Se hallaron colecciones más reducidas en Kummidu y Qatna. La lengua de la mayor parte de estos textos es el babilonio, pero los vernáculos locales a menudo ejercían un fuerte influjo en la obra de los escribas. En la correspondencia de Amarna aparecen múltiples huellas de los dialectos semíticos occidentales que hablaba el pueblo, mientras que en Qatna los escribas insertaban un gran número de expresiones hurritas en sus textos. Al mismo tiempo, se usaban lenguas locales y sistemas de escritura alfabéticos, muy poco atestiguados excepto en Ugarit, donde existía un sistema de escritura cuneiforme alfabético en

tablillas de arcilla. Los escribas de la región tenían por tanto que ser capaces de trabajar con múltiples lenguas y escrituras. Claramente, Babilonia aportaba el paradigma de cómo escribir, esto es, cuneiforme silábico en tablillas de arcilla, y mientras que el babilonio parece haber sido la lengua más respetada, los escribas no tenían problema en escribir en otras lenguas.

La fragmentación política de la región la convirtió en presa fácil para la expansión de las grandes potencias que la rodeaban y su riqueza y capacidad tecnológica la convertían en un objetivo apetitoso. A lo largo de todo el período que estamos estudiando, los extranjeros dominaron constantemente la práctica totalidad de la zona y su punto de vista dicta nuestra reconstrucción de la historia política. Al acabar los siglos oscuros de mediados del segundo milenio, Mitanni gobernaba el norte de Siria y controlaba la región al oeste del Éufrates mediante un sistema de vasallos. El control mitannio se extendía hasta Qadesh al sur y hasta Kizzuwatna (sur de Anatolia) al oeste. Pero con la llegada al poder de la Dinastía XVIII, Egipto se expandió rápidamente por la región. Tras conquistar Palestina, a veces causando gran destrucción en las ciudades de la zona, Egipto fue a por los vasallos de Mitanni más al norte, alcanzando Ugarit en la costa y Qadesh en el interior. Las dos potencias lucharon por los estados que tenían frontera con Mitanni. El ejército egipcio llegó a realizar expediciones de saqueo hasta el valle del Éufrates, mientras que Mitanni prestó apoyo a la resistencia local a dichos saqueos.

El control egipcio de la región que había conquistado, bien documentado en las Cartas de Amarna, era más directo que el de Mitanni. Definió tres provincias, Amurru, Upe y Canaán, cada una de ellas con un centro administrativo a cargo de un funcionario egipcio, responsable de la recaudación directa de recursos estratégicos. Los representantes de las dinastías nativas continuaron con su gobierno de los pequeños estados, pero tenía que aportar un tributo anual. Los vasallos escribían numerosas cartas al rey solicitando su ayuda frente a vecinos problemáticos, prometiendo pagos, jurando obediencia, etc. Egipto se mantuvo distante de la mayor parte de los problemas locales y se concentró en la recaudación de tributos, algo que podía hacer sin la necesidad de una presencia militar sustancial.

Durante este período encontramos poca evidencia de campañas egipcias en Asia, probablemente porque su control sobre la región era firme, y porque Egipto y Mitanni habían dejado de ser enemigos para convertirse en aliados.

La amenaza a este arreglo vino de Hatti al norte, cuyo rey, Suppiluliuma I, había sometido a Mitanni poco después de 1340 para luego expandirse por territorio que Egipto consideraba propio. Ugarit, Qadesh, Amurru, así como todos los estados del norte de Siria antes dependientes de Mitanni, se convirtieron en vasallos hititas. El rey hitita puso a sus hijos como virreyes en ciudades clave, como Karkemish o Alepo y en otros lugares mantuvo el sistema de vasallaje de Mitanni. Los acuerdos de gobierno están bien documentados en Ugarit en la costa y en Emar en el Éufrates, donde las dinastías nativas siguieron ocupándose de la mayor parte de los asuntos locales. El virrey de Karkemish resolvía los conflictos entre vasallos, mientras que el rey de Hatti recibía los tributos y llevaba a cabo acuerdos de importancia política y económica para todo el estado. Los tratados entre el señor hitita y los vasallos se expresaban como acuerdos personales entre dos hombres y se renovaban cada vez que un nuevo rey ascendía al trono. A partir de esta información podemos recuperar los nombres de los gobernantes locales, pero poco más sabemos de sus carreras políticas.

La división de Siria-Palestina entre Hatti y Egipto permaneció estable hasta comienzos de la Dinastía XIX en Egipto, cuando los reyes Seti I y Ramsés II intentaron extender su control hacia el norte. Muwatalli de Hatti frustró este intento en la batalla de Qadesh (1274) y quince años más tarde los dos estados cerraron un tratado de paz, probablemente por la presión de la expansión asiria en la zona norte de Siria. Egipto perdió el control del sur de Siria y del norte de Palestina, y Ramsés II construyó una línea de fortalezas próxima a la frontera egipcia, mientras que la administración hitita del norte se mantuvo siguiendo el mismo patrón anterior.

Documento 8.2. EXTRACTOS DEL TRATADO ENTRE
TUDHALIYA IV DE HATTI Y SHAUSHGA-MUWA DE
AMURRU

Casi todos los tratados de finales del segundo milenio que se nos han conservado provienen de Hattusa, capital de los hititas. Estipulan las interacciones entre el señor hitita y sus vasallos y obviamente se centran en la obediencia, pero también garantizan a cambio protección. En su competición con los otros grandes estados, a Hatti le resultaba crucial que sus vasallos no asumieran políticas exteriores independientes, y los tratados especifican qué potencias son amistosas y cuáles no. En este caso, Hatti estaba en buenas relaciones con Egipto y Babilonia, pero en guerra con Asiria. Por lo tanto el rey de Amurru tenía que prohibir la presencia de mercaderes asirios en su territorio y reunir tropas para apoyar la guerra de Tudhaliya contra Asiria. Resulta de especial interés en este tratado que originalmente Ahhiyawa fuese listada como igual a Hatti y que luego el nombre fuese borrado de la tablilla.

[Así dice Tabarna, Tudhalilya], Gray Rey, [rey de] Hatti, héroe, amado de la diosa del Sol de Arinna, [hijo de Hattusili, Gran Rey, rey de] Hatti, héroe, [nieto de] Mursili, Gran [Rey], rey de Hatti, héroe, [descendiente de] Tudhaliya, [Gran Rey, rey de] Hatti, héroe:

Yo, mi Sol, [te he tomado a ti], Shaushga-muwa, [de la mano] y te he hecho mi cuñado. Y tú [no cambiarás las palabras] del tratado de esta tablilla.

...

Cuando [el rey] de Egipto sea [amigo] de mi Sol, también será tu amigo. [Pero] cuando sea enemigo de mi Sol, también será [tu enemigo]. Y los reyes iguales a mí en rango son el rey de Egipto, el rey de Babilonia, el rey de Asiria y el rey de Ahhiyawa¹. Cuando el rey de Egipto sea amigo de mi Sol, también será tu amigo. Pero cuando sea enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Cuando el rey de Babilonia sea amigo de mi Sol, también será tu amigo. Pero cuando sea enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Puesto que el rey de Asiria es enemigo de mi Sol, también será tu enemigo. Tu mercader no irá a Asiria y no dejarás que su mercader entre en tu país. No pasará por tu país. Si entrara a tu país, cógelo y envíamelo a mi Sol. Este asunto te [emplaza] bajo juramento.

Puesto que yo, mi Sol, estoy en guerra con el rey de Asiria, reúne un ejército y una unidad de carros, como ha hecho mi Sol. Igual que es asunto urgente para mi Sol y ... será para ti asunto urgente y... Reúne un ejército y una unidad de carros. Este asunto te emplaza bajo juramento.

No le llegará (al rey de Asiria) barco alguno de Ahhiyawa.

Traducción según Beckman, 1999: 103-108.

1. Las palabras «rey de Ahhiyawa» fueron borradas de la tablilla.

Amurru, un reino que se extendía desde la costa mediterránea en el norte de lo que hoy es Líbano hasta la llanura de Homs en el interior de Siria, puede servir de ejemplo de cómo los estados de Siria-Palestina interactuaban con sus poderosos vecinos (para una lista real, véase la sección 12 de las Listas de Reyes al final del libro). Conocemos su historia únicamente por textos de fuera del estado, en los registros de Hatti, Egipto y Ugarit. Inicialmente, Amurru pertenecía a la esfera de influencia egipcia,

probablemente como resultado de las campañas de Tutmosis III (reinó 1390-1352) y aparece en la correspondencia de Amarna de manera destacada. Las cartas más antiguas de ese archivo revelan que un hombre llamado Abdi-Ashirta se hizo con el control de varias ciudades-estado y que incluso llegó a controlar Sumur, el centro administrativo egipcio de la región. Quería obtener reconocimiento como vasallo egipcio, pero pudo haber sido demasiado ambicioso y los egipcios sospechaban de sus razones. Su muerte, quizá un asesinato por uno de sus propios cortesanos, puso fin a sus logros en torno a 1345. Varios de sus hijos (tres o cuatro) se hicieron con el control del gobierno de Amuru y especialmente uno de ellos, Aziru, luchó duramente para convertirla en la potencia dominante de Siria central. También él capturó Sumur, lo que hizo que el faraón le ordenase venir a Egipto. Al llegar, fue nombrado oficialmente vasallo de Egipto y rey de Amuru —probablemente Egipto prácticamente no tuviera elección en la materia—. Su visita coincidió con el inicio de la expansión de Hatti en Siria bajo Suppiluliuma I y volvió a casa para hacer frente a la amenaza en defensa de Egipto. Pero Aziru se dio cuenta de que Hatti era más poderoso y firmó un tratado con Suppiluliuma. Sus vecinos se quejaron intensamente al faraón de que amenazaba su independencia y los animaba a traicionar a Egipto. Rib-Adda de Biblos en particular escribió numerosas cartas en las que acusaba a Aziru de intentar derrocarlo. No sabemos cuánto había de cierto en esas alegaciones. Rib-Adda ciertamente usaba la hipérbole, pero cuando la corte egipcia convocó a Aziru para dar explicaciones, rechazó volver. Amuru estaba ahora bien asentada en el bando hitita y estableció sus fronteras con otros vasallos hititas como Ugarit mediante tratados.

El segundo sucesor de Aziru, Tuppi-Teshub, renovó el tratado con el rey de Hatti Mursili II, al que preocupaba especialmente la vigorosa expansión egipcia en Siria bajo los primeros gobernantes de la Dinastía XIX. Pero el siguiente gobernante de Amuru, Benteshina, pensó que podría sacar provecho a los éxitos militares de Egipto y abandonó Hatti. Tras la batalla de Qadesh, Muwatalli II atacó en represalia, derrotó a Benteshina y lo deportó a Hatti, donde lo puso al cuidado de su hermano que gobernaría posteriormente como Hattusili III. Muwatalli II puso a un tal Shapili en el trono de Amuru, que fue un vasallo fiable durante quince años. Pero los

cambios políticos en Hatti también tuvieron repercusiones en la política de Amurru: cuando Hattusili III se hizo con el poder, reinstauró a Benteshina como rey de Amurru. Los dos reyes firmaron un tratado y confirmaron su alianza mediante un matrimonio doble: Benteshina con la hija de Hattusili y la hija de Benteshina con el hijo de Hattusili. Benteshina permaneció fiel y su hijo Shaushga-muwa a su vez cerró un tratado con Tudhaliya IV, su cuñado y tío ([documento 8.2](#)). El tratado estipulaba que Amurru tenía que seguir la dirección de Hatti en relaciones internacionales. Su actitud hacia Egipto y Babilonia debía depender de la de Hatti, mientras que Shaushga-muwa tenía que aportar tropas a Hatti en su guerra contra Asiria. Además, se le impedía enviar mercaderes a Asiria, tenía que arrestar y extraditar a los mercaderes asirios e interceptar a los comerciantes en el itinerario de Asiria a Ahhiyawa. Los últimos informes sobre Amurru provienen de Ugarit y tratan del divorcio de su gobernante Ammistamru II de la hija de Benteshina. El asunto preocupó al rey de Hatti lo suficiente como para hacerle intervenir.

La historia de Amurru ejemplifica lo dependientes que eran los estados de Siria-Palestina de sus poderosos vecinos. Tenían que someterse a las realidades políticas y militares de los tiempos, y cambiaban de bando entre Mitanni, Hatti y Egipto según cambiaban las fortunas de estas potencias en la región. Los tratados hititas muestran como los acuerdos diplomáticos se expresaban en términos personales y tenían que reafirmarse cada vez que uno de los gobernantes cambiaba. La supremacía de los grandes estados era evidente, pero también resulta claro que a menudo tenían que limitarse a apoyar situaciones creadas por los propios gobernantes locales.

La región de Siria-Palestina ilustra de una forma muy clara la tensión que existía entre el lujoso estilo de vida de una pequeña élite y la situación empobrecida de la masa de la población. Había menos ciudades en la región que en la época anterior, pero las que quedaban eran más ricas que nunca. Una ciudad como Ugarit tenía varios palacios, grandes residencias y templos. La región era famosa por su artesanía: las pinturas funerarias de tumbas egipcias muestran a menudo a portadores de tributo sirios transportando elaboradas manufacturas, como muebles, recipientes, ornamentos y demás. La producción artística era de una calidad muy

elevada, como documentan los hallazgos arqueológicos: por toda la región aparecen objetos de artesanía en oro, plata y marfil. Los textos atestiguan la existencia de gremios de artesanos, como joyeros, escribas, constructores, etc., y muestran un alto nivel de especialización del trabajo en las ciudades.

El sistema colapsó en torno a 1200 en un proceso que llevó varios años. Muchas ciudades fueron saqueadas no por los ejércitos regulares del pasado, sino por recién llegados a escena. Las fechas de los acontecimientos no son fáciles de determinar. A partir de las dataciones de radiocarbono los arqueólogos proponen que el puerto sirio de Gibala fue destruido entre 1192 y 1190; la correspondencia de Ugarit con Egipto muestra que esta ciudad seguía existiendo en 1191 y parece haber desaparecido entre 1190 y 1185; Emar, tierra adentro en el Éufrates, dejó de existir en 1185 o poco después. Los documentos muestran que en sus últimos años Ugarit sufrió muchos problemas, incluidos ataques por saqueadores marinos, y las invasiones de los Pueblos del Mar narradas en fuentes egipcias fueron ciertamente en parte responsables de los trastornos generalizados. Otras ciudades, sin embargo, sobrevivieron, aunque en un nivel mucho más pobre, y toda Siria-Palestina se sumió en una oscuridad histórica que duraría varios siglos.

Grupos de hombres bien entrenados fueron responsables también de la composición y la conservación de la literatura de la región. Estas obras son los únicos vestigios extensos de literatura de la zona de Siria-Palestina en la historia del Próximo Oriente antiguo, con excepción de la posterior Biblia hebrea, y, junto con ciertos restos materiales, nos dan una visión de las ideologías religiosas de la época. Ugarit aporta la mayor selección de textos, pero ciudades como Emar también han suministrado material literario. En Ugarit los escribas compusieron una serie de textos acerca del panteón divino nativo. El dios de la tormenta Baal, una divinidad muy importante en Siria, era el personaje principal de un ciclo de mitos que describen cómo derrotó a las fuerzas del caos y alcanzó la soberanía sobre los dioses. Los actores humanos también eran importantes, no tanto como grandes guerreros, sino como ancestros de reyes actuales. Los cuentos de los reyes míticos Aqhat y Keret narran sus dificultades a la hora de engendrar hijos y la intervención de los dioses al respecto. Los textos no tratan solo de la creación de una dinastía, sino también del culto a los

ancestros, de gran importancia también en textos rituales. Los relatos ugaríticos nos dan el registro más extenso de lo que a menudo se denomina literatura cananea, las tradiciones literarias y religiosas del oeste de Siria y Palestina en el segundo milenio. Estos textos fueron escritos en lengua ugarítica y usando el alfabeto cuneiforme de esa ciudad, sistema relativamente fácil de leer con su reducido número de caracteres ([figura 10.3](#)). Pero los escribas también sabían escribir en acadio, hurrita e hitita usando el silabario cuneiforme babilonio. Eran instruidos para ello del mismo modo que los estudiantes del antiguo babilonio, utilizando una serie de instrumentos de dificultad creciente: listas de signos y textos léxicos, a los que a veces se añadían columnas de traducción al ugarítico y al hurrita. Completaban su aprendizaje mediante el copiado de textos literarios. Esta instrucción tenía lugar en las casas de escribas de éxito y a menudo las obras se firmaban, por lo que conocemos el nombre del escritor. Aunque la literatura muestra un fuerte influjo babilonio, está claro que la presencia egipcia en la región también tuvo sus efectos culturales en las artes visuales. Las imágenes de los dioses locales, por ejemplo, aparecen llevando coronas egipcias.

Las ciudades de Siria-Palestina eran abastecidas por *hinterlands* relativamente reducidas y poblaciones escasas. Su número es difícil de estimar, pero los registros de Ugarit, por ejemplo, sugieren que una población rural de entre 20 000 y 25 000 personas en unas 150 aldeas tenía que abastecer a una población urbana de entre 6000 y 8000 personas. Había por tanto escasez de mano de obra y las políticas de palacio exacerbaban esa situación. Distinguían entre los hombres que empleaban directamente, la «gente del rey», y los que eran teóricamente independientes, los «hijos de Ugarit». Los primeros incluían las élites urbanas, que recibían manutención completa de palacio, una mezcla de pagos y tierras para la agricultura, a veces aldeas enteras. Aunque estas élites en origen solo disfrutaban de sus propiedades durante el tiempo que desempeñaban sus servicios, algunos pudieron dárselas en herencia a sus hijos y administrarlas prácticamente como una propiedad privada. Aunque probablemente hubiera suficiente tierra disponible, no sucedía lo mismo con la mano de obra y los aldeanos independientes eran alistados al endeudarlos con los residentes urbanos.

Estaban obligados a pagar impuestos y levas de trabajadores, pero a causa de su número limitado las demandas eran a menudo excesivas. Para poder satisfacer los impuestos, tenían que pedir préstamos y los contratos de la época a menudo incluyen la cláusula de que a cambio debían prestar servicios. Esto reducía su capacidad de trabajar en sus propios campos y llevaba a una mayor dependencia de los residentes urbanos. Hasta los reyes reclutaban mano de obra de esta forma y no abolían las deudas como había sido habitual a principios del segundo milenio. La esclavitud por deudas se disparó en esta época.

La única vía de escape que tenían los trabajadores era huir de la tierra y parecen haberlo hecho en gran número. Por toda la zona de Siria-Palestina había una creciente presencia de hombres y mujeres que habían roto sus lazos con sus comunidades políticas y sociales y se unían a grupos de proscritos fuera del alcance de los estados. Vivían en zonas inaccesibles en las estepas y montañas. Los residentes urbanos cuyos textos podemos leer los miraban con desprecio y miedo y los englobaban bajo el término despectivo *habiru*, que puede traducirse como «bandido» o «vagabundo». Todos los estados del Próximo Oriente de este período hacen referencia a ellos. Los *habiru* no eran un grupo étnico o tribal, sino social, compuesto de personas que habían huido de sus estados y comunidades. La actitud de los estados hacia ellos era firmemente hostil y las Cartas de Amarna, por ejemplo, los retratan como una gran amenaza a la estabilidad de la región. Aunque haya aquí cierto nivel de prejuicio urbano, estas descripciones no eran pura retórica. Las relaciones entre los *habiru* y los estados eran de antagonismo, y tenían lugar frecuentes saqueos de aldeas y ciudades. Por otro lado, los estados tenían que acudir a los *habiru* para conseguir mano de obra, y aparecen en los registros como mercenarios y trabajadores, capaces ahora tal vez de hacerlo en sus propios términos. Los intercambios diplomáticos entre estados a menudo discuten este asunto: había que devolver a los refugiados y Hattusili III, por ejemplo, declaró que no aceptaría a ninguna persona de Ugarit como *habiru* en Hatti. La discrepancia entre las altas exigencias de las élites urbanas y lo limitado de la oferta de mano de obra era tan grande, sin embargo, que las tensiones resultantes probablemente causasen el derrumbe del sistema palaciego que

caracterizó la región de Siria-Palestina en la segunda mitad del segundo milenio.

Debate 8.1. ¿QUIÉNES ERAN LOS *HABIRU*?

Cuando se conocieron por primera vez las Cartas de Amarna en la década de 1880, los expertos pronto se dieron cuenta de las repetidas referencias a un pueblo de la zona de Siria-Palestina denominado *habiru*. Con el tiempo, la evidencia acerca de ellos aumentó considerablemente: el nombre aparecía en registros de finales del segundo milenio en Alalakh, Nuzi, Hattusa, Ugarit, Nippur, Babilonia y Egipto. Existen también referencias, aunque muchísimas menos, de períodos babilonios más antiguos (ver Bottéro, 1972-1975 para una lista completa). Con mucho los testimonios más abundantes están en cuneiforme babilonio, bien con escritura silábica *ha-bi-ru*, bien con los logogramas sumerios SA.GAZ; los escribas de Ugarit escribían ‘pr.m en su escritura alfabética, los egipcios ‘pr.w. Esta evidencia permite identificar distintas lecturas del mismo nombre: *habiru*, *hapiru* y ‘*apiru*.

¿Quiénes eran los *habiru* (uso esta ortografía para simplificar)? El nombre en sí mismo trae a la mente casi inmediatamente el de otro pueblo de la región, los hebreos (‘*ibri*) de la Biblia. Ya en 1888 un experto sugirió esta ecuación. Abraham, llamado «el hebreo» en el libro del Génesis, podría haber sido un *habiru* del período de Amarna y la evidencia de este pueblo podría servir de complemento a las historias bíblicas sobre los inicios de la historia de Israel. Durante largo tiempo, la cuestión de si los *habiru* y los hebreos eran o no los mismos tuvo ocupados a expertos en Próximo Oriente y en Biblia, con debates filológicos, sociológicos e históricos. Congresos (e.g., Bottéro, 1954), tesis doctorales (e.g., Greenberg, 1955) y monografías (e.g., Loretz, 1984) se ocuparon de la cuestión y gradualmente se estableció el consenso de que la ecuación era falsa (aunque algunos expertos siguen viendo una conexión, e.g., Liverani, 2005a: 27; Milano, 2012: 275).

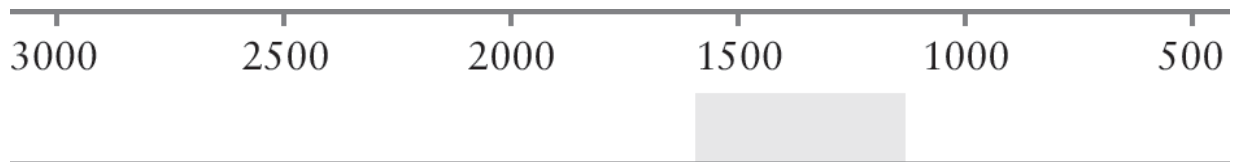
¿Qué quiere decir entonces el término? Los *habiru* no eran un pueblo claramente identificado. Nadie nacía *habiru*, sino que decidía convertirse en uno como muestra la historia de Idrimi. Venían de comunidades de toda Siria-Palestina y de más allá incluso: cuando los textos dan un lugar de origen, incluyen muchas ciudades y regiones (Von Dassow, 2008: 345) y sus nombres muestran que hablaban distintas lenguas, entre ellas, hurrita, lenguas semíticas y hasta egipcio. Eran «refugiados» que acabaron en tierras extranjeras (Liverani, 1965). Al contrario que los amorreos, por ejemplo, carecían de estructura tribal o de líderes claramente identificados. Eran temidos y los autores de las cartas sobre ellos siempre los acusaban de agresiones. Cuando escribían el nombre en sumerogramas, en lugar de un reflejo silábico usaban SA.GAZ, un término que significa ‘ladrón’ en otros contextos. Cuando un vasallo de Siria-Palestina quería que el faraón perdiese la confianza en uno de sus vecinos, lo acusaba de colaborar con los *habiru*.

Al mismo tiempo, sin embargo, estos mismos vasallos tenían *habiru* a su servicio y regularmente hay *habiru* que aparecen en los archivos como dependientes de palacio, frecuentemente como soldados. En una carta al rey de Damasco, el rey de Egipto le pedía un destacamento de *habiru* para estacionarlo en Nubia (Edzard, 1970: 55-56). Encontramos, pues, la misma contradicción que con otros grupos no urbanos: todas las representaciones de estos pueblos eran negativas, pero también eran considerados útiles en ciertas formas,

especialmente como mercenarios. Pero los *habiru* no eran como los amorreos, por ejemplo, puesto que eran mucho más heterogéneos.

El consenso académico actual es que los *habiru* eran habitantes, sobre todo de la región de Siria-Palestina, que habían abandonado sus comunidades por presión política o financiera y formado bandas en áreas fuera del control del estado. En la región había muchas zonas inaccesibles donde los ejércitos regulares no podían funcionar, pero que grupos pequeños de elevada movilidad podían usar como base desde donde atacar comunidades sedentarias (*e.g.*, Rowton, 1965; Bottéro, 1981). Su ferocidad y falta de lazos los hacía ideales para ser mercenarios y hombres como Abdi-Ashirta de Amurru pueden haberse aprovechado de su descontento para sus propios objetivos políticos (Liverani, 2005a: 26-29). Constituían una molestia, pero como en cualquier situación que implicase guerra abundante, también aportaban hombres fácilmente disponibles al mejor postor. Y de acuerdo con ello también podían reintegrarse en las sociedades urbanas y medrar en otras áreas de la vida.

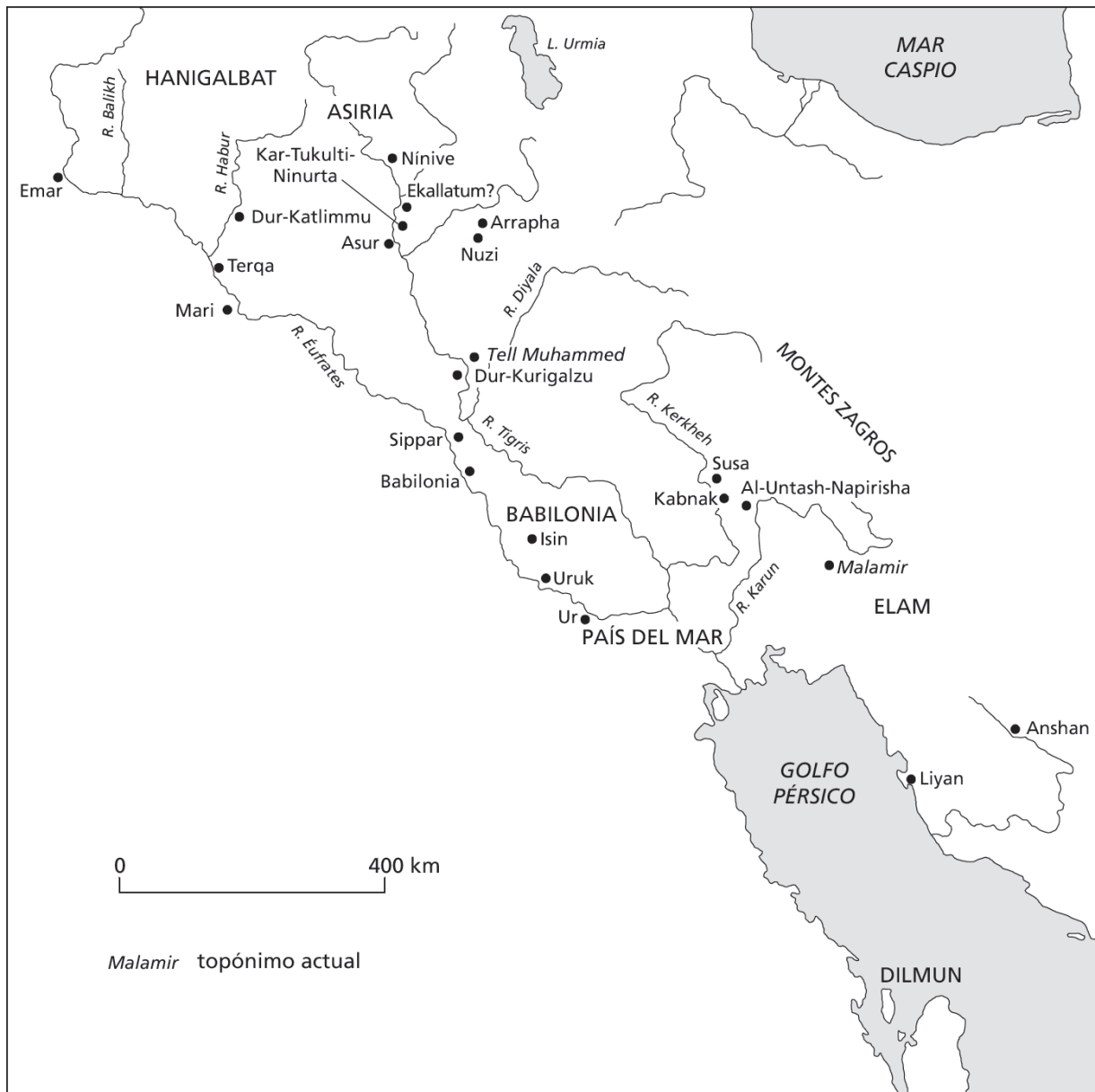
CASITAS, ASIRIOS Y ELAMITAS



- 1595** Fin de la dinastía paleobabilonia
- ca. 1475** Los casitas controlan Babilonia
- ca. 1400** Unificación de las tierras bajas de Susiana y las tierras altas de Anshan
- ca. 1350** Asiria surge como gran estado bajo Asur-uballit I
- 1305-** Continua expansión militar asiria
- 1207**
- 1225** Tukulti-Ninurta de Asiria saquea Babilonia
- 1155** Fin de la dinastía casita
- ca. 1110** Nabucodonosor I de Babilonia saquea Susa

La zona oriental del Próximo Oriente y Babilonia en especial habían sido el foco de los desarrollos políticos y culturales durante los siglos anteriores a 1500 y aportaban al historiador las fuentes de estudio más detalladas. La situación cambió en la segunda mitad del segundo milenio, cuando los términos políticos en los estados de esta zona se vieron integrados en el sistema mayor de todo el Próximo Oriente como iguales a los del oeste y cuando hay mayor disponibilidad de fuentes en todo el Próximo Oriente. Al principio, Babilonia, Asiria y Elam fueron tal vez menos poderosos que sus vecinos occidentales (Hatti, Mitanni y Egipto), pero a partir de 1400 se

convirtieron en potencias territoriales significativas, en un proceso de estrecha interacción mutua. Babilonia fue la primera en obtener estatus de gran reino y Asiria la siguió en torno a 1350. Elam, al este, solo asumió un papel protagonista en el escenario internacional después de 1200, el momento de las grandes perturbaciones en el oeste. Los estados orientales sufrieron el colapso del sistema internacional y en torno a 1100 eran reinos débiles y aislados.



Mapa 9.1. Los estados medioasirio, casita y medioelamita.

9.1. BABILONIA

Del saqueo de Babilonia por los hititas en 1595 resultó un vacío de poder. Las antiguas estructuras políticas desaparecieron y buena parte de la población de Babilonia ya no vivía en ciudades. Un pueblo que usaba el nombre de casitas se aprovechó de la situación y se hizo con el trono de Babilonia tal vez poco después de su saqueo. La *Lista real de Babilonia A* del primer milenio sitúa a sus reyes entre las dinastías que gobernaron en sucesión desde la de Hammurabi hasta el comienzo de la dinastía neobabilonia (en 626 a.e.c.) y asigna a la dinastía casita el período más largo de gobierno: treinta y seis reyes que gobernaron quinientos setenta y seis años y nueve meses. Podemos fechar el fin de la dinastía en 1155. Si sumamos los años que da la lista real a esa fecha, su inicio quedaría ubicado en el siglo XVIII, cuando Samsuiluna controlaba Babilonia con seguridad. Queda claro entonces que en la lista real aparecen también los antepasados de los reyes casitas y que la fecha de su acceso al trono de Babilonia no nos es conocida. Cuando fuerzas externas acabaron con el gobierno casita en 1155, una dinastía que la *Lista real de Babilonia* indica como oriunda de Isin se hizo con el control de la tierra (para una lista de gobernantes, véase la sección 13 de las Listas de Reyes al final del libro). Sus gobernantes vieron como el país derivaba en un declive generalizado que duraría más de cien años. Los casitas eran inmigrantes recientes a Babilonia, diferenciados de la población más antigua, y hablaban una lengua sin relación lingüística con ninguna otra lengua que conozcamos. Hasta el siglo XIII todos sus reyes tenían nombres casitas y luego algunos asumieron nombres acadios. A pesar de la adhesión oficial al casita, esta lengua no ejerció mucha influencia en la cultura babilonia. No se ha encontrado ningún texto entero escrito en esa lengua y solo unas pocas palabras casitas aparecen en otros contextos. Existen dos listas de vocabulario acadio-casita que indican que la lengua casita tenía interés al menos en círculos académicos, pero estos eruditos no compusieron obras en casita. Igualmente, los casitas tenían su propio panteón, que fundamentalmente conocemos por la onomástica. Sus dioses no adquirieron relevancia en el culto de Babilonia, sin embargo. Los únicos dioses a los que se construyeron santuarios fueron las divinidades patronas del rey, Shuqamuna y Shumaliya. Tenían importancia en los

rituales de coronación y una capilla en palacio. Pero por lo demás los reyes casitas honraban a los dioses babilonios antiguos como propios (figura 9.1). Como sucediera antes con los amorreos, los casitas obtuvieron poder político, pero no tuvieron un impacto cultural.

Sin embargo, pueden haber afectado sustancialmente a la estructura social de Babilonia. Los casitas se organizaban en unidades familiares y tribales, y seguían refiriéndose a esas unidades tras haber tomado el control de las ciudades. Identificaban a las personas como pertenecientes a la «casa de Fulano» (en acadio, *bit* + nombre de persona), nombrada a partir de un ancestro, que puede haber sido una persona real o un personaje ficticio. Los hombres eran «hijos» de ese ancestro. Estas casas incorporaban distintas aldeas y zonas agrícolas y se convertían en entidades administrativas. Cuando los casitas perdieron el control político, permanecieron en Babilonia y en las áreas circundantes, y mantuvieron su organización en casas con nombres casitas ancestrales. Siguieron siendo las unidades administrativas en ciertas zonas tras el fin de la dinastía, por lo que la influencia casita en la estructura social babilonia fue duradera. No sabemos cómo se relacionaban estas unidades con el poder del rey en la capital. Los reyes de otros estados del Próximo Oriente se referían a sus colegas casitas como «reyes de la tierra de Karduniash», siendo lo último un término para Babilonia que puede haber sido casita en origen. En algunas fuentes asirias el gobernante babilonio era llamado «rey de los casitas». Esta dualidad probablemente refleje la realidad política. Los casitas tenían el poder político, pero seguían siendo lo suficientemente diferentes del resto de la población como para ser vistos como un grupo separado. Su falta de raíces en una sola ciudad facilitó el desarrollo de una ideología en la que gobernaban un estado territorial. En el período casita, la idea de la tierra de Babilonia arraigó sólidamente.



Figura 9.1. Estela casita de la diosa babilonia Lama. Aunque los casitas tenían su propio panteón, continuaron honrando a las divinidades babilonias de antiguo y les consagraban objetos culturales tradicionales. La inscripción sumeria de esta estela afirma que un funcionario con nombre casita erigió la figura de la diosa Lama como ofrenda por la vida del rey Nazi-Maruttash y se la dedicó a la diosa Inanna. Se encontró una copia exacta de la estela con la misma inscripción en Uruk. The

Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Donación de E. S. David, 1961 (61.12). Alabastro.
Dimensiones: 83,82 × 30,48 × 20,32 cm.
Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

La creación de este estado tuvo lugar en los siglos XVI y XV, extremadamente mal conocidos. Los textos de Tell Muhammed, a las afueras de la actual Bagdad, mencionan los nombres de dos de los primeros reyes casitas en tablillas fechadas entre treinta y cuarenta años «después de que Babilonia volviera a poblarse», lo que sugiere que los casitas tomaron el control poco después del saqueo hitita de 1595. En torno a 1475, un casita llamado Ulamburiash se convirtió en señor del País del Mar y reemplazó a la «Dinastía del País del Mar» que había gobernado el sur de Babilonia quizá desde la desaparición del control por parte de la ciudad de Babilonia en el siglo XVIII. Recreó así la Babilonia unificada de los días de Hammurabi y en el siglo XIII sus sucesores habían extendido el control casita más allá de esas fronteras. La región de Diyala, al este del Tigris, estaba en sus manos y un gobernador casita residía en la isla de Dilmun (la actual Bahrein) en el golfo Pérsico. Así, Babilonia pertenecía por derecho a las grandes potencias de la época y de hecho sus vecinos la reconocían como tal. La correspondencia de Amarna de los reyes de Egipto contiene catorce cartas de o para Babilonia. Dos reyes consecutivos fueron quienes mantuvieron esa correspondencia: Kadashman-Enlil I (reinó entre 1374? y 1360) y Burnaburiash II (reinó entre 1359 y 1333). Sus cartas se ocupaban casi por entero de matrimonios diplomáticos y el intercambio de sustanciosos regalos de boda y dotes. Surgieron ciertos problemas políticos, de todos modos, que demuestran el cambio de relaciones de poder en Mesopotamia. Asur-uballit I de Asiria había establecido contacto con Egipto, lo que llevó a Burnaburiash a quejarse airadamente, diciendo que se trataba de un vasallo de Babilonia que no podía actuar independientemente en tales asuntos (ver [capítulo 6](#)).

La reivindicación babilonia de soberanía sobre Asiria era por entonces ciertamente nada realista, si es que alguna vez lo fue. Asur-uballit I (reinó entre 1363 y 1328) había hecho a Asiria tan poderosa que Burnaburiash tomó a su hija como esposa principal. Cuando el rey de Babilonia murió, su hijo Kara-hardash heredó el trono, pero unos rebeldes lo asesinaron. Asur-

uballit no se tomó bien el asesinato de su nieto e invadió Babilonia para poner a Kurigalzu II (reinó 1332-1308) en el trono. Era ya imposible dudar de la importancia de Asiria. Babilonia no vivió bajo dominio asirio, sin embargo. Continuó siendo uno de los grandes estados de la época y, como tal, otros reyes que necesitaban legitimar su propio gobierno cortejaban al rey de Babilonia. Así, vemos que Hattusili III de Hatti contactó a Kadashman-Enlil II (gobernó 1263-1255) cuando el segundo ascendió al trono, pidiendo una continuidad en las buenas relaciones.

Nuestra fuente principal para la historia socioeconómica del período es un archivo administrativo de considerables contenidos que fue excavado en Nippur y se dedica en su mayoría a los reinados entre Burnaburiash II y Kashtiliashu IV (*ca.* 1360-1225). Desgraciadamente, de unas 12 000 tablillas halladas tan solo una octava parte ha sido publicada hasta la fecha. Muestran una administración muy centralizada bajo un gobernador que estaba a cargo de la provincia de Nippur. Dirigía una oficina agrícola que reunía cosechas y productos animales, a menudo en cantidades descomunales. Luego se redistribuían a dependientes institucionales como raciones, cuyas cantidades dependían del rango del receptor en la jerarquía. Los receptores incluían administradores, funcionarios culturales, personal militar, y trabajadores. Aunque la posición de gobernador era secular, podía haber ostentado también el cargo de sumo sacerdote del patrón de Nippur, Enlil. El templo de este dios parece haber sido una de las instituciones más importantes de la región en la época y el control de sus bienes hacía que el gobernador de Nippur fuera el segundo en rango, solo por debajo del rey. El templo ofrecía a quien lo necesitara préstamos y anticipos, posiblemente a cambio de trabajo, lo que puede haber llevado a una situación de endeudamiento similar a la que encontramos en otros lugares del Próximo Oriente en esta época. Hay pocos textos de otras zonas del estado casita y el estudio de su economía y sociedad es difícil. Aunque el nivel de urbanización en la región era inferior al de la primera mitad del segundo milenio, hubo una considerable reconstrucción de ciudades. Los reyes casitas patrocinaban la actividad de construcción por toda Babilonia. Entre estos proyectos encontramos la construcción de una nueva capital, llamada Dur-Kurigalzu, «fortaleza del rey Kurigalzu», muy al norte de la zona de

Babilonia. Tenía una extensión de unos cinco kilómetros e incluía un amplio palacio y un templo, con una torre elevada construida con una serie de plataformas de adobe (figura 9.2). Semejante torre es llamada zigurat en la academia actual, por el término acadio *ziqquratu*. El por otra parte apenas conocido Kurigalzu I construyó la ciudad a principios del siglo XIV, lo que muestra que por entonces la corte tenía ya capacidad de controlar por sí misma gran cantidad de recursos.

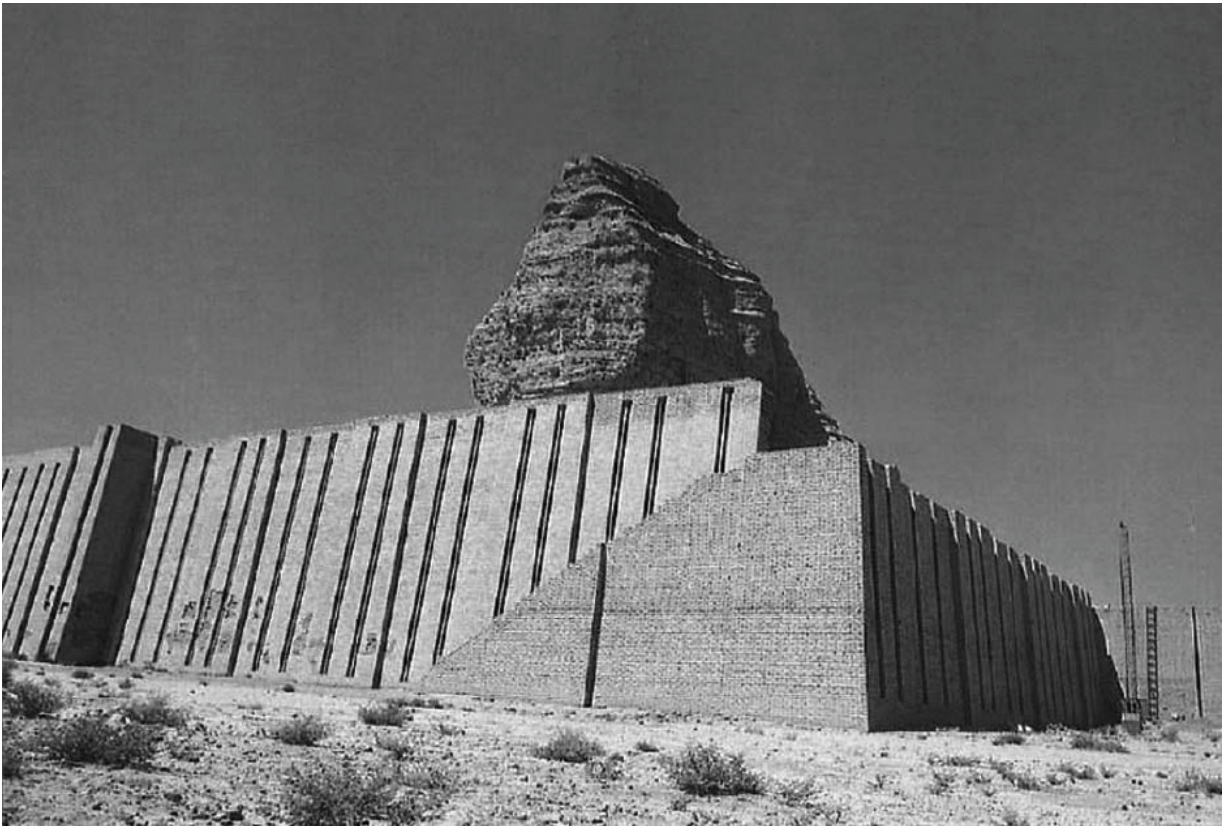


Figura 9.2. Restos del zigurat de Dur-Kurigalzu. El núcleo de la ciudad zigurat de Dur-Kurigalzu, cerca de la actual Bagdad, está relativamente bien conservado porque sus constructores colocaron capas de esteras de juncos empapadas en bitumen a intervalos regulares para drenar el agua de lluvia. Los restos alcanzan todavía los 57 metros de altura y tras la excavación los arqueólogos restauraron los niveles inferiores de esta torre-templo.

Créditos: Marc van de Mieroop.

El fin de la dinastía fue resultado de la presión combinada de Asiria y Elam. Tukulti-Ninurta I (gobernó entre 1233 y 1197), continuando una expansión gradual de Asiria que había comenzado a principios del siglo XIII, invadió Babilonia y depuso a Kashtiliashu IV (gobernó entre 1232 y 1225),

a quien llevó encadenado a Asur. El final del archivo de Nippur en este momento probablemente no sea una coincidencia. Tras asumir personalmente el gobierno de Babilonia durante un breve tiempo, Tukulti-Ninurta nombró una serie de gobernantes títere, que representaron los intereses de Asiria una década. La presión elamita y el triunfo de una rebelión babilonia devolvieron Babilonia al control casita, pero las depredaciones de Elam acabaron llevando al colapso de la dinastía casita en 1155. En textos literarios posteriores la captura de la estatua de Marduk y su exilio a Susa simbolizaron el fin de esta era. Los elamitas no asumieron el control de Babilonia; ese rol fue asumido por una dinastía no casita, a la que listas reales posteriores denominan Segunda dinastía de Isin. Su rey más famoso y enérgico fue Nabucodonosor I (gobernó entre 1125 y 1104), que se vengó de Elam, saqueó Susa y recuperó la estatua de Marduk. Su propio éxito duró poco, sin embargo, y poco después de su reinado Babilonia pasó a la oscuridad histórica. El declive de la región se achaca a menudo a la invasión de los arameos, pero ha de considerarse en el contexto más amplio del fin del sistema global en el Próximo Oriente de la época, que estudiaremos en el siguiente capítulo.

Una práctica de la dinastía casita que continuó durante el segundo período de Isin fue que el rey entregaba considerables cantidades de tierra a miembros de su familia, funcionarios, sacerdotes y personal militar. Estas concesiones eran registradas en estelas de piedra, decoradas con símbolos que representaban a los dioses e inscritas con una declaración en la que el rey exponía en detalle qué tierra era entregada a quién. Las piedras en sí eran denominadas con el término acadio *kudurru*, que también significa ‘frontera’. Rara vez se dan las razones de esas concesiones, pero parecen haber sido recompensas a servicios especiales u ofrecidas en apoyo a un culto. Las áreas en cuestión podían ser muy extensas, de media lo suficientemente grandes como para alimentar a doscientas personas. A veces se incluía en la donación el trabajo de los aldeanos o las fincas quedaban exentas de impuestos. Estas propiedades se donaban en perpetuidad a miembros seleccionados de las élites, pero solo para fines especiales, y parece cuestionable que las estelas documenten las prácticas estándar de la propiedad de tierras de la época.

Aunque los casitas eran en origen extranjeros en Babilonia y mantuvieron su propia lengua, al menos en sus nombres, no ralentizaron el desarrollo de la cultura babilonia. Por el contrario, estos siglos fueron cruciales para la creación de un corpus literario babilonio en lengua acadia, una actividad que la corte casita patrocinó. Los escribas y autores no abandonaron el sumerio como lengua de cultura y de culto, y preservaron una parte del corpus literario del período paleobabilonio en esa lengua. Añadieron a varios de los textos una traducción acadia, puesta por escrito en un formato donde la versión acadia seguía cada línea sumeria. Además, usaron una forma un tanto artificial de sumerio para componer textos literarios y religiosos sumerios adicionales e inscripciones reales e inscribieron muchos sellos cilíndricos de la época con oraciones en lengua sumeria. Está claro que una élite letrada llevaba la iniciativa en la preservación del sumerio como lengua de alta cultura.

Es en la literatura acadia donde podemos ver la mayor creatividad del período. Se desarrolló un dialecto literario, que los expertos modernos denominan babilonio estándar, muy inspirado por el acadio del período paleobabilonio. El babilonio estándar siguió siendo el dialecto literario de toda la historia de Mesopotamia restante, tanto en Babilonia como en Asiria y aunque los vernáculos ejercían cierta influencia, conservó una gramática y vocabulario particulares. Buena parte de la literatura de este período se conoce solamente por manuscritos del primer milenio, o bien de finales del segundo milenio de zonas fuera de Mesopotamia. Es evidente, sin embargo, que se compusieron en la Babilonia del segundo milenio y en el primer milenio se reconocía la importancia de los escritores de este período. Los escribas de la Babilonia del primer milenio se agrupaban en «familias», cuyos ancestros epónimos tenían los nombres de Sin-leqe-unninni, Hunzu'u, Ekur-zakir y Ahhutu, y se ha sugerido que estas familias se remontan al período casita. Sin-leqe-unninni recibió también la atribución de haber compuesto la versión de la *Epopeya de Gilgamesh* que se hizo estándar en el primer milenio. Estos hallazgos sugieren la importancia de la producción literaria del período casita, muy variada también en su naturaleza. Reflejan la cultura palaciega de la época y varios reyes son alabados en himnos por sus hechos culturales y militares. Durante la

Segunda dinastía de Isin, hay una sensación de que el individuo disfruta de menor seguridad que en el período paleobabilonio. El ser humano es presentado como víctima de los caprichos de los dioses, por ejemplo, en el *Poema del justo sufriente*. Es un monólogo donde el hablante describe cómo cayó de la fama y la fortuna a la desgracia, la miseria y la enfermedad. No hay explicación para ese sufrimiento, excepto que el dios Marduk lo haya infligido por razones desconocidas.

Los sucesos militares y culturales inspiraron la composición de algunos textos literarios. En este período, la importancia del dios Marduk en el culto aumentó por toda Babilonia. Durante el festival de Año Nuevo, un ritual de renovación y regeneración, su estatua tenía que volver a ser introducida en la ciudad de Babilonia. La ausencia de la estatua, por lo tanto, tenía un efecto desastroso en el culto y su recuperación fue un notable logro. Distintos textos tratan este asunto: en uno de ellos, la llamada *Profecía de Marduk*, el dios narra cómo dejó Babilonia en tres ocasiones en esta época para ir a Hatti, Asur y Elam. Parecen ser referencia al saqueo de Babilonia por Mursili I, Tukulti-Ninurta I, y Kutir-Nahhunte. Otro texto literario asigna la primera recuperación a un rey casita por lo demás desconocido, Agum, que pudo haber vivido en el siglo XVI. Uno de los sucesores de Tukulti-Ninurta parece haber devuelto la estatua voluntariamente a mediados del siglo XII y Nabucodonosor I arrebató la estatua a los elamitas, hecho que fue aclamado repetidamente en la literatura. El logro de Nabucodonosor probablemente llevara a la composición de una de las obras más famosas de la poesía babilonia, el llamado *Poema de la Creación*. Describe cómo Marduk alcanza la realeza entre los dioses tras derrotar a las fuerzas del caos, personificadas por el mar, Tiamat. Luego, organiza el universo y construye la ciudad de Babilonia como residencia terrena de los dioses. El mito refleja por tanto una ideología en la que la ciudad mantenía una posición de importancia universal.

Y en verdad la cultura de Babilonia tuvo un impacto en todo el mundo del Próximo Oriente. En todas las cortes de la segunda mitad del segundo milenio se guardaban, copiaban e imitaban manuscritos de textos literarios y académicos babilonios. Así, el palacio de Hattusa, por ejemplo, poseía copias de textos léxicos, himnos, encantamientos y textos médicos, algunos

de ellos en bilingüe sumerio y acadio. Aún más, se conservaron varias versiones de la *Epopeya de Gilgamesh*: una versión babilonia y traducciones al hitita y al hurrita; y había relatos de los reyes acadios antiguos Sarón y Naram-Sin en babilonio. En cortes más pequeñas encontramos la misma situación. En Emar en Siria, el corpus de textos babilonios incluye presagios y encantamientos, listas léxicas y fragmentos de la epopeya de Gilgamesh y de otras obras de literatura sumeria y acadia. Incluso en Egipto, con su propia tradición literaria bien diferenciada, se encontraron manuscritos de textos léxicos y literarios en Amarna. Incluyen los mitos de Adapa y de Nergal y Ereshkigal, y una historia sobre Sargón de Acad. Eran la producción de unos escribas de palacio adiestrados para mantener la correspondencia en lengua babilonia entre las cortes. Aunque es posible que estos hombres viniesen en origen de la misma Babilonia, al menos en las cortes de mayor tamaño, los nativos aprendían a leer y escribir babilonio y transmitían ese saber a sus hijos. Los vestigios literarios tenían una función práctica para la instrucción de escribas, pero es muy posible que la familiaridad con estas obras fuera una forma de las élites de distinguirse del grueso de la población.

Es en este momento cuando la literatura asiria se vio plenamente inspirada por Babilonia y a partir de este período no habrá distinción clara entre ambas tradiciones. Este influjo fue en parte el resultado de la admiración por la literatura babilonia generalizada en todo el Próximo Oriente, pero las acciones políticas en ocasiones aceleraron este proceso de adopción. Tras el saqueo de Babilonia por Tukulti-Ninurta, por ejemplo, se llevó consigo como botín tablillas literarias y académicas, y así puede haber establecido las bases de una biblioteca real en Asiria llena de manuscritos babilonios. Esto influiría a los autores locales. Las composiciones literarias asirias de la época incluyen géneros desconocidos en Babilonia, como la epopeya real, pero en estilo y lengua seguían el dialecto babilonio estándar.

Las imitaciones locales de los textos babilonios no siempre tenían éxito. Por ejemplo, en Elam se tallaron sellos cilíndricos al estilo casita con inscripciones en sumerio o acadio. La ignorancia de estas lenguas por parte del tallador hizo que se escribiesen líneas incompletas.

Aunque la influencia babilonia fue intensa en todas partes, no reemplazó las tradiciones culturales y literarias locales. Así, por ejemplo, en Ugarit literaturas en ugarítico y en hurrita coexistieron con la babilonia.

El patrocinio de la cultura literaria venía de los palacios. El que la literatura babilonia fuera conocida por todas partes de la región indica la fuerza de la cultura palaciega en este período. En su cuna cultural, Babilonia, esta creatividad fue apoyada por una dinastía extranjera, la casita, a la que se puede reconocer haber dado a la región su era de estabilidad más prolongada.

9.2. ASIRIA

Los propios asirios presentaban su historia como una larga sucesión de reyes —desde un remoto pasado presedentario hasta finales del siglo VII— que gobernaron la ciudad de Asur. El poder real pasó de una familia a otra en muchas ocasiones, pero no podemos, sobre esta base, dividir la historia en una secuencia de dinastías como hacemos en otros reinos del Próximo Oriente. En lugar de ello, los historiadores actuales usan una división tripartita vagamente definida en períodos antiguo, medio y neoasirios, que corresponden a períodos de relativa riqueza textual, reflejando cada uno de ellos una fase de la lengua asiria. La segunda mitad del segundo milenio es a menudo llamada período medioasirio.

La historia de estos siglos se escribe a menudo haciendo particular hincapié en reyes individuales de gran actividad y éxitos militares. Entre los siglos XIV y XI Asiria fue capaz de transformarse de pequeño estado en torno a la ciudad de Asur en un estado territorial de considerable tamaño y protagonista en asuntos regionales. Nuestras fuentes, en su mayor parte anales reales ([recuadro 9.1](#)) presentan este logro como resultado de continuas campañas militares. Este prejuicio se refleja en nuestras obras de historia modernas, pero no deberíamos ignorar los medios diplomáticos con los que Asiria alcanzó su estatus en el teatro internacional, ciertamente respaldados por su poder militar.

El primer gobernante de importancia de este período fue Asur-uballit I (1353-1318). Pudo establecer un firme control sobre el corazón de Asiria,

esto es, el valle del Tigris y las llanuras al este, de la ciudad de Asur a los montes del Tauro al norte. Previamente, Asiria nunca había sido más que una ciudad-estado, la ciudad de Asur y su *hinterland*, y en el siglo xv la Mitanni del norte de Siria probablemente ejercía dominio sobre ella. Nuzi, al este de Asur, estaba ciertamente bajo el poder de Mitanni y probablemente el rey de Asur fuese también un vasallo. Cuando los hititas atacaron el reino de Mitanni desde el oeste, Asur-uballit consiguió anexionarse sus territorios orientales. Se estableció como una figura de importancia internacional. Se encontraron en Amarna dos cartas que escribió al rey de Egipto, donde pretendía obtener un estatus al menos igual al del rey de Mitanni. Esta maniobra diplomática con Egipto suscitó una reacción airada por parte de Burnaburiash II, que instó a su colega egipcio a considerar Asiria vasallo de Babilonia. Pero la importancia de Asiria no podía ser negada y el propio rey de Babilonia se casó con una princesa asiria, Muballitat-sherua. Cuando su hijo Kara-hardash fue asesinado en una revuelta, Asur-uballit intervino, depuso al aspirante casita al trono y lo reemplazó por Kurigalzu II.

Recuadro 9.1. ANALES REALES DE ASIRIA

A finales del período medioasirio, durante el reinado de Tiglatpileser I (1114-1076), apareció un nuevo género de inscripción real que aporta relatos de acontecimientos militares con una organización cronológica de gran detalle: los anales reales. Relatos de este tipo se hicieron cada vez más numerosos y elaborados y a finales del período asirio el corpus legado por cada gobernante concreto era extenso. Los anales describen año por año dónde realizó campañas el rey, qué lugares conquistó y qué botín se trajo. Aunque hay textos de anales que describen un único año, la mayoría incluyen varios años hasta el momento de la composición del texto. Cada año se identificaba con una campaña. Versiones de la misma campaña escritas en momentos diferentes a menudo dan relatos distintos de lo sucedido. Esto podría ser una abreviatura del informe original, puesto que se da más importancia y detalles a lo que sucedía justo antes del momento de la composición. Pero también podría tratarse de una reescritura de episodios para reflejar cambios en la situación política. Por ejemplo, el rey Senaquerib (reinó entre 704 y 681) tuvo grandes dificultades con Babilonia y realizó allí repetidas campañas para establecer un gobierno que le fuese leal. Una solución que probó fue poner en el trono a un hombre local, Bel-ibni, y en los primeros relatos de anales así lo afirmaba. Pero la solución no funcionó y a los tres años Bel-ibni tuvo que ser reemplazado por un príncipe asirio. Los anales escritos tras esa fecha no mencionaban a Bel-ibni, aun cuando hablaban del gobierno de Babilonia, pues el sujeto ya no tenía relevancia alguna. Si bien los anales puedan

parecernos factuales, aunque con grandes subjetividades, han de usarse como fuentes históricas de una manera crítica.

Muchos de los textos de anales eran parte de inscripciones monumentales en edificios y se estructuraban en tres secciones principales: títulos y genealogía del rey; relato año por año de sus acciones militares hasta el momento de la composición; y descripción del proyecto de construcción emprendido en ese momento. Como resultado, aportan un marco cronológico para las actividades de construcción. A menudo se escribían en arcilla, en tablillas, tambores y cilindros, y se solían enterrar en depósitos fundacionales o se esculpían en relieves de piedra o estelas. Estos objetos se fabricaban a menudo con esmero ([figura 9.3](#)). El foco en la guerra de los anales y la abundancia de detalles sobre las campañas ha llevado a la situación de que las reconstrucciones modernas de la historia de Asiria son fundamentalmente militares. No deberíamos concluir a partir de ellas que los asirios eran más militaristas en su actitud que sus vecinos, cuyas inscripciones no presentan el mismo énfasis.

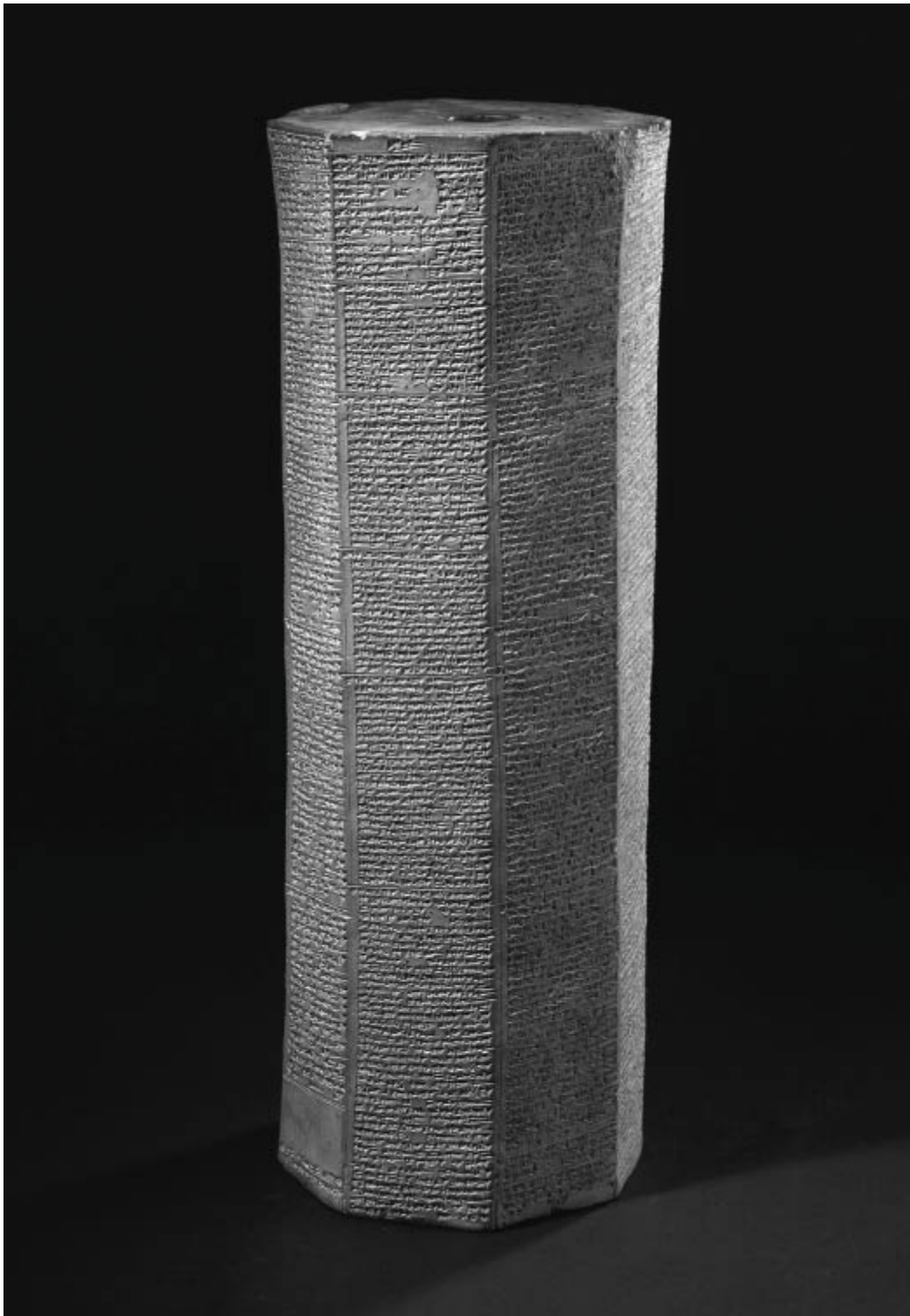


Figura 9.3. Prisma octogonal con inscripción dedicatoria de Tiglat Pileser I, de Asur. Este prisma octogonal es un excelente ejemplo de lo elaboradas que podían ser las inscripciones monumentales en Asiria y del esmero en la elaboración de los objetos. Es el primer ejemplo conservado de anales que daban un relato año por año de las campañas militares en el reinado de un rey hasta la fecha de composición del texto, en este caso el quinto año de Tiglatpileser. El texto es conocido por

numerosos prismas octogonales y fragmentos que se colocaron en los cimientos del templo de Anu-Adad en Asur. Vorderasiatisches Museum, Staatliche Museen, Berlín (Inv. VA 8255), 1109 a.e.c. Terracota, 56 cm de altura, diámetro 17,5 cm.

Créditos: © Photo Scala, Florence/BPK, Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte, Berlín.

La muerte de Asur-uballit causó un retroceso temporal en la dimensión internacional de Asiria, pero poco después tres reyes de dilatadas vidas, cuyos reinados cubren casi un siglo entero, convirtieron el país en una gran potencia: Adad-nirari I (1295-1264), Salmanasar I (1263-1234) y Tukulti-Ninurta I (1233-1197). El foco principal de su actividad militar fue el oeste, donde poco a poco transformaron la zona del antiguo estado de Mitanni al este del Éufrates en territorio controlado directamente por Asiria. Al principio, el rey de lo que los asirios llamaban Hanigalbat se convirtió en vasallo. Pero cuando se rebeló, Salmanasar I ocupó las zonas oriental y meridional de su estado y erigió fortalezas y centros administrativos. Una rebelión posterior en zonas del norte y el oeste llevó a Tukulti-Ninurta I a anexionarse la totalidad del norte de Siria al este del Éufrates, donde hizo frente a los hititas, que seguían controlando la Siria occidental. Los dos estados tuvieron una relación conflictiva. Al principio, Tukulti-Ninurta ofreció la paz a su colega Tudhaliya IV, pero al mismo tiempo se preparó para invadir la Anatolia oriental y derrotó a un ejército hitita venido a hacerle frente. También inició maniobras diplomáticas con algunos vasallos hititas en Siria occidental y cruzó el Éufrates al menos en una ocasión. Afirmaba haber «desarraigado a 28 000 hititas», pero no se anexionó ningún territorio.

La aceptación diplomática de Asiria en la liga de los grandes estados fue lenta. Después de que Adad-nirari estableciese un control *de facto* sobre el área de Mitanni, escribió al rey de Hatti llamándolo hermano. El gobernante hitita respondió con grosería: «¿Por qué razón debería escribirte yo de hermandad? ¿Acaso nacimos tú y yo de una misma madre¹?». Poco después, la realidad de que los reyes asirios estaban entre los grandes gobernantes ya no podía negarse. Sucesivos reyes hititas llevaron a cabo intercambios diplomáticos con Adad-nirari I y Salmanasar I. Usaron tanto acercamientos amistosos como amenazas, pero probablemente quisieran evitar un conflicto abierto. A veces ambos países estaban oficialmente en

guerra. Cuando Tudhaliya IV a finales del siglo XIII cerró un tratado con Shaushga-muwa de Amurru, pidió tropas de apoyo contra Asiria a su vasallo. Como vimos, el tratado también buscaba restringir el acceso comercial de Asiria al Mediterráneo, prohibiendo a Amurru tratar con mercaderes asirios ([documento 8.2](#)).

La administración asiria de los territorios occidentales se centraba en torno a asentamientos ubicados en localizaciones estratégicas y conectados por canales y carreteras. Estas últimas a veces cruzaban la estepa y estaban dotadas de pozos a intervalos regulares. Los centros asirios probablemente se situaran en centros donde proteger rutas comerciales y controlar los distritos de su entorno. Los registros hallados en ellos documentan cómo los funcionarios asirios emplazados en ellos gestionaban sus asuntos sin dar mucha voz a las opiniones locales. No se intentó convertir a los sirios en asirios o adaptar las prácticas locales en modo alguno. La preocupación principal de los registros era la producción agrícola. Grupos de trabajadores cultivaban los campos y dependían directamente de la administración asiria, que los sustentaba con raciones. Salmanasar I introdujo un nuevo método de control de la población local: deportaba grupos enteros dentro de la misma Hanigalbat, con sus familias y propiedades. Tukulti-Ninurta I extendió esta práctica, deportando habitantes del norte de Siria a Asiria, donde eran puestos a trabajar en obras públicas y en la agricultura. Así, el norte de Siria se convirtió en una fuente importante de productos agrícolas y trabajadores para Asiria.

La expansión asiria en el siglo XIII no se limitó al oeste. Las campañas se extendieron a territorios al norte de Siria, en Anatolia oriental, y la presión asiria puede haber movido a los habitantes de esa zona a constituir estados o federaciones. Los relatos comienzan a referirse a regiones como Nairi y Uruatri, donde se desarrollaría en el primer milenio el importante estado de Urartu. Las tribus de montaña del este, a las que los asirios seguían refiriéndose por sus nombres arcaicos, como guteos o de Subaru, eran también objetivo de campañas. Babilonia volvió a estar bajo control asirio cuando Tukulti-Ninurta I venció a Kashtiliashu IV, un acontecimiento descrito en un largo poema épico. Asumió los títulos de «rey de Asiria y rey de Karduniash, rey de Sumer y Acad, rey de Sippar y Babilonia, rey de

Dilmun y Meluhha, rey de los mares Superior e Inferior, rey de las tierras de las gentes de Subaru (y) los guteos, y rey de todas las tierras de Nairi»², asumiendo así el control de una gran extensión de territorio. Pero este período de fuerza acabó abruptamente con su asesinato y la consiguiente confusión en Asiria, que dio a los pueblos no sedentarios la oportunidad de obtener influencia política en el este de Anatolia y el norte de Siria. En Siria, los arameos tomaron el control de muchas ciudades. Dos reyes detuvieron temporalmente el declive de Asiria: Asur-resha-ishi (reinó entre 1132 y 1115) estabilizó la región a nivel interno y Tiglatpileser I (reinó entre 1114 y 1076) llevó a cabo agresivas campañas en todas direcciones. Al oeste, luchó con los arameos y los mushku y llegó al Mediterráneo. Al sur, saqueó Babilonia, que, sin embargo, pudo responder y capturar Ekallatum, cerca de Asur. Al norte, Tiglatpileser llegó a las costas del lago Van. Sus éxitos, sin embargo, fueron efímeros y en torno a 1050 Asiria se vio reducida a su núcleo, con los arameos controlando la mayoría del norte de Siria y grandes partes de Mesopotamia. Siguió un período de un siglo de oscuridad total.

Los éxitos militares aportaban los recursos económicos para la actividad de construcción en la propia Asiria. El proyecto de mayor envergadura fue la construcción por parte de Tukulti-Ninurta de una nueva capital, llamada Kar-Tukulti-Ninurta, enfrente de Asur en el Tigris. La construyó tras derrotar a Babilonia y usó para ello el botín de esa campaña. La ciudad fue fundada en suelo virgen y cubría un área enorme, unas 240 hectáreas o más. Su centro contenía una ciudad interior de masivos muros, con un templo al dios Asur y dos grandes palacios. Los documentos revelan que la mano de obra provino de deportados sirios. La vida de la ciudad como capital fue sin embargo breve. Tras el asesinato de Tukulti-Ninurta quedó relegada a un lugar de estatus secundario.

La sociedad medioasiria reflejaba en gran medida el militarismo del estado. En el corazón de Asiria, la corona poseía buena parte de la tierra de cultivo y la otorgaba como concesión a hombres y sus familias a cambio de su trabajo. Cuando alguien era llamado a prestar servicios, se decía que se unía al «ejército», aunque no todos los deberes fueran militares. Por ejemplo, la participación en proyectos de construcción también era

requerida. A cambio, el estado daba campos que casi podían tratarse como una propiedad privada. Las parcelas se transmitían de padre a hijo y podían venderse a otra persona sin la interferencia de palacio. Pero cuando el tenedor fallaba en sus obligaciones o no tenía herederos, la tierra volvía a palacio, aunque hubiera sido vendida. Para cumplir con los requisitos de servicio, los propietarios podían emplear a un sustituto, que a menudo había contraído deudas con ellos. Como en otras sociedades del Próximo Oriente de la época, en Asiria el nivel de endeudamiento también era elevado y muchos de los contratos conservados son préstamos avalados por el trabajo del deudor.

Entre los registros oficiales del período hay un grupo de tabillas que llamamos *Leyes medioasirias* y *Decretos de Palacio* ([documento 9.1](#)). Indican que las reglas sociales estaban reguladas de una manera muy estricta, especialmente en lo que se refiere a las mujeres, que dependían totalmente de sus maridos y padres para su sustento y sufrían duros castigos ante cualquier transgresión. Una esposa cuyo marido había sido capturado por un enemigo tenía que esperar dos años antes de poder volver a casarse. Mientras, su padre o hijos la mantenían y, si no estaban presentes, la comunidad. Si el primer marido volvía después de los dos años, tenía que volver a aceptarla, aunque los hijos del segundo marido permanecerían con su padre. El castigo por crímenes era a menudo la mutilación corporal. A una mujer que hubiera sido vista robando, su marido le cortaría las orejas o la víctima la nariz. El comportamiento público sufría un rígido control. Aunque las mujeres casadas podían salir solas de casa, tenían que cubrirse la cabeza; pero las mujeres solteras, las esclavas y las prostitutas tenían prohibido hacerlo. Una prostituta que se cubriese recibía veinte latigazos, se le quitaba la ropa y se le vertía pez ardiendo sobre la cabeza. Cualquiera que no comunicase dichas transgresiones también sería castigado severamente. Los *Decretos de Palacio medioasirios* regulaban el comportamiento en la corte y se dedicaban sobre todo a las mujeres. El acceso a las mujeres estaba controlado y se registraba a los extraños, probablemente para ver si estaban castrados. Si una mujer de palacio se reunía con un hombre sin acompañante, ambos serían ejecutados. Si un sirviente hablaba a una mujer de palacio con los hombros desnudos,

recibiría cien latigazos. Las *Leyes* y los *Decretos de Palacio* reflejan una sociedad con reglas de conducta impuestas por la corte muy duras y estrictas.

9.3. EL REINO MEDIO ELAMITA

En la frontera oriental del mundo del Próximo Oriente de la segunda mitad del segundo milenio, el estado de Elam se desarrolló en las mismas líneas que sus grandes vecinos, aunque su rol en el sistema internacional mantuvo una importancia secundaria (para una lista de reyes, ver la sección 14 de las Listas de Reyes al final del libro). Tras la derrota de Elam por Hammurabi de Babilonia en el siglo XVIII, su anterior unidad política probablemente saltara en pedazos. Solo pudo darse la vuelta a esta situación a partir de 1400 más o menos, pero ya desde 1500 los gobernantes de Susa se referían a sí mismos como «reyes de Anshan y Susa» en elamita. Después de 1400, las tierras bajas de la Susiana al oeste se unificaron con las tierras altas de Anshan, unos quinientos kilómetros al sureste, y la costa de golfo Pérsico, unos cuatrocientos kilómetros al sur. El estado elamita era así una gran entidad geográfica, que unía a poblaciones de entornos culturales diversos. Mesopotamia tenía mucha influencia en las tierras bajas occidentales, mientras que las tierras altas conservaban las tradiciones locales. Esta diferencia resulta clara en el uso de lenguas y en las prácticas religiosas. El acadio de Babilonia había sido usado en fases precedentes de la historia elamita y en esta fue lengua oficial inicialmente. Después de 1400, la lengua elamita asumió ese papel. Igualmente, en la primera parte del período las divinidades mesopotámicas eran populares en Susa, aunque también se adoraba a dioses elamitas. A partir de 1400, los dioses elamitas acabaron dominando el culto oficial.

A la hora de escribir la historia de este período, dependemos fundamentalmente de inscripciones en edificios y solo la presencia del nombre de un rey en distintos lugares nos permite determinar la extensión de su estado. Además, las inscripciones a menudo aportan información genealógica, por lo que podemos reconstruir la secuencia de reyes con cierta seguridad, aunque los expertos siguen sin ponerse de acuerdo en

algunos aspectos. Para fechar a cualquiera de estos gobernantes, dependemos de sincronías con Mesopotamia. Las fuentes babilonias a veces dan cuenta de choques militares con Elam y hay algunas cartas que tratan matrimonios dinásticos. En general, con todo, nuestro conocimiento de los hechos es vago.

Tres dinastías gobernaron sucesivamente Elam entre 1500 y 1100. De la primera, que gobernó hasta 1400, disponemos de menor cantidad de información. Todo lo que tenemos es una lista de los nombres de cinco gobernantes, sin su filiación, por lo que ni siquiera podemos saber si formaban una dinastía. Casi todos ellos llevaban el título de «rey de Susa y Anshan». Esto puede haber sido una ficción, de todos modos, porque no tenemos ninguna evidencia de su control fuera de la llanura de Susiana. Es incluso posible que también allí el poder del gobernante fuera limitado. El hecho mejor atestiguado de uno de ellos, Tepti-ahar, fue la construcción de un nuevo asentamiento, Kabnak (la actual Haft Tepe), a unos veinte kilómetros de Susa. Se ha propuesto que el traslado fuese obligado por la pérdida de control de Susa, pero no hay evidencias claras al respecto. En cualquier caso, si los primeros gobernantes medioelamitas tuvieron un dominio geográficamente extenso, no tuvieron la capacidad de dejar huella excepto en las tierras bajas occidentales.

Documento 9.1. SELECCIÓN DE LAS *LEYES* *MEDIOASIRIAS*

En contraste con el corpus unificado de leyes del Código de Hammurabi, las llamadas Leyes medioasiras son una serie de tablillas cuneiformes (numeradas de la A a la O en los estudios modernos), cada una de las cuales presenta una colección de cláusulas legales. Solo la tablilla A está bien conservada, las otras son fragmentarias en su mayor parte. Las Leyes medioasirias A se concentran en asuntos relativos a las mujeres como víctimas y actores principales en distintos contextos: herencia, agresión sexual, deudas, etc. Las cláusulas usan el mismo formato que las leyes de Hammurabi: «si... entonces», pero tienden a ser mucho más largas que las de códigos más antiguos. Aunque las colecciones datan del siglo XIV, solo las conocemos gracias a copias del siglo XI.

Tablilla A, párrafo 45

Si una mujer está casada y el enemigo captura a su marido y ella no tiene suegro ni hijo, esperará a su marido dos años. Si no tiene qué comer en esos dos años, se presentará y lo dirá.

Si pertenece a una comunidad dependiente del palacio, su [¿padre?] la alimentará y ella trabajará para él. Si es esposa de un soldado de rango bajo, [...] la alimentará [y ella trabajará para él]. [Si es la esposa de un hombre cuyo] campo y [¿casa no pueden sustentarla?], se presentará y dirá a los jueces, «No tengo [nada que] comer». Los jueces interrogarán al alcalde y a los líderes de la ciudad, y de acuerdo con la tarifa en vigor de los campos allí le asignarán un campo y una casa para su sustento durante dos años y se lo otorgarán. Vivirá allí y escribirán una tablilla para registrarlo. Dejará pasar dos años y podría entonces ir y vivir con el esposo de su elección. Le escribirán una tablilla como si fuese una viuda. Si después su esposo desaparecido volviera al país, volverá a tomar a su esposa que se había casado fuera de la familia. No tendrá derechos sobre los hijos que haya tenido con el nuevo marido. Su nuevo marido se los llevará. En cuanto al campo y casa que había vendido por la totalidad de su precio fuera de la familia para su sustento, si no se ha convertido en propiedad real, él tendrá que pagar todo lo que se dio y recobrarlos. Si no vuelve y muere en el extranjero, el rey dará su campo y casa a quien quiera.

Tablilla A, párrafo 47

Si un hombre o una mujer es descubierto practicando hechicería y se establecieran y probaran los cargos, matarán a quien hubiese practicado hechicería. Un hombre que oyera de boca de alguien que observase hechicería: «Yo mismo lo vi» irá y se lo dirá al rey. Si el testigo negase lo que le fue contado al rey, el testigo del rumor dirá frente al Buey divino, hijo del dios del sol: «De verdad me lo contó» y quedará limpio. En cuanto al testigo ocular que (primero) lo contó y luego lo negó, el rey lo interrogará como quiera y lo investigará. Un exorcista hará que el hombre hable cuando lo purifiquen y él mismo dirá: «Nadie te liberará del juramento que prestaste al rey y a su hijo. De acuerdo con la tablilla prestaste juramento al rey y a su hijo».

Traducción según Roth, 1997: 170-73.

La formación del estado medioelamita fue obra de la segunda dinastía de este período, cuyo fundador fue Igi-halki. Mantuvo su dominio unos dos siglos. La sucesión de reyes era poco habitual en el período en tanto que el trono iba pasando entre los descendientes de dos hijos de Igi-halki. El primer sucesor, Pahir-ishshan, fue seguido por su hermano Attar-kittah, cuyo hijo y nieto lo sucedieron. Luego el trono volvió a dos hijos de Pahir-ishshan sucesivamente, a los que siguieron descendientes de Attar-kittah. Pudo haber fricción entre los dos brazos de la familia, como vimos en otros estados de la época, pero la situación no está clara. El control de la dinastía sobre las tierras bajas está bien documentado por sus inscripciones de edificios, sin embargo, e incluía obras en Liyan, un puerto en el golfo Pérsico. Con mucho el mayor proyecto fue la construcción a finales del siglo XIV de una nueva ciudad a unos cuarenta kilómetros de Susa. Al-Untash-Napirisha, nombrada por su fundador, Untash-Napirisha. Su centro

era un zigurat descomunal rodeado por un recinto interior con numerosos templos. Dentro de un segundo recinto, había más edificios de carácter secular. El zigurat estaba dedicado a Napirisha, el gran dios de Elam y a Inshushinak, la divinidad patrona de Susa. La construcción era ciertamente monumental: contenía millones de ladrillos, buena parte de los cuales fue cocida con grandes gastos de combustible. Un nivel de ladrillos cocidos de dos metros de espesor contenía el núcleo interno de adobes. Cada décimo nivel de la capa exterior tenía una fila de ladrillos escritos con una dedicatoria de Untash-Napirisha a Inshushinak. Dada la solidez de su construcción, se trata del zigurat mejor conservado de todo el Próximo Oriente. Muchos de los templos del recinto interior estaban consagrados a divinidades puramente elamitas, mientras que algunos de los otros honraban dioses mesopotámicos populares en Susa. Se prestaba, pues, una atención creciente a las costumbres elamitas. Otra maniobra de alejamiento de las influencias mesopotámicas fue el paso a la lengua elamita en los registros oficiales del estado. Con pocas excepciones, las inscripciones de edificios ya no se escribían en acadio. Al-Untash-Napirisha, como muchas de las otras ciudades de nueva fundación de la época, no sobrevivió a su creador como capital. Aunque no fue abandonada, tuvo un estatus secundario frente a Susa desde poco después de la muerte de Untash-Napirisha.

Los últimos gobernantes de esta dinastía se implicaron militarmente en Babilonia. Cuando este estado se hallaba bajo el control de Tukulti-Ninurta I de Asiria, que nombró una serie de gobernantes títere, Kidin-Hutran III atacó la región oriental del Tigris. Entró dos veces en Babilonia, la primera vez conquistando Nippur, la segunda atacando Isin. Poco después de que los casitas recobrasen el control de Babilonia a la muerte de Tukulti-Ninurta en 1197, Kidin-Hutran también murió y un cambio de dinastía tuvo lugar en Elam.

Documento 9.2. INSCRIPCIONES MEDIOELAMITAS

Cuando Shutruk-Nahhunte se llevó un gran número de monumentos de ciudades babilonias a Susa, inscribió en varios de ellos un texto en lengua elamita, que identificaba el patrón original del monumento y dónde lo capturó. Estas inscripciones se colocaban en puntos

prominentes de los monumentos y mostraban claramente que pertenecían al rey elamita. Traducimos aquí tres de ellas.

1. En la estela de Naram-Sin, capturada en Sippar ([figura 4.1](#))

Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, el amado sirviente del dios Inshushinak, rey de Anshan y Susa, que ha hecho crecer el reino, que cuida de la tierra de Elam, señor de la tierra de Elam. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Sippar. Tomé la estela de Naram-Sin y me la llevé, trayéndola a la tierra de Elam. Para Inshushinak, mi dios, la erigí como ofrenda.

2. En una estatua de Manishtushu, capturada en Acad

Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, el amado sirviente del dios Inshushinak, rey de Anshan y Susa, que ha hecho crecer el reino, que cuida de la tierra de Elam, señor de la tierra de Elam. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Acad. Tomé la estatua de Manishtushu y me la llevé a la tierra de Elam.

3. En una estatua de Manishtushu, capturada en Eshnunna

Soy Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak, rey de Anshan y Susa. Cuando el dios Inshushinak me dio la orden, derroté a Eshnunna. Tomé la estatua de Manishtushu y me la llevé a la tierra de Elam.

Traducción según König, 1965: 76-77.

Los detalles de este cambio no nos son conocidos. Las inscripciones de edificios en la Susa de principios del siglo XII hablan de las actividades de un tal Shutruk-Nahhunte, hijo de Hallutush-Inshushinak y podemos documentar que sus descendientes gobernaron Elam durante lo que restaba de siglo. Shutruk-Nahhunte estaba casado con la hija mayor del casita Meli-Shipak (gobernó entre 1186 y 1172), pero las relaciones con Babilonia se tornaron extremadamente tensas. En 1158, Shutruk-Nahhunte invadió Babilonia, saqueó sus ciudades —700 según una inscripción elamita— y apartó del trono al rey casita. Trajo consigo una enorme cantidad de botín de todas las ciudades importantes, incluidos algunos de los monumentos más famosos de la antigua Babilonia, como la estela de Naram-Sin y el código legal de Hammurabi. En varios de estos monumentos Shutruk-Nahhunte inscribió un texto elamita donde conmemoraba su captura, identificaba dónde los consiguió y afirmaba que se los ofrecía al dios Inshushinak ([documento 9.2](#)). Esto explica por qué se han hallado tantos monumentos babilonios en Susa. El rey también juntó monumentos de otras ciudades elamitas, incluida Al-Untash-Napirisha y los radicó en Susa.

Debate 9.1. ¿POR QUÉ SE LLEVÓ SHUTRUK-NAHHUNTE MONUMENTOS BABILONIOS A SUSA?

Una de las grandes sorpresas de las excavaciones francesas en Susa en el oeste de Irán en torno a 1900 fue que sacaron a la luz un gran grupo de monumentos que claramente habían sido fabricados en Babilonia. Incluían obras muy famosas que hemos mencionado antes, como la estela de Naram-Sin y el Código de Hammurabi, pero el grupo era mucho mayor (ver Potts, 1999: 235 para una lista). Incluía monumentos que entonces tenían más de mil años de antigüedad, pero también hitos *kudurru* recientes. Todos ellos eran monumentos pesados de piedra y no habrían sido fáciles de transportar. Algunos de ellos eran especialmente masivos, como la estela de Hammurabi de 225 cm de altura, la estatua de tamaño natural de Manishtushu, y una estatua sedente de 89 por 52 cm, todas de piedra maciza ([figura 6.2](#) y Harper, 1992: 165 y 173 para imágenes). No todos ellos tenían inscripciones, pero los que las tenían indican que Shutruk-Nahhunte se los llevó de distintas ciudades de Babilonia (*e.g.*, Sippar, Acad) y áreas en su zona oriental (*e.g.*, Eshnunna). Aunque puede no haber sido quien se llevara todos los objetos babilonios hallados en Susa, ciertamente se llevó un buen número de ellos durante su campaña de 1158.

¿Por qué se molestó en hacer algo así —el transporte no pudo ser fácil— y qué sucedió después con los monumentos? Es posible verlo como una simple «colección de trofeos» (Carter y Stolper, 1984: 40), similar al saqueo alemán de las colecciones de arte europeas en la Segunda Guerra Mundial. El robo y exhibición de monumentos babilonios podría haber sido un intento de anunciar que Susa se había convertido en una gran ciudad y que sus señores eran herederos legítimos de los casitas (Carter, 1992: 122). También se ha propuesto que Shutruk-Nahhunte quisiera proteger los monumentos de daños futuros y que involuntariamente los expuso a violencia ulterior cuando el rey asirio Asurbanipal saqueó Susa en 646 (Harper, 1992: 161-162).

Estas explicaciones no tienen en consideración, sin embargo, el poder de estas imágenes. Los textos y las representaciones visuales muestran que la abducción de monumentos era un acto de guerra habitual en el Próximo Oriente antiguo. Cuando Shutruk-Nahhunte se llevó estos objetos no se trataba solamente de recuerdos del pasado, sino que seguían siendo manifestaciones de los gobernantes que representaban. Naram-Sin estaba presente en su estela y aún ejercía su poderío militar en la misma. Hammurabi seguía siendo un gran rey de justicia mediante su código legal. Al tomar el control de estos monumentos e inscribir en ellos su nombre, Shutruk-Nahhunte estaba usurpando los poderes de estos gobernantes del pasado (Bahrani, 1995). No era tímido a la hora de reconocer quién los había erigido, aunque puede haber borrado parcialmente las inscripciones originales, pero afirmaba que ahora era él quien los controlaba. Los exhibió públicamente para mostrarlo y algunos de ellos pueden haber seguido exhibidos durante muchos siglos. Una tablilla de época persa hallada en Sippar afirma que su escriba copió el texto directamente de la estela de Hammurabi que estaba a la vista en Susa ([documento 15.2](#)).

Es posible que Shutruk-Nahhunte fuera asesinado por su propio hijo. Kutir-Nahhunte. El nuevo gobernante fue el personaje principal de una serie de textos babilonios, todos ellos preservados en manuscritos posteriores que

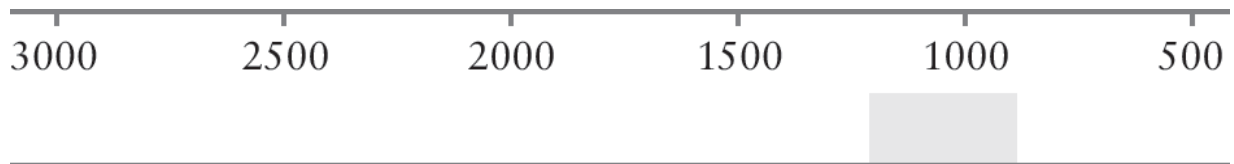
data en su mayoría de la época persa. Como hijo de una princesa babilonia, sentía que debía haberse convertido en rey de Babilonia. En una carta tal vez ficticia, se quejaba: «¿Por qué yo, que soy rey, hijo de rey, descendiente, de rey, que soy rey en las tierras de Babilonia y Elam, del linaje de la hija mayor del poderoso rey Kurigalzu, no he tomado el lugar que me corresponde en el trono de la tierra de Babilonia?»³. Cuando los babilonios rechazaron sus pretensiones, invadió el país en 1155, saqueó más ciudades y se llevó la estatua de Marduk a Susa. Acabó con la dinastía casita, pero no ascendió al trono de Babilonia, algo que logró la Segunda dinastía de Isin. Su hermano y sucesor, Shilhak-Inshushinak, afirmó haber saqueado Babilonia y Asiria repetidas veces y haber logrado el control del área al este del Tigris hasta Nuzi al norte. El colapso de la autoridad casita y el debilitamiento de Asiria debieron de convertir a la región en blanco fácil y Elam se convirtió en la principal potencia de la región. El reino también floreció económicamente en esta época y desarrolló sus regiones orientales. El resurgir de Babilonia bajo Nabucodonosor I acabó con esta prosperidad, sin embargo. El rey babilonio recuperó la estatua de Marduk de Susa y el estado elamita desapareció de nuestra documentación durante tres siglos.

A pesar de que este período sea el mejor documentado de toda la historia de Elam, nuestro conocimiento del mismo sigue siendo limitado. Aunque el estado llegase tarde a la escena y su influjo territorial estuviese restringido a Babilonia y Asiria, no puede ser ignorado como fuerza significativa. El que Elam no figure en la correspondencia internacional probablemente sea resultado de su desarrollo después del período cronológico cubierto por Amarna y de su distancia de Siria. Los contactos con los casitas de Babilonia serían estrechos, pero no disponemos de los archivos reales de Babilonia de este período, pues no tenemos cartas de Elam excepto en copias tardías que pueden ser ficticias. Elam muestra una influencia cultural babilonia importante, pero también cierta resistencia contra esta influencia. Al principio, los escribas usaron el acadio, pero a partir de 1400 esta lengua jugó un papel menor en comparación con el elamita. Pero, por otro lado, las artes visuales del período imitaban las prácticas y estilos babilonios (figura 9.4). Esta actitud mixta puede ser resultado de la heterogeneidad de las tradiciones culturales en el propio

Elam, donde no dominarían totalmente ni las tierras bajas influidas por Mesopotamia ni las tierras altas elamitas.

1. Beckman, 1999: 147. El nombre del rey hitita no se ha conservado. Los expertos han sugerido a Muwatalli II, Mursili III y Hattusili III.
2. Grayson, 1987: 275.
3. Foster, 2007: 21.

EL COLAPSO DEL SISTEMA REGIONAL Y SUS RESULTADOS



1209 Merneptah de Egipto lucha con los Pueblos del Mar

ca. **1200** Fin de la cultura micénica

ca. **1190** Saqueo de Ugarit

ca. **1185** Caída de Hatti

ca. **1185** Saqueo de Emar

1177 Ramsés III de Egipto lucha con los Pueblos del Mar

1155 Fin de la dinastía casita

ca. **1120** Fin del período medioelamita

ca. **935** Reparición del registro textual en Asiria

El siglo XII fue extremadamente agitado en el Próximo Oriente y las áreas circundantes e introdujo cambios radicales en muchos aspectos de las vidas de sus moradores. Hubo mucha destrucción de prácticas culturales largo tiempo establecidas. Pero también son visibles elementos de continuidad y ciertas regiones se vieron menos afectadas que otras por los acontecimientos. A causa de la disrupción de las prácticas estándar de la burocracia y de otro tipo de registros documentales, resulta difícil valorar lo que realmente sucedió en algunos lugares y, adicionalmente, la cronología de los incidentes que observamos es a menudo incierta. La interpretación es todavía más difícil. No hay una causa única que pueda explicar lo que

estaba sucediendo en todas las regiones y estados. Las circunstancias locales modificaron el impacto de cambios de gran amplitud regional. El resultado final fue la desaparición total del sistema que había caracterizado el Próximo Oriente en los siglos anteriores. El desmadejarse de ese sistema claramente exacerbó las múltiples dificultades que experimentaban las autoridades locales y, en último término, se convierte en el marco en que este período debe explicarse.

10.1. LOS ACONTECIMIENTOS

La documentación disponible se concentra mayoritariamente en las interrupciones y perturbaciones. Arqueológicamente, el incendio de una ciudad es más visible que su supervivencia y las inscripciones reales, dada la atención que prestan a la guerra, resaltan las batallas y no las situaciones de paz. El relato del siglo XII es por ello principalmente un relato de convulsión, pero también hubo fuertes elementos de continuidad y de cambio gradual. Estos últimos son más difíciles de examinar, pero no deberían olvidarse. Hay una importante discusión académica en torno a la importancia relativa de las fuerzas de continuidad y de cambio. Todos los expertos están de acuerdo, de todos modos, en que el Próximo Oriente de 1050 era muy diferente de lo que había sido en 1250. Lo que sucedió, por qué, y cuándo exactamente, es mucho más discutible.

Observamos que las fuerzas de interrupción fueron más fuertes en la zona del Mediterráneo oriental, esto es, el Egeo y Anatolia, y se extendieron hacia el este con menos fuerza. Las zonas costeras de Siria y el Levante se vieron afectadas más fundamentalmente que las zonas del interior. Los grandes estados de Mesopotamia y Egipto consiguieron resistir las mayores fuerzas destructivas, pero sufrieron las repercusiones de lo sucedido más allá de sus fronteras y acabaron por entrar en declive. La siguiente descripción, por tanto, irá de oeste a este ([mapa 10.1](#)).

El mundo egeo de los micénicos estaba en la periferia del sistema del Próximo Oriente que caracteriza los siglos XV a XIII. La naturaleza precisa del sistema político y social micénico sigue estando poco clara, pero las descomunales fortalezas construidas como residencias de las élites ricas en

lugares como Micenas y Tirinto sugieren la existencia de poderes centrales fuertes en varias regiones. La influencia micénica se había extendido por buena parte de la Grecia continental, las islas egeas incluida Creta y la costa anatolia, y hubo mucho comercio con Chipre y el Levante. Ese mundo desapareció a principios del siglo XII: el comercio marítimo cesó; los muertos dejaron de ser enterrados con lujosos ajuares funerarios; y varias de las fortalezas fueron destruidas o redujeron sustancialmente su tamaño. La cultura de los palacios de la Edad de Bronce se esfumó. La destrucción no sucedió de golpe, sino que se extendió a lo largo de varias décadas. Aunque la siguiente cultura arqueológica sigue siendo descrita como micénica en carácter, estaba empobrecida y había perdido su amplitud geográfica. Mientras que el declive y la disrupción son visibles en la mayor parte del mundo egeo, la isla de Chipre parece haberse desarrollado en el sentido opuesto: en torno a 1200, hubo un incremento en la expansión urbana y la producción de metales, así como en los contactos internacionales con Egipto, el Levante y el Mediterráneo central. La desaparición del poder micénico puede entonces haber permitido a los chipriotas llenar un vacío.



Mapa 10.1. El Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental ca. 1200. Según L. de Blois y R. J. van der Spek, An Introduction to the Ancient World (Routledge, Londres y Nueva York, 1997), p. 21.

Anatolia sufrió cambios políticos fundamentales en torno a 1200: el estado de Hatti que había dominado la región durante siglos se desintegró, pero, de nuevo, las circunstancias son misteriosas ([debate 10.1](#)). Varios elementos tuvieron su papel. Ya a finales del siglo XIII el rey de Hattusa tuvo que enfrentarse a una casa real adversaria al sur de Anatolia, en la región de Tarhuntassa. Los reyes de este lugar también reivindicaban su descendencia de los primeros grandes gobernantes de Hatti y aseguraron su propio estado casi independiente. Al mismo tiempo, la Anatolia occidental tuvo que ser puesta bajo control militar y el último rey de Hatti, Suppiluliuma II, entabló batallas navales por el reino de Alashiya en Chipre. Basándose en las referencias a entregas de cereal en textos ugaríticos y egipcios, algunos expertos han sugerido que la región padeció una hambruna; la base agrícola inestable de Anatolia con su abundancia de malas cosechas puede explicar estas referencias aisladas mejor que una hambruna continuada, sin embargo. El final de Hatti se debió a la violencia, pero la destrucción dista mucho de ser uniforme en la región. En la ciudad capital de Hattusa, la fortaleza real fue incendiada junto con algunos edificios públicos de la ciudad baja, aunque las residencias privadas se dejaron intactas. Parece que la corte había abandonado la ciudad mucho antes, como si hubiese recibido una alerta de lo que iba a suceder. Puede verse un patrón similar por toda Anatolia: en los yacimientos donde hubo destrucción, no era completa. Muchos asentamientos quedaron indemnes, pero a pesar de todo fueron abandonados. Como resultado, Hatti desapareció como potencia política. Al sur, el antes dependiente virrey hitita de Karkemish sobrevivió, sin embargo, y reivindicó su descendencia de antiguos Grandes Reyes, prolongando la historia de la casa real hitita. La sucesión de estos gobernantes no pudo mantener la región unida y en torno a 1100 surgió un número creciente de pequeños estados.

Con el fin del dominio hitita, las ciudades sirias se hicieron independientes, pero varias fueron destruidas, especialmente las de la zona costera. Los acontecimientos están muy bien documentados en Ugarit. Su último rey, Ammurapi, fue un vasallo fiel del rey de Hatti y mantenía

contacto directo con el virrey hitita de Karkemish. En tal condición, apoyaba a Hatti con envíos de cereal y tropas. También mantenía correspondencia con varios gobernantes de la región, que le advirtieron del peligro inminente de saqueadores del mar. El rey hitita identificó uno de los grupos implicados como «los Shikalayu, que viven en barcos»¹ y encargó a Ugarit que le enviaran a un hombre que habían capturado a fin de poder interrogarlo. El rey de Alashiya aconsejó a Ammurapi que fortificase sus pueblos y reuniese sus guerreros y carros. Pero la respuesta presentaba un cuadro inquietante: varias aldeas ya habían sido saqueadas y la mayor parte de las tropas de Ugarit estaban en Hatti, mientras que sus barcos estaban en la costa meridional de Anatolia ([documento 10.1](#)). El excavador de Ugarit, Claude Schaeffer, afirmaba que estas cartas fueron halladas en un horno, donde habrían sido cocidas antes de su envío, y que la ciudad habría sido saqueada antes de que estuvieran listas. Esto daba un contexto dramático a estos textos, como si hubieran sido escritos mientras las tropas enemigas avanzaban y no llegaron a enviarse porque Ugarit fue saqueada antes. Ahora, parece que esto no es más que un fantasma arqueológico. No había un enemigo a las puertas cuando se escribieron las cartas y aquí tenemos un caso de agrupamiento accidental de textos escritos en fechas distintas. En cualquier caso, sabemos lo que sucedió. Ugarit fue destruida y pasó mil años sin volver a ser habitada. Su puerto, Ras Ibn Hani, también fue saqueado, pero pronto se reconstruyó, quizá por los mismos que lo había atacado. La destrucción de Ugarit tuvo lugar en torno a 1190 o poco después: en sus ruinas se halló una carta del canciller egipcio Bay, que sabemos fue ejecutado ese año tras un breve intento de gobernar. Tuvo que estar vivo y en su cargo durante los últimos días de Ugarit.

Documento 10.1. CARTAS DE UGARIT

La rica ciudad de Ugarit en la costa mediterránea del norte de Siria fue objetivo de fuerzas hostiles procedentes del mar en torno a 1200. Está claro que sus habitantes habían sido avisados como muestra la correspondencia con Chipre hallada en estas ruinas. Tomaron parte pequeños grupos de barcos enemigos, pero el ejército de Ugarit parecía haber sido movilizado para defender Hatti. El resultado está claro: Ugarit fue destruida y nunca volvería a renacer.

Carta del rey (de Alashiya) a Ammurapi de Ugarit

Así dice el rey, di a Ammurapi, rey de Ugarit: que estés bien y los dioses tu bienestar guarden.

Sobre lo que me escribiste antes: «¡Se han visto barcos enemigos en el mar!». Si es cierto que se han visto barcos, refuézate. ¿Dónde están tus carros y tus tropas? ¿No están contigo? Si no, ¿quién te librará del enemigo? Rodea tus ciudades con muros y mete en ellas tus tropas y tus carros. ¡Mantente alerta frente al enemigo y refuézate bien!

Carta del rey de Ugarit al rey de Alashiya

Di al rey de Alashiya, mi padre; el rey de Ugarit, tu hijo, dice: caigo ante los pies de mi padre. Que mi padre esté bien. Que tus casas, tus esposas, tus tropas y todo lo que pertenece al rey de Alashiya, mi padre, esté bien, muy bien.

Padre, han estado viniendo los barcos del enemigo. Han quemado mis pueblos y han hecho cosas malvadas al país. ¿No sabe mi padre que todas mis tropas [y carros] están en Hatti y que todos mis barcos están en Lukka? Todavía no han llegado, por lo que el país está sin defensas. Que se informe a mi padre de esto. Ahora, los siete barcos del enemigo que vinieron han hecho cosas malvadas. Si aparecen otros barcos enemigos, envíame un mensaje para que lo sepa.

Carta del gobernador superior de Alashiya al rey de Ugarit

Así dice Eshuwara, gobernador superior de Alashiya. Di al rey de Ugarit: que tú y tu tierra estéis bien.

Acerca de las cosas que los enemigos han hecho al pueblo de tu país y a tus barcos, han cometido estas transgresiones contra la gente del país. Así, no estés enojado conmigo.

Ahora, los veinte barcos que los enemigos dejaron antes en las zonas de las montañas no se han quedado atrás. Se fueron repentinamente y no sabemos dónde están. Te escribo para informarte a fin de que puedas protegerte. ¡Queda informado!

Traducciones según Knapp, 1996: 27.

Más al sur en la zona de Siria-Palestina continuó este patrón de destrucción selectiva. Algunos puertos importantes como Biblos y Sidón quedaron indemnes, pero ciudades como Ascalón y Hatsor fueron destruidas. La devastación no fue simultánea y cubre un arco temporal de varias décadas. En Palestina, la vida de aldea fue reemplazando gradualmente a la cultura urbana que había caracterizado la región. Nuevos pueblos adquirieron importancia en la región, como los filisteos, que asumieron el control de la zona costera meridional hasta la frontera egipcia.

La información de Egipto es la más detallada que tenemos, pero su punto de vista era muy parcial y egocéntrico. Dos reyes egipcios describen en relatos pictóricos y narrativos lo que sucedió en el Mediterráneo oriental. Sitúan los eventos en el contexto de una guerra con invasores externos que

siempre incluían a los libios, que venían del oeste. Aunque hay una separación de veinticinco años entre ambos relatos, narran hechos muy similares. El rey Merneptah (reinó entre 1213 y 1203) afirmó haber rechazado con éxito un ataque de libios y diversos pueblos del norte, a los que llamaba «de los países del mar» en 1209. Aunque intentaron entrar en Egipto usando la fuerza militar, traían a sus familias y ganado, lo que indicaba su intención de asentarse. Ramsés III (reinó entre 1184 y 1153) dio más detalles. Tras mencionar ataques del norte en su quinto año de reinado (1180) su relato del octavo año de reinado (1177) pretende dar una visión general de lo que sucedía en el Mediterráneo oriental:

Los países extranjeros fraguaron una conspiración en sus islas. De golpe las tierras fueron eliminadas y diseminadas en la refriega. No hubo tierra que pudiera hacer frente a sus armas, desde Hatti, Kode (= Tarhuntassa), Karkemish, Arzawa y Alashiya, que fueron de [una vez] erradicadas. Un campamento [se estableció] en un lugar de Amurru. Desolaron a su gente y su tierra fue como lo que nunca ha llegado a existir. Avanzaban hacia Egipto mientras para ellos se preparaba la llama. Su confederación eran los peleset, tjeker, shekelesh, denyen y weshesh, tierras unidas².



Figura 10.1. Batalla de Ramsés III contra los Pueblos del Mar, detalle de un relieve de Medinet Habu. Los egipcios describieron sus batallas contra los llamados Pueblos del Mar en inscripciones de los faraones Merneptah y Ramsés III y también las representaron en murales gigantes. Representan los ataques con grandes ejércitos que se aproximaron a Egipto por tierra y por mar, y tuvieron cuidado en representar las características individuales de las armas y ropas de los enemigos. Los expertos han intentado relacionar las imágenes con los nombres de los Pueblos del Mar de los textos y se suele considerar que estos dos guerreros son sherden. Aunque Ramsés III afirma que atacaron Egipto en grupo durante su reinado, sabemos que habían servido como mercenarios en el ejército egipcio desde Ramsés II en la batalla de Qadesh.

Créditos: akg images/Erich Lessing.

Este relato presenta una imagen clara de una invasión por pueblos isleños de los estados de Hatti y Tarhuntassa, entre otros, y de cómo estos estados supuestamente se derrumbaron de una vez. Los invasores reunieron sus fuerzas en el norte de Siria y marcharon hacia Egipto, donde Ramsés los derrotó tanto en tierra como en mar ([figura 10.1](#)). Identificó ciertos grupos explícitamente, incluidos los Shekelesh, que deben de ser los mismos que

los Shikalayu mencionados antes en la carta hallada en Ugarit. Sin embargo, con un examen más minucioso la detallada reconstrucción de Ramsés resulta sospechosa. Karkemish, por ejemplo, no fue destruida. Algo más importante, los nombres de los Pueblos del Mar que presenta como arremetiendo contra la costa siria desde islas lejanas ya habían sido atestiguados décadas antes como presentes en la región, incluso como mercenarios en los ejércitos egipcio e hitita. En otras palabras, Ramsés III convirtió lo que pudieron ser choques recurrentes con grupos de Siria en una gran batalla entre Egipto y un ejército invasor extranjero que había destruido todo a su paso. La interpretación de estos datos es muy complicada. Algunos expertos han llegado a sugerir que Ramsés III se limitó a repetir relatos de batalla de su predecesor Merneptah y que se atribuyó victorias anteriores, algo que no es insólito en Egipto. No tenemos capacidad de confirmar o desmentir esa idea. Sean cuales sean los detalles de lo sucedido, está claro que Egipto perdió la mayor parte de su control directo de los territorios de Asia, aunque aún tenía acceso a las minas del Sinaí. Sobrevivió como estado territorial, pero el siglo siguiente a Ramsés III presenta desórdenes internos y conflictos sociales, una reducción de los contactos con las regiones más allá de sus fronteras y, finalmente, en torno a 1100, una fragmentación política del país.

Pueden verse procesos similares en los estados orientales de la región, que vieron cortado su acceso a la Siria oriental y al Mediterráneo. Asiria, Babilonia y Elam siguieron interactuando entre sí, a menudo en forma de choques bélicos. Los tres siguieron siendo estados territoriales, pero experimentaron conflictos internos y ejercieron poca influencia más allá de sus fronteras. Tras el triunfal siglo XIII en lo que respecta a lo militar, Asiria abandonó su política de campañas constantes unos noventa años. La causa puede haber sido los problemas internos tras el asesinato de Tukulti-Ninurta I en 1197 y los problemas del oeste de Siria también serían probablemente un factor en este cambio de política, aunque estos disturbios no se extendieron a la región al este del Éufrates. La ciudad más oriental que fue destruida fue Emar, dependiente de los hititas, donde dos textos mencionan, «el año en que las hordas (?) azotaron la ciudad», y el último texto fechado es de 1185. Al este de Emar, los puestos avanzados asirios en Siria no

desaparecieron, pero redujeron su tamaño y la actividad de los escribas se detuvo. Los arameos, seminómadas, controlaban el campo y adquirieron importancia en la vida política. El nivel de urbanización en la región decayó. Durante tres siglos, Asiria se vio reducida a su núcleo central, con tal vez algunos puestos avanzados en la región a su oeste.

Los expertos a menudo ven el cambio de dinastía de los casitas a la llamada Segunda dinastía de Isin en la Babilonia del siglo XII como un cambio de poder entre casas reales de importancia relativamente escasa. Pero demuestra cómo en términos políticos se desintegró el poder centralizado que los casitas habían mantenido durante cuatrocientos años. La existencia de una dinastía rival en la Babilonia central, que capturó el trono de Babilonia en torno a 1150, muestra que la fuerza del estado se había disipado. Aún más, el registro arqueológico indica que el urbanismo se hallaba en una situación de acusado declive: el número de centros verdaderamente urbanos se hizo muy pequeño, tal vez solo Babilonia, Isin y Ur, y la gran mayoría de los habitantes sedentarios vivían en aldeas. Nippur, por ejemplo, había perdido sus características urbanas en torno a 1200 y en torno a 1000 albergaría tan solo una población reducida que vivía alrededor de su antiguo zigurat. El volumen de la población sedentaria se habría reducido al 25 por ciento del nivel de finales del tercer milenio. Había variaciones locales con, por ejemplo, un declive mucho más acusado en el valle del Diyala que en la región de Ur. Pero no hay duda de que la organización urbana y su infraestructura de canales de irrigación se había colapsado a finales del segundo milenio. Muchos de los ocupantes de la región retornaron a un estilo de vida seminómada. Las causas primarias de este desarrollo pueden haber sido ajenas a la política. El grueso del caudal del Éufrates parece haberse desplazado a los brazos occidentales del río, lo que privó a algunos de los grandes centros urbanos de antaño de la irrigación suficiente para abastecer a una población elevada. Además, un uso excesivo de la tierra que condujo a la salinización probablemente redujera las cosechas. Ciertamente se estaba produciendo una compleja interacción entre factores políticos y ecológicos. El debilitamiento del poder central hizo que la organización de grandes proyectos de irrigación para contrarrestar estos cambios naturales resultase imposible. La injerencia

militar exterior de Elam y Asiria pudo haber precipitado el proceso de declive y el estado babilonio perdió el control de sus regiones rurales.

Dado que no conocemos bien la organización del estado de Elam en la época precedente, es imposible determinar cuánto cambió en el siglo XII. Un declive interno anterior pudo haber facilitado el saqueo militar de Nabucodonosor I (reinó entre 1125 y 1104) que desencadenó el fin del período medioelamita. En cualquier caso, el resultado fue similar a lo que sucedió por todo el Próximo Oriente: desaparecía un estado centralizado y nuevos grupos de población se infiltraban en la región, en este caso, al parecer, procedentes del este.

10.2. LA INTERPRETACIÓN

La academia ha propuesto numerosas explicaciones de estos acontecimientos, la mayoría concentrándose en un único estado o en el Mediterráneo oriental solo. Como causas principales del colapso de los estados se han sugerido invasiones y migraciones, revoluciones sociales y desastres ecológicos. Otros expertos, sin embargo, han subrayado las continuidades visibles y han hecho frente a la idea de que el siglo XII fue un tiempo de cambio radical. Si están en lo cierto, tenemos que buscar una explicación que dé cuenta de las diferencias entre finales del segundo milenio y principios del primero en siglos sucesivos, donde apenas disponemos de datos. Pero parece claro que los cambios que empezaron en torno a 1200 precipitaron el fin del mundo del Próximo Oriente de los siglos XV-XIII y que las causas de este final tienen que buscarse en el siglo XII. Además, tampoco puede haber sido coincidencia que todas las sociedades experimentasen cambios drásticos al mismo tiempo. Puesto que todas ellas habían estado ligadas por un sistema común durante siglos, el fin de ese sistema debió de tener consecuencias de calado. Pero no hay una sola causa que pueda explicar este cambio global.

Al referirse al Egeo, Anatolia y Siria-Palestina, las fuentes antiguas ponen el acento en las invasiones de extranjeros como causa significativa de disrupción. Las más destacadas son las fuentes egipcias contemporáneas. Pero los registros griegos posteriores sobre el desarrollo del mundo clásico

y la presentación bíblica de la creación del antiguo estado de Israel también describen invasiones en este período, mientras las fuentes babilonias describen un período de grandes convulsiones ([documento 10.2](#)). Esta imagen general ha inspirado a los expertos a interpretar otros datos a la luz de esta información. Interpretan la aparición de un nuevo tipo de cerámica en los montes Zagros, por ejemplo, como la consecuencia de una invasión de la región por pueblos orientales o consideran que las referencias a los arameos en los textos asirios demuestran que estas gentes intentaban infiltrarse en el estado. Un análisis de la documentación textual de las invasiones muestra que dibujan un cuadro demasiado simplista, sin embargo. Contienen contradicciones internas y otras referencias dan una imagen distinta. Por ejemplo, la afirmación de Ramsés III de que los Pueblos del Mar descendieron desde sus islas y destruyeron los estados de Anatolia y Siria-Palestina en una fatídica embestida, para ser detenidos únicamente por él en la frontera egipcia, se contradice con el que gentes con los mismos nombres apareciesen ya décadas antes en la región. El registro arqueológico no muestra una serie de acontecimientos devastadores en un breve lapso de tiempo, sino un período prolongado en que se destruyeron lugares individuales, mientras que otros sobrevivieron aunque reduciéndose su tamaño. Las confrontaciones militares con tropas no convencionales, incluidos pueblos con orígenes fuera del Próximo Oriente, tuvieron lugar muy probablemente, pero no fueron el resultado de una invasión generalizada.

En la zona oriental del Próximo Oriente, la guerra entre estados es vista a menudo como una causa principal de la disrupción y el declive. Pero esto no era una novedad del siglo XII. Durante toda la segunda mitad del segundo milenio hubo choques entre estados. Así, los efectos de estas guerras por sí solos no dan una explicación suficiente del colapso generalizado.

Otros expertos han preferido concentrarse en los desarrollos internos para explicar el cambio. Una característica importante del sistema de los grandes estados era la existencia de una élite palaciega que explotaba a las comunidades agrícolas bajo su control. Había una enorme asimetría en riqueza y estilo de vida entre los dos grupos. Los ricos ajuares funerarios y restos arquitectónicos que admiramos hoy fueron producidos por los

ingresos de granjeros y pastores empobrecidos. Las deudas del mundo rural llevaron a muchos a buscar refugio fuera de las estructuras del estado y convertirse en *habiru* (debate 8.1). El problema de que los dependientes de palacio abandonasen el campo se consideraba una seria amenaza para el sistema palaciego: la mano de obra era escasa y cuantas más personas abandonaban el control de palacio, más difícil se volvía hallar trabajadores. Esto explica las frecuentes referencias en los tratados a la extradición de refugiados. La escasez de trabajadores reducía la productividad agraria de los estados y amenazaba los beneficios. Para compensar la pérdida de mano de obra, los palacios pudieron incrementar las demandas a los dependientes que les quedaban, exacerbando así aún más el problema. Los trabajadores pudieron haberse vuelto contra sus amos, uniéndose a fuerzas hostiles que les hacían frente, lo que incluiría grupos como los Pueblos del Mar. En ese caso, la destrucción selectiva que apreciamos no sería sorprendente. No todas las ciudades fueron saqueadas, pero la infraestructura rural de la mayoría desapareció, lo que llevó a la reducción de su tamaño o a su total abandono.

Documento 10.2. REFLEXIONES POSTERIORES SOBRE LA EDAD OSCURA

Durante los siglos posteriores a los disturbios que invadieron el Próximo Oriente en el siglo XII no se escribieron prácticamente textos o al menos muy pocos han llegado a la actualidad. Varios pueblos del primer milenio, sin embargo, reflexionaron sobre este período, describiendo condiciones de gran desorden. Los griegos clásicos retrataron el período tras la desaparición de la civilización micénica como uno de invasiones de pueblos como los dorios. La Biblia ubicó la conquista israelita de Canaán también en este período. En Babilonia, un posible reflejo literario de este período fue un largo poema escrito probablemente en el siglo VII. Los expertos suelen referirse a él como la Epopeya de Erra. El autor se identifica al final del texto como Kabtiilani-Marduk de la familia Dabibi y afirma que la obra le fue revelada en un sueño. La epopeya relata cómo Erra, el dios de la peste, se enfureció al sentirse desairado por los otros dioses y desencadenó su ira por Babilonia, dejando una estela de muerte y destrucción. En Babilonia los ciudadanos lo siguieron y quemaron templos hasta que las tropas reales los masacraron. Los nómadas, identificados anacrónicamente con la designación tribal de suteos, asolaron Uruk y acosaron al personal del culto de Ishtar. La muralla de Sippar fue derribada y Der fue destruida. Los dioses de estas ciudades estaban horrorizados y solo entonces Erra se calmó y dio a Babilonia su bendición para que gobernase en toda la tierra. Se consideraba que el texto tenía un valor apotropaico y partes

del mismo se copiaban en amuletos para la protección de las casas. El siguiente fragmento es tan solo una breve parte de una extensa letanía de caos y violencia.

El que no muera en batalla, morirá en la epidemia;
el que no muera en la epidemia, el enemigo lo robará;
al que el enemigo no haya robado, el ladrón lo vapuleará;
al que el ladrón no vapulee, el arma del rey lo vencerá;
al que el arma del rey no venza, el príncipe lo matará;
al que el príncipe no mate, el dios de la tormenta lo arrastrará;
al que el dios de la tormenta no arrastre, el dios del sol se lo llevará;
al que haya dejado el campo, el viento lo barrerá;
al que haya entrado en su casa, un demonio lo golpeará;
el que haya trepado a un lugar alto, se morirá de sed;
el que haya descendido a un lugar bajo, morirá en las aguas;
¡has destruido lugar alto y bajo por igual!

Traducción según Foster, 2005: 905.

Algunos expertos han dirigido la mirada a las causas naturales para explicar el colapso. Ciertos yacimientos arqueológicos muestran evidencia de terremotos, pero esto no explicaría la desintegración regional. Se atestigua falta de comida en algunas fuentes textuales y los expertos han usado esto para sugerir que las hambrunas fueron un gran problema. Se han propuesto tanto una aridificación generalizada del norte como una alteración de los cursos de los ríos en el sur de Mesopotamia como explicación del declive en la agricultura. La evidencia, sin embargo, sigue siendo ambigua. Por todo el Próximo Oriente las bases de la agricultura fueron siempre inestables y las referencias textuales a dificultades con los suministros de alimentos pueden simplemente referirse a casos aislados y no a una hambruna prolongada. Si el clima se hubiese vuelto realmente más seco, ciertamente habría exacerbado los ya grandes problemas de abastecimiento de los estilos de vida lujosos de las élites. No obstante, el estrés medioambiental por sí solo no parece ser adecuado para explicar todos los cambios que apreciamos en el Próximo Oriente.

Puesto que todas estas explicaciones tienen algún tipo de fundamento en el registro histórico, podemos concluir que probablemente hubo varias causas en la raíz de los cambios que observamos, pero en cada caso las circunstancias locales jugaron un importante papel. Lo que sucedió en Hattusa, por ejemplo, no se repetiría necesariamente en otros lugares. Los

choques militares y las rebeliones sociales pueden haber sido la principal razón de la destrucción de lugares individuales. Lo que dio más importancia a cada causa separada fue que contribuyera a la desintegración de un sistema entero que había caracterizado a la región y le había otorgado estabilidad entre 1500 y 1200. Los estados no habían existido de manera aislada, sino que estaban estrechamente ligados entre sí. Los contactos entre ellos habían sido vitales para mantener su organización interna. La disrupción de estos contactos tuvo un impacto fundamental en todos ellos. Cuando el estado hitita desapareció y toda Siria-Palestina estaba sumida en disturbios, Egipto quedó separado de Asia. No tenía otros iguales con los que interactuar, puesto que Asiria y Babilonia habían quedado fuera de su alcance. El comercio y el intercambio diplomático cesaron, dejando ciego a Egipto ante los acontecimientos del norte. El país tenía recursos propios de peso, por lo que pudo sobrevivir, pero el sistema internacional que había mantenido a sus élites palaciegas había desaparecido. Del mismo modo, los estados orientales de Asiria, Babilonia y Elam se vieron reducidos a un sistema internacional pequeño con ellos tres como únicos participantes. El mar Mediterráneo y Egipto ya no eran accesibles y las rutas comerciales quedaron cortadas. La pérdida de la infraestructura regional amplia llevó a la desintegración de estos estados orientales, lo que permitió a nuevos pueblos, especialmente los arameos, controlar zonas entre ellos, lo que los aislaría aún más. Ninguna potencia llenaría el vacío de poder creado por el declive de estos estados, lo que permitió a nuevos grupos y a estratos sociales más bajos adquirir cierto control. Cuando hablamos del colapso de los estados, no deberíamos imaginar que todo el mundo sufrió. Hubo un reajuste de poder y grandes sectores de la población del Próximo Oriente pudieron haberse beneficiado de una libertad recién descubierta.



Figura 10.2. Inscripción jeroglífica anatólia de principios del primer milenio. Tras el derrumbe del Imperio hitita su llamada escritura jeroglífica sobrevivió y gobernantes menores del sur de Anatolia y del norte de Siria la siguieron usando varios siglos más. Esta estela, probablemente de Maras, en Turquía, es un ejemplo típico del uso de la escritura en sus monumentos. Es demasiado fragmentaria para tener una idea clara de sus contenidos. Finales del siglo IX (MMA X.196 altura 27,30 cm; anchura 30,50 cm; espesor 22,90 cm).

Créditos: © 2014 The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.

10.3. EL RESULTADO

Como puede esperarse, la crisis del sistema palaciego llevó a una reducción acusada en el número de fuentes a disposición del historiador. Las burocracias dejaron de funcionar y la actividad de construcción era mínima. Faltan datos arqueológicos y textuales y la historia del Próximo Oriente entró en una nueva «Edad Oscura». La extensión de este período varió de

región a región. La primera en salir de él fue Asiria, pero incluso allí los registros textuales eran extremadamente escasos entre 1050 y 935. Posteriormente su política expansionista atrajo muchas regiones circundantes a su órbita y sus registros cada vez más detallados documentan algunas de las circunstancias de esas zonas. A menudo el uso de la escritura en esas áreas se vio limitado hasta mucho más tarde, sin embargo. Hasta en Babilonia, la región con la tradición literaria más antigua y poderosa, tenemos que esperar hasta mediados del siglo VIII para encontrar un nivel de actividad de escribas que supere al documento aislado.

Muy poco se sabe de los siglos entre 1100 y 900. Podemos determinar, sin embargo, que en ese tiempo tuvieron lugar importantes cambios tecnológicos y sociales, en gran parte debidos a la desaparición de las estructuras anteriores. La vida social y económica se reformó para adaptarse a las nuevas circunstancias. Los palacios de la Edad del Bronce Final habían apoyado ciertas prácticas tecnológicas y económicas, y cuando dejaron de existir, las infraestructuras se derrumbaron y el cambio era necesario. Podemos ver que las regiones donde los palacios conservaron su fuerza en este período —Asiria, Babilonia y Egipto— experimentaron un retraso tecnológico al continuar con los métodos antiguos. El desarrollo en las prácticas de escritura demuestra bien esta situación. Por todo el Próximo Oriente, los palacios del segundo milenio habían mantenido cancillerías donde los escribas leían y escribían acadio. Para la mayor parte de ellos se trataba de una lengua extranjera y se plasmaba en un sistema de escritura, el cuneiforme, relativamente difícil de dominar. El entrenamiento y mantenimiento de estos profesionales solo era posible en una institución con suficiente riqueza. Con el fin de los palacios, el mantenimiento de estos especialistas desapareció, a la vez que el sentido de su existencia. Ya no se escribían cartas a otras cortes que requiriesen conocimientos de la lengua diplomática. Aún más, la disrupción de las rutinas económicas llevó a una reducción de la necesidad de las burocracias. Se interrumpió el comercio, los campos y la mano de obra ya no se administraban de manera centralizada y la actividad económica privada también entró en declive. En los estados donde los palacios retuvieron cierta importancia, las burocracias se conservaron hasta cierto punto. Esto explica la continuidad de la

escritura cuneiforme en Asiria y Babilonia. Pero en otras regiones, ese sistema en particular ya no se usaba y la población volvió a las prácticas locales. Egipto, con su palacio aún relativamente fuerte, usó solamente su propia escritura jeroglífica y formas derivadas para escribir la lengua egipcia.

Recuadro 10.1. ESCRITURAS ALFABÉTICAS

En el área de Siria-Palestina en el segundo milenio apareció la primera evidencia de lo que pueden llamarse escrituras alfabéticas. En lugar de indicar logogramas y sílabas de una, dos o tres consonantes, estas escrituras usaban un signo para cada consonante de la lengua, lo que requería menos de treinta caracteres. El sistema de escritura egipcio puede haber inspirado el desarrollo, puesto que incluye un grupo de jeroglíficos para consonantes sueltas que pueden combinarse con cualquier vocal. La evidencia más antigua de escritura alfabética proviene de Serabit el-Khadim, un yacimiento en el Sinaí donde se aprecia un importante influjo egipcio a principios del segundo milenio. En la segunda mitad del segundo milenio coexistieron varias escrituras alfabéticas. El sistema que sobrevivió en épocas posteriores tenía un grupo de caracteres cuya lectura se basaba en el principio acrofónico: por ejemplo, el dibujo de una casa representaba el sonido /b/, el primero en la palabra semítica que significa ‘casa’, *baytu*. Se conocen un puñado de inscripciones alfabéticas de ese tipo del segundo milenio, la mayoría tan solo de unos pocos caracteres de extensión. Las formas de las letras muestran mucha variación, pero puede reconocerse un sistema básico común. Estos textos normalmente se tallaban en piedra y metal o se dibujaban con tinta en fragmentos de cerámica.

En el siglo XIII, los escribas de la ciudad siria de Ugarit y su territorio usaron un alfabeto cuneiforme mucho más atestiguado, con veintisiete letras, junto con el sistema cuneiforme silábico de Babilonia. Escritos en tabillas de arcilla, los signos alfabéticos ugaríticos se parecen a los cuneiformes silábicos, pero no hay una conexión formal obvia entre ambos. Se escribió una amplia variedad de textos en escritura alfabética, incluyendo cartas, contratos y literatura. Muy pocos son, sin embargo, los textos que no plasman la lengua semítica local. Parece que los asuntos locales se escribían con el sistema alfabético ugarítico, mientras que se prefería el babilonio para los asuntos internacionales. Se han conservado en total unas 1400 tablillas con escritura ugarítica. Es interesante que tanto en el cuneiforme como en los otros sistemas alfabéticos, se hallasen abecedarios de la época que nos indican que el orden de las letras estaba bien establecido ([figura 10.3](#)).

Ugarit no sobrevivió después de 1200 no tampoco su escritura. Los fenicios adoptaron el sistema lineal y lo desarrollaron aún más durante el primer milenio para escribir las lenguas semíticas de Siria-Palestina. Con la difusión de la lengua aramea en el Imperio asirio del primer milenio y su adopción como lengua oficial en el Imperio persa en el siglo V, el alfabeto se convirtió en el sistema de escritura dominante en el Próximo Oriente y mucho más allá. La fecha de su transmisión a Grecia es objeto de controversia. La mayoría de expertos creen que tuvo lugar desde la zona de Fenicia o Siria en los siglos IX u VIII, pero hay quienes sugieren una fecha anterior a 1200. Los griegos reservaron parte de los signos para indicar vocales, permitiendo así el uso de la escritura alfabética en lenguas no semíticas.

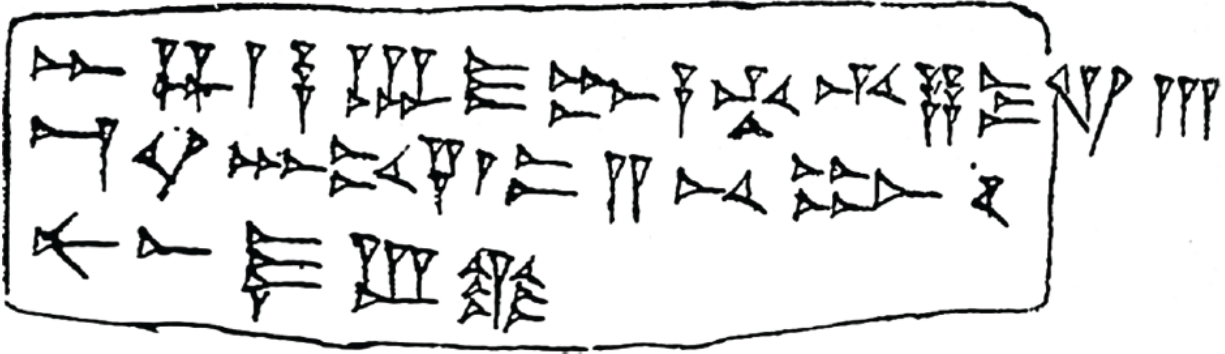


Figura 10.3. Tablilla con un abecedario del sistema de escritura ugarítico. Esta pequeña tablilla lista las treinta letras del alfabeto cuneiforme ugarítico secuencialmente y probablemente tenía una finalidad escolar. Las tres últimas letras no eran necesarias para escribir la lengua semítica, sino para el hurrita, bien como palabras sueltas en textos ugaríticos, bien para textos escritos totalmente en hurrita. Este alfabeto desapareció con el saqueo de Ugarit en torno a 1200. Siglo XIV. 1,3 × 5,1 cm. Créditos: Villoreaude, 1957. Reproducida con permiso de Klincksieck, París.

En otros lugares se escribieron muy pocos textos. En el sur de Anatolia y el norte de Siria, los sucesores de los hititas extendieron el uso de lo que llamamos jeroglíficos anatólios con los que plasmaban la lengua luvita. Anteriormente, durante el Reino Nuevo hitita, esta escritura estaba reservada para las inscripciones reales breves y las marcas de propiedad, pero se trataba de un sistema de escritura más indígena y quizá más popular que el cuneiforme. Esta escritura jeroglífica sobrevivió al colapso de la cultura de las élites y se convirtió en la escritura oficial de los llamados estados neohititas. Entre los siglos XII y VIII las cortes del sur de Anatolia y el norte de Siria la usaron para grabar inscripciones reales ([figura 10.2](#)). Algunos registros administrativos en tiras de plomo muestran que el uso de los jeroglíficos también se extendía a la vida cotidiana y es muy probable que se usaran para escribir cartas y contratos en tablas de escritura y pergaminos, que no se han conservado. En la zona de Siria-Palestina la escritura elegida fue el alfabeto lineal. Desarrollado muchos siglos antes, tuvo un uso limitado entre una considerable variedad de escrituras y lenguas ([recuadro 10.1](#)). En los siglos XI y X, se convirtió en el único sistema de escritura de la región. La mayor parte de las inscripciones que conocemos vienen de los puertos fenicios que no habían sido destruidos durante los disturbios en torno a 1200. El alfabeto usaba solamente veintidós letras y el sentido de la escritura se fijó de derecha a izquierda. En el siglo IX también

se usó para poner por escrito el hebreo y el arameo y apareció un número creciente de inscripciones en su mayoría breves. Con la extensión del arameo como lengua hablada por todo el Próximo Oriente también se extendió este sistema de escritura. Como sistema más simple que plasmaba la lengua hablada local era mucho más fácil de aprender y los escribas no requerían un entrenamiento tan exigente como los que escribían cuneiforme. Por ello no era necesaria una organización palaciega que los sustentara.

Un cambio tecnológico fundamental también tuvo lugar en la metalurgia. El metal más frecuentemente usado hasta 1200 había sido el bronce, aleación de cobre y estaño. En la mayoría de países del Próximo Oriente, ambos metales tenían que ser importados de diferentes fuentes y nadie tenía acceso local a ambos. El sistema de comercio internacional de la segunda mitad del segundo milenio había facilitado enormemente la adquisición de estos metales. Esto queda bien ilustrado por uno de los pecios del período (Uluburun), que contenía lingotes de cobre y estaño en la proporción correcta de diez a uno ([figura 7.1](#)). Los talleres de palacio albergaban y sustentaban a los artesanos requeridos para la producción del bronce. Después de 1200 el hierro reemplazó al bronce como metal principal y ofrecía varias ventajas. No era una aleación de dos metales que se hallaban en yacimientos distintos, sino que derivaba de una mena única a la que se podía acceder casi en cualquier parte y no tenía que ser importada. Además, en los siglos XII y XI se descubrió la tecnología que permitía alear el hierro con el carbón del horno durante el proceso de fundición, produciéndose así el acero, mucho más duro que el bronce. El hierro se había estado usando desde el tercer milenio, pero solo como producto secundario de la manufactura del bronce y reservado a objetos especiales. A partir de 1200, su uso se generalizó. Los expertos han explicado su éxito de dos maneras completamente opuestas. Para algunos, fue el resultado de la escasez del cobre y el estaño. A causa del colapso del sistema del Bronce Final, varias ciudades, especialmente en el Mediterráneo oriental, se vieron aisladas de nuevos suministros de metal y sus talleres de bronce no podían seguir funcionando. El hierro pasó a ser un sustituto que encajaba perfectamente en las nuevas condiciones sociales. Un metal barato, de

dureza mayor que el bronce, podía producirse sin necesidad de un elaborado sistema comercial. Como en el caso de la escritura, las regiones donde los palacios seguían siendo fuertes, Mesopotamia y Egipto, se quedaron atrás. Allí el hierro solo empezó a ser común en el siglo IX e incluso entonces estaba restringido en su mayoría a los palacios. Para otros expertos, el éxito del hierro fue resultado de un aumento en los suministros de cobre y estaño en el último siglo del Bronce Final. El valor del bronce se redujo, pero el hierro no perdió su estatus especial. Por el contrario, su atractivo creció y paulatinamente ocupó el lugar del bronce.

Hubo ciertamente un cambio en los comportamientos comerciales que puede haber empezado antes de 1200, pero que claramente se hizo patente una vez desaparecido el sistema de la Edad del Bronce. Los agentes privados, que no dependían de los grandes estados para su sustento, sino que estaban basados en ciudades mercantiles, se convirtieron en los comerciantes principales. Al principio su origen estaba en Chipre y en las ciudades filisteas de la costa, luego a principios del primer milenio en los puertos fenicios, como veremos. Exploraban todo el Mediterráneo y traían bienes de lugares distantes al Próximo Oriente sin la participación de palacio. La desaparición del controlador sistema palaciego proporcionó una apertura para que su actividad pudiese florecer.

Durante la Edad Oscura tuvo lugar una reestructuración social casi completa en la mayor parte del Próximo Oriente. La crisis de los estados permitió a pueblos extranjeros migrar a la región y los movimientos internos de población eran abundantes. Había un flujo entre los pueblos seminómadas y sedentarios. Muchos residentes urbanos pasaron a un modo de vida de pastores, mientras que algunos pueblos antes seminómadas adquirieron poder político en las ciudades. La situación era muy confusa y no es posible seguir estos movimientos con precisión. Vemos, con todo, que cuando los registros del primer milenio dan información sobre la identidad de los pueblos, la composición de la población del Próximo Oriente era muy distinta de la precedente.

Algunos nuevos pueblos venían de fuera del Próximo Oriente. En la Anatolia central, por ejemplo, los frigios parecen haber llegado de los Balcanes en el siglo XII y en el siglo VIII ya habían formado un estado

unificado. Algunos de los Pueblos del Mar identificados por los egipcios se asentaron en la zona de Siria-Palestina. Hay mucha especulación académica sobre los destinos de estos grupos, toda ella basada en la comparación de los nombres listados por los egipcios con topónimos y nombres de pueblos en textos posteriores. Muy a menudo se afirma que los peleset de los Pueblos del Mar se convirtieron en los filisteos, que habitaban la zona costera justo al norte de Egipto a principios del primer milenio. Pero, aparte de la similitud en los nombres, no hay nada que confirme la hipótesis. Otras identificaciones son mucho menos claras: los Pueblos del Mar llamados Denyen, por ejemplo, han sido asociados a la tribu israelita de Dan y a la región septentrional de Siria de Danuna, en torno a la moderna Adana. La evidencia, basada puramente en la similitud onomástica, es tenue. Fuera cual fuera el origen y la región de destino final de los Pueblos del Mar, participaron en el movimiento de población general y en la reestructuración de las sociedades. Aunque los peleset no fuesen los filisteos, a partir de la evidencia arqueológica podemos decir que una nueva cultura material apareció en el sur de Palestina, una región que posteriormente se llamaría Filistea.

Los más destacados entre los grupos que adquirieron importancia fueron los arameos. Muy probablemente pastores del norte de Siria mucho antes de 1200, se aprovecharon del debilitamiento de los estados para extenderse por extensas zonas del Próximo Oriente y para adquirir poder político, incluso en las ciudades. Mantuvieron su organización tribal y se subdividían en grupos identificados como pertenecientes a la «casa de Fulano», en acadio *bit* y nombre de persona, considerada el ancestro tribal. Muchos de los estados que fundaron aparecen en el primer milenio con esa designación, por ejemplo Bit-Adini. En el norte de Siria, los arameos se hicieron con el control de la mayoría de las ciudades, incluidas algunas habitadas por grupos que mantenían tradiciones culturales y políticas hititas. En estos lugares algunos reyes tenían nombres luvitas, otros arameos. Otras ciudades eran completamente arameas y se convirtieron en el núcleo de estados, como Aram-Damasco. En el siglo IX este pueblo dominaba políticamente la totalidad de Siria.

En el primer milenio, los arameos aparecieron también en Asiria y Babilonia. En muchos aspectos los procesos que tuvieron lugar fueron los mismos que hemos observado antes con otras culturas de pastores, como los amorreos, y su presencia tuvo resultados similares. Las tradiciones mesopotámicas continuaron dominando en la cultura apoyada por la corte. El acadio siguió siendo la lengua oficial, que encontramos en las inscripciones reales, las cartas, los textos administrativos y demás. Pero una gran parte de la población hablaba arameo y los rastros de su influjo en la gramática y el léxico del acadio son claros. Al contrario que amorreos y casitas anteriormente, sin embargo, los hablantes del arameo introdujeron una tradición escrita paralela. Los relieves asirios del primer milenio representan dos tipos de escribas: los que escriben en tabillas de arcilla y los que escriben en un rollo de piel. La profesión de «escriba en piel» también está atestiguada en los textos. Estos escribas habrían escrito en arameo con escritura alfabética en pergamino, pero este material no ha sobrevivido en el registro arqueológico, por lo que no tenemos evidencias de su producción. Los nombres de persona siguieron siendo predominantemente acadios, pero está claro que los arameoparlantes tomaban nombres acadios o incluso tenían nombres separados en ambas lenguas. Un cuento literario posterior en arameo acerca de un hombre llamado Ahiqar revela esta práctica. El manuscrito conservado más antiguo es de la Elefantina del siglo V a.e.c., al sur de Egipto, pero ya en textos más antiguos aparecen referencias a Ahiqar. En el cuento, era consejero de Senaquerib y Asarhadón, reyes asirios del siglo VII y ayudaba a sus amos a adquirir una asombrosa cantidad de oro en una competición con el rey de Egipto. Según el relato, el arameo Ahiqar era un miembro de alto rango en la corte de Asiria. Sin embargo, no lo habríamos identificado en el registro contemporáneo como arameo, puesto que también tenía un nombre acadio. Esto lo revela un texto cuneiforme de la Babilonia del siglo II, que lista como consejero del rey Asarhadón a «Aba-Enlil-dari, al que los arameos llaman Ahiqar». Muchos de los altos funcionarios de la corte con nombres acadios atestiguados en los documentos asirios podría así haber sido arameos.

Los arameos empezaron a saquear Babilonia en el siglo XI, pero ocuparon territorios a lo largo del Tigris solo a partir del siglo IX. Al mismo

tiempo, un pueblo llamado caldeos, también con organización tribal pero de distinto tipo, se asentaron principalmente a lo largo del Éufrates y en el sur. Ambos grupos siguieron siendo distintos y usaban designaciones tribales separadas, pero entre los dos controlaban la mayor parte de la Babilonia rural. También en el primer milenio, los árabes de la península arábiga entraron en la zona central de Babilonia, mientras que hasta mediados del siglo IX restos de los casitas permanecieron en el área, especialmente en el valle del Diyala, y mantuvieron su propia organización tribal. A menudo en oposición a estos grupos encontramos a los habitantes de las grandes ciudades del pasado, como Babilonia, Nippur y Ur, que se aferraban a las antiguas tradiciones babilonias. Durante casi cinco siglos, la situación política de la región fue extremadamente volátil y raro era que una serie de hombres de la misma familia conservase el poder real. Caldeos, babilonios, casitas, elamitas y asirios lucharon sin descanso por el trono, hasta el establecimiento de la dinastía neobabilonia en 626. Así, existía una fuerte oposición entre las ciudades y el campo, donde a menudo las primeras ejercían poca influencia más allá de sus muros. Con frecuencia los residentes urbanos buscaban el apoyo militar de los reyes de Asiria, que tuvieron grandes dificultades en los siglos VIII y VII con el control de Babilonia. Pero en otras ocasiones las ciudades se oponían a Asiria, que a veces aplastaba las rebeliones con gran violencia.

Durante la Edad Oscura también tuvo lugar un cambio tecnológico que puso nuevos pueblos en contacto con los estados del Próximo Oriente: la domesticación del camello. Tuvo lugar en la península arábiga a finales del segundo milenio y ha de relacionarse con el inicio del comercio de incienso a Mesopotamia y al Levante. Consecuentemente, los árabes pasaron a ser parte del mundo documentado del Próximo Oriente. En los bordes de las sociedades sedentarias, eran vistos sobre todo como enemigos. Las coaliciones antiasirias en Siria a menudo incluían guerreros árabes con sus camellos. Solo en los últimos tiempos del Imperio asirio, cuando experimentó su mayor expansión, los reyes intentaron someterlos en sus propios territorios, pero las técnicas militares asirias no eran adecuadas para el desierto ([figura 10.4](#)).

Los camellos abrían la puerta a una nueva forma de nomadismo. En lugar del pastoreo de ovejas y cabras que usaban áreas entre asentamientos permanentes, los nómadas de camellos podían atravesar grandes extensiones del desierto usando los oasis como puntos de descanso. Así, estos últimos se conectaron con las tierras del Próximo Oriente mejor conocidas y, mucho después, Nabónido, rey babilonio del siglo VI, trasladó temporalmente su capital a uno de ellos.

La Edad Oscura tuvo, por lo tanto, una importancia fundamental en la historia del Próximo Oriente al conectar dos mundos muy diferentes. Los cambios radicales que acontecieron durante este período serán siempre difíciles de estudiar, puesto que hubo tanto caos y por lo tanto ausencia de documentación. En el siguiente punto en que los historiadores vuelven a ser capaces de comprender la situación de la zona, podemos decir que el Próximo Oriente ha pasado a una era de imperios.

Debate 10.1. ¿QUÉ SUCEDIÓ CON EL ESTADO HITITA EN TORNO A 1200?

El reino hitita fue una de las grandes potencias del Próximo Oriente antiguo, pero desapareció en torno a 1200 con el colapso del sistema del Bronce Último. En el primer milenio, la Anatolia central, donde había estado su núcleo, era muy distinta de épocas anteriores. Las grandes ciudades hititas, incluida la capital de Hattusa, apenas tenían habitantes, la lengua hitita escrita en cuneiforme había desaparecido por completo y las gentes que habitaban la región tenían una organización política y prácticas culturales distintas. ¿Cómo pudo semejante potencia disolverse tan rápidamente?

Hasta hace poco se pensaba que la respuesta era simple. Los niveles de destrucción identificados arqueológicamente en ciudades como Hattusa confirmaban lo que Ramsés III decía en sus inscripciones: los Pueblos del Mar habían borrado a Hatti del mapa. Tal vez algunos antiguos enemigos de los hititas habían contribuido al final del imperio, pero la culpa sería de los movimientos masivos de población desencadenados por los Pueblos del Mar. La cultura hitita desapareció, pero algunos aspectos sobrevivieron sorprendentemente al norte de Siria, entre los llamados neohititas (*e.g.*, Gurney, 1990: 38-40).

Un estudio más detallado de Hattusa y otros centros hititas arroja dudas sobre esta imagen. Aunque hubo ciertamente destrucción repentina tras un período que no había visto reducción en la actividad de construcción, se limitaba a los edificios oficiales, es decir, palacios y templos. No había evidencia de un conflicto violento —no se han encontrado cadáveres o armas en las ruinas— ni la arqueología sugiere una conquista por parte de extranjeros. La cultura hitita desapareció y el uso de títulos imperiales a principios del primer

milenio se basaba en añoranzas de la grandeza de la región en el segundo milenio (Bittel, 1976).

Nuevos hallazgos textuales y una mejor comprensión de las inscripciones jeroglíficas anatolias nos obligan a una interpretación distinta. Resulta ahora más claro que en las últimas décadas de la historia hitita que Hattusa no era el único e indiscutible centro de poder hitita. Tarhuntassa, una ciudad aún sin identificar en el sur de Anatolia, era sede de otra rama de la familia real que actuaba independientemente e incluso a veces hostilmente contra el gran rey de Hattusa. Hattusili III y Tudhaliya IV tuvieron que firmar tratados con uno o varios gobernantes de Tarhuntassa (Beckman, 1999: 107-123). Pero durante el reinado de Tudhaliya, Kurunta de Tarhuntassa llegó al trono de Hattusa un breve tiempo y una inscripción jeroglífica Suppiluliuma II describía acciones militares contra Tarhuntassa. El conflicto interno estaba así en la base del colapso del estado hitita (Hoffner, 1992).

La mayoría de expertos seguían creyendo, con todo, que una conflagración masiva causó el final de Hattusa (e.g., Kuhrt, 1995: 265; Klengel, 1999: 312-313).

Esta idea también debe revisarse. Una investigación más detallada de los edificios oficiales de Hattusa muestra que las fuerzas hostiles —sean Pueblos del Mar, *kaska* o rebeldes locales— no los saquearon repentinamente mientras aún estaban en uso, sino que la corte los había abandonado antes y los había despojado de todo, excepto de objetos demasiado pesados o carentes de interés. Fueron incendiados solo años después, tal vez por los *kaska* (Seeher, 2001). Esto sucedió en torno a 1185 (Bryce, 2012: 53) o poco más tarde (<http://www.hattuscha.de/English/cityhistory2.htm>).

El escenario comúnmente aceptado hoy es entonces el siguiente: a finales del siglo XIII las divisiones internas, las rebeliones de regiones sometidas, las amenazas extranjeras incluidos los Pueblos del Mar y momentos de escasez de alimentos hicieron que la continuidad de la vida imperial normal en Hattusa resultara imposible. La corte abandonó la ciudad, que fue presa de los *kaska*, pero estos hallaron poco que saquear. No sabemos dónde acabó Suppiluliuma II, pero las élites hititas del norte de Siria, al principio especialmente en Karkemish, donde se habían ubicado los virreyes durante siglos, se consideraron herederas del imperio. Continuaron con ciertas prácticas, como la elección de nombres reales, pero también realizaron cambios: los jeroglíficos anatolios se convirtieron en el sistema de escritura oficial, para la lengua luvita, y el cuneiforme hitita dejó de existir; y hubo cambios en qué divinidades eran consideradas más importantes. Ya no había estado unificado, y dinastías neohititas paralelas coexistieron en el sur de Anatolia y el norte de Siria. Cuando los asirios hablaban de la «tierra de Hatti» en el primer milenio, no se equivocaban, aunque ya no conocieran el imperio de tiempos antiguos (Collins, 2007: 72-90; Bryce, 2012: 9-31; y Genz, 2013 para relatos algo diferentes).

1. Gregory Mobley en Coogan, 2001: 118-119.
2. John Wilson en Pritchard, 1969: 262.

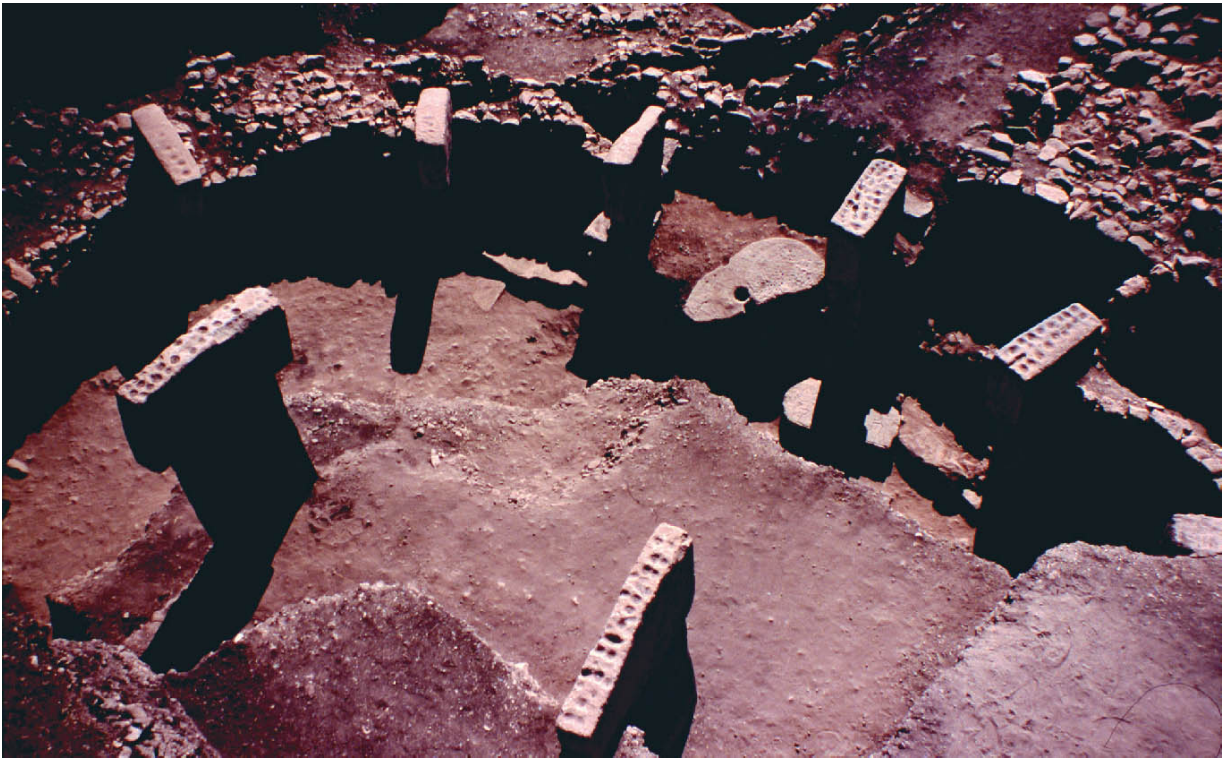


Figura 1.1. Vista de Göbekli Tepe. Los restos de Göbekli Tepe al sureste de Anatolia muestran cómo personas preagrarias construyeron un centro ceremonial circular dentro de un montículo de escombros. Los monolitos de piedra definen la circunferencia y las piedras erguidas de la zona central, decoradas con relieves de animales, tienen 5 metros de altura.
Créditos: Deutsches Archäologisches Institut.



Figura 3.3. Carnero en el matorral del Cementerio real de Ur. Este objeto decorativo forma parte de una pareja idéntica que se encuentra en el Cementerio real. Representa a una cabra erguida sobre sus patas traseras para alcanzar las hojas superiores de un arbusto. Esculpida en madera (ahora podrida), la mayor parte de la figura estaba cubierta con pan de oro, mientras el vellón y las orejas de la cabra son de lapislázuli. British Museum, Londres, ME 122200. Altura 45,7 cm; anchura 30,48 cm. Créditos: © The Trustees of the British Museum.



Figura 5.3. Fragmento de un fresco del palacio de Mari. El palacio de Mari era conocido en toda Siria por su grandeza y opulencia. Sus paredes estaban decoradas con frescos que los arqueólogos pudieron recuperar en cinco salas. Este fragmento muestra a un hombre barbudo guiando a un toro con una cuerda sujeta a un aro de la nariz. Las puntas de los cuernos del toro están cubiertas de metal y una media luna decora su frente. Museo Nacional de Alepo, Siria M10119. Altura 52 cm; anchura 47 cm. Créditos: akg images/Erich Lessing.



Figura 7.3. Objeto de las tumbas reales de Qatna. Los hallazgos en las tumbas bajo el palacio de Qatna son típicas de la riqueza acumulada por las élites urbanas de la segunda mitad del segundo milenio. Este objeto está fabricado en oro, lapislázuli y cornalina, y tiene un diámetro de 6,9 cm y muestra un notable nivel de calidad artesanal, con cada uno de los veintisiete pétalos cuidadosamente fabricados con nueve compartimentos de oro con piedra incrustada.
Créditos: Marc Steinmetz/VISUM Foto.



Figura 8.4. Recipiente hitita en forma de ciervo. Este recipiente de plata con incrustaciones de oro en forma de ciervo es un ejemplo típico de la producción metalúrgica hitita. El pecho del ciervo tiene un agujero por el que podrían verterse líquidos y el friso en el borde del recipiente probablemente refleje el festival en el que se utilizaba The Metropolitan Museum of Art, Nueva York. Donación del Norbert Schimmel Trust, 1989 (1989.281.10), 18 cm de altura.

Créditos: © The Metropolitan Museum of Art/Art Resource/Scala, Florencia.



Figura 9.4. Estatua de la reina Napir-asu, esposa de Untash-Napirisha. Esta estatua es una muestra de la gran capacidad de los artesanos del metal elamitas de finales del segundo milenio. Usaron unos 1750 kg de metal para fabricarla y fundieron el objeto en dos partes. La carcasa exterior se fabricó con cobre y estaño por el método de la cera perdida, y el interior se rellenó de una aleación de bronce

y estaño. Las dos partes se mantenían sujetas con pasadores. La mayor parte de las decoraciones del exterior iban fundidas, pero la inscripción y algunos detalles adicionales se grabaron y probablemente se adhirieran incrustaciones de oro y plata. El texto en elamita afirma que se trata de la estatua de Napir-asu y maldice a todo el que la dañe. Museo del Louvre, París. Cobre y bronce, 129 cm de altura, hallada en excavaciones en Susa.

Créditos: akg images/Erich Lessing.



Figura 10.4. Relieve asirio con camellos domesticados. Cuando se domesticó el camello en torno al siglo X, el desierto se vio más integrado en el Próximo Oriente, ya que los viajeros podían atravesarlo y usar los oasis como lugares de residencia. A partir de entonces, los árabes aparecen en los textos mesopotámicos, aunque como un pueblo todavía lejano. Cuando la expansión asiria se hallaba en su apogeo, sus gobernantes también quisieron hacerse con el control de los pueblos del desierto y los vemos en representaciones de la guerra. Nínive, siglo VII. British Museum, Londres.

Créditos: Werner Forman Archive.



Figura 12.2. Reconstrucción del palacio de Kalhu. La naturaleza de las ruinas mesopotámicas es tal que puede ser difícil imaginar cómo eran los edificios cuando se usaban. Los primeros exploradores fueron quizás más atrevidos que los arqueólogos actuales en sus reconstrucciones. Este grabado se realizó en 1853 sobre la base de la información que Sir Austen Henry Layard proporcionó tras sus excavaciones en Nimrud (antigua Kalhu). Muestra el salón del trono real alineado con relieves pintados de colores que representan escenas de guerra, caza y acciones de culto. Aunque uno puede cuestionar su exactitud, la escena transmite el espíritu de la realidad del pasado.
Créditos: The Art Archive/Gianni Dagli Orti.



Figura 12.3. Cinturón de oro de las tumbas de las reinas en Nimrud. Esta exquisita pieza pesa más de un kilogramo y fue hecha tejiendo alambres de oro fino en una banda ancha para encerrar varios adornos de piedras semipreciosas: piezas redondas de ágata rayada y piezas rectangulares de ágata negra. Esta es solo una de las numerosas obras de joyería que se encuentran en estas tumbas y una vívida ilustración de la riqueza de la corte de Asiria. Museo de Iraq 105696. Peso: 1,1027 kg. Créditos: Barry Iverson/Alamy.



Figura 13.4. Muerte de Sardanápalo, por Eugène Delacroix. Cuando Delacroix realizó esta pintura en 1827, el conocimiento de Asiria se limitaba a la información de la Biblia hebrea y de autores griegos antiguos, como Ctesias, que retrataba el Oriente como la antítesis de la vitalidad griega y como algo decadente. Sardanápalo yace de nuevo en apatía mientras sus mujeres del harén son masacradas y sus tesoros saqueados. La pintura sirve como un ejemplo perfecto de cómo se percibía el Próximo Oriente antiguo antes de que los descubrimientos arqueológicos y textuales revelaran los detalles de su historia. Louvre, París. 392 × 496 cm.

Créditos: akg images/Erich Lessing.



Figura 14.3. La puerta de Ishtar expuesta en Berlín. Los arqueólogos alemanes llevaron en su totalidad a Berlín la puerta mejor conservada de Babilonia. Su superficie está formada por ladrillos vidriados de colores que representan al dragón del dios Marduk y al toro del dios Adad como protectores de la ciudad. Los animales de color amarillo estaban moldeados en relieve sobre un fondo azul oscuro que ofrecía una vista impresionante a cualquiera que se acercara a la puerta. Staatliche Museen zu Berlin. Ladrillo cocido de 14 metros de altura y 30 metros de ancho.
Créditos: © Photo Scala, Florence/BPK, Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte, Berlín.



Figura 15.1. Representación de los arqueros persas de Susa. Las paredes del palacio de Darío en Susa estaban decoradas con paneles de ladrillo cocido vidriado, muchos de los cuales representaban a soldados de élite del ejército persa. Los hombres están vestidos con un atuendo militar completo, sosteniendo una lanza, armados con un arco y flechas, y vestidos con una larga túnica. Son de tamaño natural y probablemente estaban destinados a proporcionar una protección constante al rey. Ladrillo silíceo vidriado policromado, H. 4,75 m; W. 3,75 m. Museo del Louvre, París.
Créditos: akg images/Erich Lessing.